



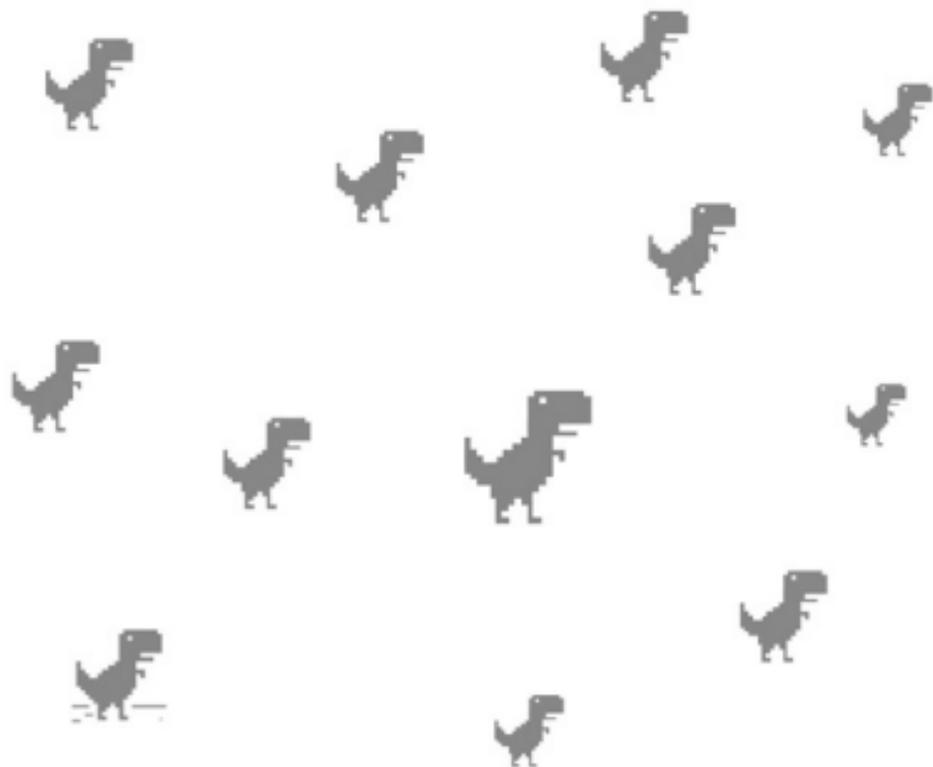
**DRAMATURGIA
DEL CONFINAMIENTO**

404

YEAR NOT FOUND

YEAR NOT FOUND

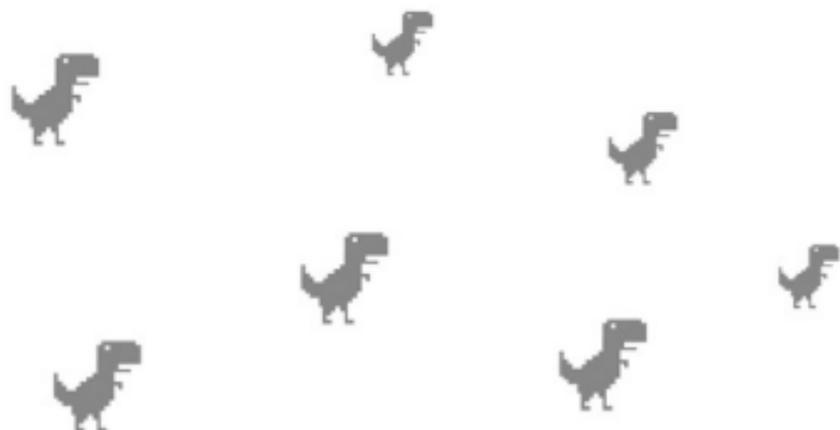
**COLECTIVO
DE CREADORES ESCÉNICOS
IBEROAMERICANOS**



No Internet

Try:

- Checking the planet earth, humans and routers.
- Reconnecting to He-arths.



DRAMATURGIA
DEL
CONFINAMIENTO

404 ERROR
YEAR NOT FOUND

Colectivo
de Creadores Escénicos
Iberoamericanos





Alhilo Editorial:

Annabel Petit (Coordinación editorial).

Ana Lucía de Bastos (Asesoría editorial).

Alexis Pablo (Diseño, maquetación y arte ilustrado).

Elisa Narváez (Corrección de textos).

Coedición:

Daniel Dannery.

Skena Grupo Teatral.

Teatre dels Argonautes.

Embajada de España en Venezuela.

© de los textos, Colectivo de Creadores Escénicos Iberoamericanos, 2021.

© de las ilustraciones, Alexis Pablo, 2020.

Presentaciones de las obras online: diciembre 2020.

En el "Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del confinamiento"

*404 Error /Year not found **

*Visualizaciones de las obras en el canal Youtube de Skena Grupo Teatral.

1era edición digital: 23 abril de 2021.

Depósito Legal DC.2021000470



SKENA
Grupo Teatral



INDICE

AGRADECIMIENTOS	6
Daniel Dannery	
INTRODUCCIÓN	8
Kleber Lutz Bosque	
PRÓLOGO	10
Stylanos Rodarelis	
RELOJ DE ARENA	17
Camiló Casadiego	
CUARENTENA (Pieza para radio)	25
Antonio Cremades	
AL VOLVER	33
Raúl Hernández Garrido	
LA MALA VIDA DEL REY KRAUSS (Nunca Nadie Nada)	37
Yoska Lázaro	
LOS RESTOS	47
Daniel Fernández Vargas	
LA CASA LLENA DE VIENTO	53
Laura Biondi	
LAS CENIZAS DEL DUQUE	59
Marcia Alejandra Céspedes Laplechade	
AMIGOS	73
Gerardo Oettinger	
EL PERRO FACHA	81
Luis Miguel González Cruz	
108 DÍAS: LOS DÍAS NUNCA SON IGUALES	83
Kleber Lutz Bosque	
SOLILOQUIO	99
Iris Hinojosa Pérez	
LOS PESCADORES	105
Vidal Medina	
UN NUEVO ESPACIO	109
Walmir Pavam	
MÍRALOS	119
Erick Leyton Arias	
LEJOS	125
Daniel Dannery	
UN HOPER TAN QUIETO	131
José Alvarado	
PANDEMIA	139
Nadia Rosero	
CROQUETAS	149
Gerard Vilardaga Cunill	
URBI ET URBI	153
Xavier Villanova	

AGRADECIMIENTOS

*Ni en nuestra más remota pesadilla hubiésemos llegado a pensar que una pandemia nos tomaría de sorpresa y nos arrinconaría en una obligada distancia.

Mucho menos, para la gente de teatro, acostumbrada a los encierros voluntarios en esos espacios que solemos llamar hogar, el escenario. En lo personal lo que más extraño de ese lugar, es el olor, una variedad de aromas que mezcla el sudor del trabajo de los actores y actrices, del personal técnico en constante movimiento, y del vaho silente de los espectadores, una fragancia fantasma que se multiplica en cada función, en cada año y en cada época.

En Venezuela, nuestro carácter resiliente, nuestra voluntad de acero de ir contra corriente y sopesar cualquier deterioro cultural, implantado, debido a la miseria de pensamiento de quien nos aprisiona, nos ha permitido de alguna extraña manera, transformar, o de alguna forma mutar, los eventos negativos, en situaciones extraordinariamente positivas, sacando el provecho necesario para levantar nuestra magullada voluntad.

El encuentro del teatro con estas plataformas, me gusta pensar, ha venido a reivindicar su necesidad de existencia, a romper la ilusión de una utopía territorial para hacerla realidad en el mundo digital. Este encuentro es posible, porque decidimos traspasar las trincheras del hiperespacio, y nadar en el infinito algoritmo de las redes para darnos la mano a distancia.

Es por ello que agradecemos infinitamente la disposición e interés de cada uno de ustedes para llevarlo a cabo y hacerlo realidad. En principio, extendiendo mi abrazo por el cariño y la confianza a ese grupo de desconocidos/conocidos de dramaturgos, amigos, que conforman el colectivo iberoamericano, un proyecto que no existiría sin la labor de hormiga del querido amigo Kleber Bosque.

Gracias a Kleber por su plataforma de "Argonautas Hiperespaciales" y por esa invitación por Facebook que un día me hizo llegar en medio de la cuarentena para

formar parte de ese club de escritores y escritoras que hoy día se sigue expandiendo. Gracias también a nuestros aliados que sin dudarlo nos extendieron la mano con una confianza y entrega pocas veces vista, a la Embajada de España, Melba Rodríguez y la Consejera de Cultura Laura López García, a Queiroz Publicidad y su bastión Douglas Palumbo y al equipo editorial de "Alhilo", en especial a Annabel Petit, por cuya dulzura y entusiasmo por las artes escénicas podremos hacer realidad la publicación digital de las obras que en esta semana se conocerán.

Al equipo de trabajo: Armando Andrés González, Vladimir Sánchez y en especial a Guido Villamizar, mil gracias por las horas y horas de llamadas, mensajerías y producción que nos han traído hasta acá.

Finalmente, Skena Grupo Teatral, es un honor tenerlos en nuestro espacio, un orgullo poder servir de vitrina al teatro del mundo, justo en un año en que creímos que todo era imposible... pero donde nada es seguro, todo es posible.

Bienvenidos a este ENCUENTRO IBEROAMERICANO DE DRAMATURGIA DEL CONFINAMIENTO. La ventana está abierta, y están todos, todas y todos invitados a mirar a través de ella.

Daniel Dannery

Director y productor general del

"Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento".

Miembro del colectivo iberoamericano de dramaturgia.

Miembro de la agrupación teatral Skena.

AGRADECIMIENTOS:

Laura López García (Embajada de España),

Melba Rodríguez (Embajada de España),

Alberto Isola,

Mary Ann Vargas,

Alejandro Clavier,

Styl Rodarelis,

Yoyiana Abumada,

Douglas Palumbo (Queiroz),

Camilo Casadiego,

Marcia Céspedes Laplechade,

Vidal Medina, Nadia Rosero,

Patrizia Aymerich,

Jordi Serra

y Pedro Mercado.

*Estas fueron las palabras que inauguraron la semana del EIDC el 07 de diciembre de 2020.

INTRODUCCIÓN

Colectivo de Creador@s Iberoamericano en Red. Un viaje y un aprendizaje

Hace ocho temporadas, el *Teatre dels Argonautes* inició un proceso de internacionalización de sus actividades a través del DNI+D (“Nueva Dramaturgia Iberoamericana en Red”), con la complicidad de diferentes espacios y creadores Iberoamericanos. Durante este tiempo hemos firmado una serie de convenios con diferentes organizaciones latinoamericanas y de Portugal, que han hecho posible la organización en diferentes países del “Ciclo de lecturas de autores españoles”.

De este modo, en febrero de 2019 se impulsa el proyecto de dramaturgia “Colectivo de Creador@s Iberoamericanos en Red” donde participan autor@s de países europeos y de Latinoamérica.

Colectivo de Creador@s Iberoamericano en Red

El colectivo nace con un objetivo común: construir un proceso de escritura teatral dedicado a desarrollar una dramaturgia con ideas compartidas que experimente con nuevas fórmulas de lenguajes estéticos, técnicas de creación y narrativas, comprensiones de nuevos diálogos y provocación; todo esto enfocad@s en generar contenido de alta calidad y de vanguardia.

Construir actividades desde la escritura de un grupo de 23 autores de 10 países, marca de alguna manera la importancia de trabajar en colectivo más allá de nuestras fronteras. La Creación Colectiva Teatral es un método de producción artística que tiene como fundamento el incremento de las capacidades creativas de todos los implicados, y que de alguna manera crea posibilidades de una inmersión y un viaje en diferentes experiencias de escritura teatral, además de un método de actividad de grupo que resalta las relaciones e interacciones en un nivel horizontal de cooperación.

El encuentro de autores de diferentes escuelas y pensamientos provoca un diálogo donde las experiencias son compartidas y se rompe con los prejuicios y resistencias. De esta manera surge un espacio donde las ideas se cruzan, un dramaturgo se contamina

con la experiencia y propuestas de un segundo o un tercero. Las complicidades que se establecen entre los creadores dentro del colectivo impulsan diferentes apuestas de escritura y mezclas de lenguaje, permitiendo que un autor utilice ideas de sus compañeros de colectivo y se abra a lo nuevo o diferente, un aprendizaje.

Un colectivo de dramaturgos evidencia que, independiente de las distancias y fronteras, los creadores teatrales tienen deseos, propuestas, ideas y sueños comunes que nos permiten compartir desde distintas latitudes, pero próximos gracias a las redes sociales.

Kleber Luiz Bosque

Director de Teatre dels Argonautes.

Miembro fundador del colectivo iberoamericano de Creadores Escénicos.

PRÓLOGO

Teatro de confinamiento

Marzo de 2020: el planeta entero entra en situación de confinamiento. Unos tras de otros, los países van cancelando su vida diaria y el mundo entero entra en un periodo donde la gente suspende todas sus actividades. En nuestro caso, el teatro queda en PAUSA. La gente está en su casa y los pocos que salen lo hacen para comprar comida o medicamentos.

El mundo gira detrás de una ventana... el mundo gira delante de una pantalla... Las llamadas se convierten en videollamadas, la educación se imparte a través de plataformas como *zoom*. Después de los primeros meses, después del primer choque, después de los primeros quince días, todo el mundo se dio cuenta de que esto no es algo pasajero... Va para largo, así que la reacción por parte de la gente de teatro no se hizo esperar.

Con un arma potente —en estos tiempos— que se puede llamar teléfono móvil u ordenador portátil, los actores se pusieron delante de la cámara y empezaron a improvisar monólogos. El teatro se convirtió en un arte de dos dimensiones y entró en las casas de millones de personas en varios idiomas, en todos los idiomas del mundo. Las funciones que ya se habían visto en el escenario teatral pasaron ahora a otro tipo de escenario. De pronto aparecieron concursos y muestras de esta nueva dramaturgia. Una de las primeras iniciativas fuera la que yo organicé bajo el título de “Teatro de Cuarentena”, en la que participaron unos setenta dramaturgos y dramaturgas de lengua española. Otro caso fue el “Teatro de Confinamiento” organizado por el *Teatre del Argonautes*, cuyo inspirador fuera el dramaturgo. Kleber. En este ciclo teatral, se presentaron diecinueve piezas en español, que son recogidas en el presente volumen. Estas diecinueve obras han sido transmitidas y disfrutadas por mucha gente vía Internet por la Radio Iaspis-. Adicionalmente, en febrero de 2021, el dramaturgo Daniel Dannery organizó el festival “404 error” donde estas piezas fueron presentadas mediante la plataforma *zoom*. Una gran cantidad de actores, actrices y directores trabajaron muchísimo para hacer realidad este festival de una semana de duración. Ahora estamos ante un nuevo reto: la publicación electrónica de todos estos textos, que irá seguida de un audiolibro a cargo de la editorial de temas teatrales “Iaspis”.

Todo es nuevo, todo es improvisado. La pandemia y, su consecuencia, el confinamiento han creado nuevas costumbres y nuevos hábitos. “El *homo sapiens* se convirtió en *homo informaticus*” y en pocos días ha aprendido a manejar una tecnología que nunca había pensado. Los coloquios y las obras teatrales se transmiten mediante estas plataformas que han aparecido de repente. Lo positivo de este confinamiento es que se ha abierto un debate mundial sobre el teatro. Gente que no se conocía está ahora trabajando en proyectos comunes; la distancia que los separaba ya no existe: basta un código y ya están hablando, proyectando, reflexionando sobre este arte, sobre el arte teatral.

Las obras que aparecen en este volumen forman parte de tres categorías muy distintas entre sí. En primer lugar, encontramos los textos que incorporan estas nuevas tecnologías (“Lejos” de Daniel Danery; “108 días. Los días nunca son iguales” de Kleber Luis Bosque y “Los restos” de Daniel Fernández Vargas); en segundo lugar, aquellos que tienen punto de vista de confinamiento (“Al volver” de Raúl Hernández Garrido; “La casa llena de viento” de Laura Bondi; “Cuarentena” de Antonio Cremades; “Reloj de arena”, de Camilo Casadiego; “Míralos” de Erik Leyton Arias; “Soliloquio” de Iris Hinojosa Pérez; “Un nuevo espacio” de Walmir Pavam y “Un hopper tan quieto” de Josi Alvarado); finalmente, los que narran historias en situaciones incómodas (“Los pescadores” de Vidal Medina; “La mala vida del rey Krauss” de Yoska Lázaro; “Pandemia” de Nadia Rosero; “El perro facha” de Luis Miguel González Cruz; “Amigos” de Gerardo Oettinger; “Croquetas” de Gerard Vilardaga Cunill; “Urbi et orbi” de Xavier Villanova; “Las cenizas del duque” de Marcía Alejandra Céspedes Lapechade).

A. Los textos que incorporan la nueva tecnología

Son textos que se proyectan en enormes pantallas, donde el diálogo se hace mediante teléfonos móviles, o en los que la historia que narran se combina con todo lo anterior.

Daniel Danery, “Lejos”

Dos personajes: un hombre y una mujer y, entre ellos, la nueva tecnología, es decir, el nuevo uso de la tecnología, la tecnología en tiempos de confinamiento. Es una historia de violencia narrada y presentada en formato *zoom*. En esta obra se puede observar la reacción inmediata de la dramaturgia a las nuevas condiciones impuestas. Aunque fue escrita apenas dos meses después del inicio del confinamiento, encontró un espacio para poder ser representada. Este es el secreto del arte teatral: sabe sobrevivir en cualquier circunstancia sin perder nada de su valor representativo.

Kleber Luis Bosque, “108 días. Los días nunca son iguales”

Unas pantallas, unos personajes, varios espacios. Lo importante en esta obra es el transcurso del tiempo y el juego de los teléfonos móviles. Las relaciones de la gente quedan confinadas también. Los personajes se comunican sólo por medio de sus teléfonos. En

esta obra las acotaciones tienen un papel importante y los diálogos entre los personajes se producen en una pantalla o no son más que voces. Se inicia así un nuevo teatro, un teatro donde la expresión corporal queda reducida a un apretar de teclas.

Daniel Fernández Vargas, “Los restos”

Un monólogo, una videollamada o, simplemente, el ansia de hablar aunque del otro lado no haya nadie. Esta obra refleja la soledad del confinamiento. Soledad en la que quedan muchos temas que tocar, muchas cosas que decir.

B. Los textos que tienen punto de vista de confinamiento

Los protagonistas de estos textos están sufriendo la encerrona y todo lo que trae consigo esta incómoda situación.

Raúl Hernández Garrido, “Al volver”

El confinamiento en la boca de los personajes, las reacciones de las personas en el balcón y en el silencioso ruido de las calles. Una obra que se enfrenta con la realidad del confinamiento urbano, una situación inesperada que utiliza frases que surgen de la psique del ser humano. Esta pieza se sirve de toques surrealistas y elementos como el huevo y el pájaro para iconizar-representar la esperanza y la libertad, así como también, quizás, la situación en la que se encuentran: un montón de cenizas.

Laura Biondi, “La casa llena de viento”

Una casa llena de viento, llena de memorias del pasado y del presente es el escenario de esta obra, en la que una mujer confinada revive su pasado, sus reacciones, sus amores imposibles en medio de una agobiante soledad. Sola en su espacio doméstico, ve su reflejo en los pasillos y el paso silencioso de los días entre los remolinos de viento, mientras aprende a convivir con la presencia de la ausencia.

Antonio Cremades, “Cuarentena”

Dos mujeres, dos hombres, dos ancianas charlan en esta obra creada especialmente para la radio. Sus conversaciones son un reflejo de las circunstancias actuales y posteriores al COVID 19, muestran la otra cara del confinamiento, el punto final, las consecuencias del COVID 19.

Camilo Casadiego, “Reloj de arena”

Una pareja, más bien, dos enamorados, a los que de repente el coronavirus les cambió la vida son los protagonistas de esta pieza. Ellos no son ya como antes, su amor está en tela de juicio, sus costumbres han cambiado, el miedo se ha apoderado sus sentimientos, así empieza la crisis. La pandemia parece haber vencido su amor, pero no: el amor

que sienten es más poderoso y sobrevive al confinamiento. Hacen el amor, se tocan, luchan contra ellos mismos y salen vencedores. Una obra que envía un mensaje hacia el futuro: este confinamiento no es tan poderoso como parece.

Erik Leyton Arias, “Míralos”

Un confinamiento siempre abre una ventana de comunicación ese es el mensaje de esta pieza. En la que la ventana de enfrente esconde una historia interesante por narrar, puede que sea una historia real o una historia imaginada.

Iris Hinojosa Pérez, “Soliloquio”

Una mujer intenta buscar soluciones para superar el confinamiento: desde la reflexión hasta ejercicios corporales. Reinventa situaciones diarias, interpreta roles nuevos, diálogos con gente ficticia, espacios exteriores. Así, al mismo tiempo, descubre cosas en sí misma y en las cosas que la rodean. Esta pieza muestra otra forma de vivir y enfrentarse al aislamiento.

Wálmir Pavam, “Un nuevo espacio”

En un aula, el profesor y los alumnos dan una clase de interpretación teatral bajo las nuevas circunstancias: mantienen la distancia de dos metros, el bozal de las inquietudes de los alumnos, pero el teatro sigue.

Josi Alvarado, “Un hooper tan quieto”

Por fin a solas, Fátima y Rafael se encuentran en la intimidad del velorio de la madre de él. Esta pandemia que impone sus leyes de silencio y de confinamiento los ha acercado y las cosas vuelven a ponerse en su sitio. Su amor frustrado o imposible quizás por la falta de valentía de Rafael, finalmente puede ser disfrutado: ya no existe el obstáculo más grande.

C. Los textos que narran una historia bajo situaciones incómodas

En estos textos lo más importante son los diálogos o monólogos que aunque están en situaciones incómodas siguen enfocados en el trascurso de su historia. Estos quizás tienen también un toque filosófico sobre el hombre y su situación.

Vidal Medina, “Los pescadores”

Al margen de un río en el que antes había muchos peces y ahora apenas agua, dos personajes rememoran los recuerdos de su vida pasada. En esta obra se presenta la necesidad de abandonar un pueblo que ha visto fallecer por un virus mortal a la mayoría de sus habitantes. Quedarse es un acto suicida.

Yoska Lázaro, “La mala vida del rey Krauss”

Dos personajes, Krauss y Iuri, empiezan a poner las cosas en otro nivel, mientras discuten como ¿críticos de una sociedad real?, ¿o acaso de de una sociedad irreal? Esta pieza está llena de juegos y sonoridad de palabras, así como de conceptos filosóficos. Tiene, además, algo de sentimientos humanos de fondo.

Nadia Rosero, “Pandemia”

Una mujer y dos conceptos: CAUTIVERIO y PANDEMIA se entrelazan en reflexiones y reacciones pandémicas. Esto ocurre a través de largos monólogos que operan como diálogos entre los pensamientos de la gente estos primeros meses del confinamiento. A partir el retrato de una pandemia global afloran pensamientos universales.

Luis Miguel González Cruz, “El perro facha”

Esta pieza ofrece otro punto de vista de lo que pasa en nuestra vida o, más bien, nuestra vida según la mirada de un perro. En este monólogo, el protagonista describe la evolución de la vida de una mascota que pasa toda la vida encerrada en una casa, como un animal confinado, lejos de su espacio natural y las costumbres asumidas bajo el gobierno de Pedro Sánchez, actual primer ministro español. Es un texto político, lleno de parábolas.

Gerardo Oettienger, “Amigos”

El protagonista de este monólogo le cuenta a una planta lo que piensa bajo la presión y el miedo por la muerte que está escondida en cualquier rincón, pensamientos escondidos en los límites de su alma.

Gerard Vilardaga Cunill, “Croquetas”

Una comedia corta con gusto a croquetas de pollo, una obra diferente llega a romper los moldes del teatro serio, trágico, o de confesiones que se hace en estos tiempos y da una nota diferente de lo que es el coronavirus.

Xavier Villanova, “Urbi et orbi”

El Papa Francisco dialoga con Pablo en una aproximación al COVID 19 desde el punto de vista religioso. Dos hombres que ponen todo encima de una mesa donde hay una pizza. Solos los dos toman posiciones en una filosofía religiosa.

Marcia Alejandra Céspedes Laplechade, “Las cenizas del duque”

En algún lugar, un espacio amplio con ventanales cerrados, hay un sillón presidencial y dos personajes: el presidente y una señora. Ellos hablan y se escuchan el uno al otro,

intercambian preguntas y opiniones, allí encerrados, aislados.

Stylios Rodarelis

Profesor de la Universidad de Peloponeso.

Traductor al griego de teatro contemporáneo español.

Director de Editorial y Radio Iaspis.



RELOJ DE ARENA

Camilo Casadiego

*Me mata poco con tu ausencia y tu insípida manera de quereme,
pero vuelves y me resucitas con un beso.
Y la historia se repite siempre.*

José Villa

Personajes:

ANA

JUAN

ESCENA 1

En un apartamento.

ANA.— Tiene los ojos más bonitos, lo que más me gusta son sus pestañas porque siempre apuntan al cielo. Es fornido, fuerte, barbado y tiene buen sentido del humor. Su sonrisa es perfecta y con esas pestañas, son un paraíso. Es sensible, llora en las películas, sobre todo en las que hay niños que sufren. Eso me gusta, un hombre sensible, cree en sí mismo, no se da por vencido, no se da por vencido, no se da por vencido...

JUAN.— Ella llora por todo, llora por cada cosa, llora porque está feliz o triste, llora de asco, llora. Es una mujer sensible, de buen corazón, le gusta mirar la luna y las estrellas, es tierna, eso me encanta, cuando cocina hace el mejor *spaghetti* del mundo, cuando se ríe es difícil no contagiarse, es soñadora, creativa, alguna vez le dije que tenía las manos de Dios, son delicadas, es dramática, exagerada, pero... no me acuerdo... no me acuerdo... no me acuerdo...

ANA.— No lo culpo, a cualquiera se le pueden olvidar los detalles.

JUAN.— No la culpo, cualquiera puede llorar por tonterías.

ANA.— Estoy enamorada, sí, enamorada de él.

JUAN.— Estoy con un nudo en la garganta, a veces me enamora pero cuando...

ANA.— ¿Cuándo qué?

JUAN.— Nada, no te preocupes, más bien no toquemos ese tema.

ANA.— Bueno, entonces que pases buena noche.

JUAN.— Que sueñes con los angelitos.

ANA.— Te amo.

JUAN.— Yo a ti.

ANA.— Aquí viene el punto más importante: cuando dos personas se aman, se van a la cama desnudos, con frío, con miedo, con cansancio. Siento la espalda de él, él siente la mía, hasta que nos da sueño. Lo más importante es sentir calor, lo más importante es sentir compañía.

En la cocina.

JUAN.— Debes desayunar bien, cómete todo, estás muy delgada.

ANA.— Gracias por preocuparte, debo salir ya. Dame un beso.

JUAN.— El beso debe ser rápido, fugaz, debes apoyarla, que llegue temprano a su trabajo, que gane mucho dinero y que sea feliz, para eso es mejor no besar con lengua, la lengua hipnotiza, atrapa, no puedes atraparla cuando está a punto de ir al trabajo.

ANA.— Almuerza bien, no aguantes hambre, dile a tu jefe que no te deje salir tan tarde, dile que es peligroso, solo de pensarlo me dan ganas de llorar, no quiero que nada te pase. Quiero verte bien.

JUAN.— No llores, se te puede correr el maquillaje, estás preciosa, debes llegar temprano al trabajo, si lloras tendrás que maquillarte de nuevo, nada me pasará.

Timbra el celular de Ana y Juan al tiempo.

JUAN.— Aló.

ANA.— Aló.

JUAN.— El teléfono es el primero que separa los mundos, mi mundo y el de ella, cuando suena el teléfono contesta lejos, hace parte de la intimidad, ella va a hacer lo mismo.

ANA.— Beso rápido, caricia en la cara, teléfonos en la mano, llamadas esperando, mundos separados, nos amamos.

JUAN.— Lindo día.

ANA.— Lindo día.

ESCENA 2

En la puerta del apartamento.

JUAN.— Yo aprendí a amar como quien espera un disparo por la espalda, aprendí a amar con agujeros en el cuerpo, sobre todo en el pecho y en el estómago, zonas frágiles. Cuando se ama debes tener listo el estómago que es una zona vulnerable, el corazón igual sigue latiendo, pero el estómago está al descubierto. Ahí se instalan las orugas, en la parte baja y se transforman en mariposas cuando alguien las despierta. Es placentero dejarlas volar, pero una vez que les han dado un tiro o un golpe que las espanta, pierden parte de su color y vuelven a ser orugas, se encapsulan, nunca mueren mientras estás

vivo, solo déjalas volar en el mundo que merecen. Golpe: mariposas encapsuladas.

ANA.— Tengo miedo, él se quiere ir, ha llegado un virus a la ciudad, y él solo quiere irse, le tengo miedo a la muerte, no lo conozco, pero en tiempos difíciles es mejor que se quede en casa, por lo menos para conocerlo, le tengo miedo al abandono, desde que vi la noticia no he dejado de pensar un segundo en cómo sería mi muerte, sería terrible morir sola. Él se quiere ir, ayer le pegué en la cara, pero les juro que solo fue un impulso, no me quería escuchar, y a mí nadie me ignora. Me arrepiento. El virus está matando gente, y la gente ahora no puede salir a la calle, pero a él no le importa, se quiere ir.

JUAN.— Dame permiso.

ANA.— De aquí no sales, no me vas a dejar tirada.

JUAN.— Ana, déjame salir, no quiero verte.

ANA.— Afuera es peligroso.

JUAN.— No me vas a prohibir nada, dame permiso.

ANA.— Te estoy diciendo que no puedes salir, Juan.

JUAN.— ¿Quién lo dice?

ANA.— Lo digo yo, Juan, lo dice la gente, lo dicen las noticias...

JUAN.— La gente es idiota. Dame permiso, Ana.

ANA.— De aquí no sales hasta que me escuches.

JUAN.— Permiso.

ANA.— Estoy aquí pero en realidad no estoy en ningún lugar, cumplo mi función: vigilar, y prefiero vigilar para no ponerme a llorar, a él le molesta que llore por cada cosa, pero es inevitable. Así que en este momento voy a hacer las dos cosas para no frustrar ninguna, voy a vigilar y llorar y estoy completamente segura de que ambas cosas las hago bien. Juan se fue.

JUAN.— Llevaba más de tres días encerrado en el apartamento, tenía que salir, las cosas de la casa se estaban poniendo feas. Ana lloraba por todo, tres días llorando, qué desespero, no sé de dónde saca tantas lágrimas, extraño verla salir del trabajo, extraño sus llamadas en la tarde, extraño a la Ana de la que me enamoré. La Ana trabajadora que llega cansada en la noche. Solo la conozco de noche.

Juan entra.

ANA.— No entres, espera, límpiate los pies, quédate quieto, no me voy a arriesgar por tu terquedad. Abre las manos. *(Le aplica alcohol con un atomizador.)*

JUAN.— Me echa alcohol, ella sabe que me da alergia, no le importa, me hace falta la Ana de antes, la que se iba, la que regresaba en la noche.

ANA.— No sé quién es Juan, pero me hace falta el Juan de antes, el que llegaba en la noche a bañarse con agua caliente.

JUAN.— Amo su ausencia.

ANA.— Amémonos, Juan.

JUAN.— ¿Como antes?

ANA.— Como siempre.

JUAN.— En este momento no podemos.

ANA.— Quedémonos entonces.

JUAN.— Dame un beso.

ANA.— No te quites el tapabocas.

JUAN.— Bésame.

Se dan un beso con tapabocas.

ESCENA 3

En la sala del apartamento.

ANA.— ¿Qué son estas horas de levantarte? Esta casa está llena de mugre, y solo te dedicas a dormir ¿Hace cuánto te escriben mensajes desde las 6 am? ... ¿Tienes a otra persona? De solo pensarlo me dan ganas de llorar. Se murió la vecina, se le pegó el virus y se murió. ¿Entiendes? Mira lo que dice el periódico: más de mil muertos en menos de una semana, pero a ti no te importa, ¿me quieres matar? Hazlo, aquí estoy. Yo no me voy a dejar quitar la casa. Mejor no digas nada, mira lo que voy a hacer... (*Asegura la puerta con llave y candado.*)

JUAN.— Salí de mi cama y vi a una completa desconocida en la sala de mi casa. ¿Quién es ella, campeón?, me pregunté. Abre los puños, campeón, no los cierres, no los cierres, déjala que lllore, que se desahogue, dale, campeón, tú puedes, no te dejes contagiar de la furia de la desconocida, tiene miedo eso es, tiene miedo.

ANA.— ¿No vas a decir nada? No me ignores, ahora mismo te pones a limpiar cada rincón de la casa, con agua y con jabón, y cada cuatro horas te entras a bañar. Me quieres matar, pero no me voy a dejar.

JUAN.— Voy a llamar a la policía, esto es secuestro simple, Ana.

ANA.— Llamas a la policía y le digo que me pegaste. No me voy a morir por tu culpa, de aquí no sales.

JUAN.— Estás complicando las cosas.

ANA.— Él no entendía de qué tenía miedo: le tengo pavor a la muerte, estoy cansada de trapear, de limpiar cada rincón. Extraño al Juan que solo venía cansado en la noche.

JUAN.— No aguanté las ganas y le dije lo peor, se me había metido el demonio a mi casa, porque ésta también es mi casa, sus ojos perdieron brillo, cerré los puños, se avecinaba una lucha con el demonio, el de ella y el mío, nos empezamos a preparar. Hay una desconocida en mi casa.

ANA.— Hay un desconocido en mi casa.

JUAN.— ¿Estás preparada?

ANA.— Estoy preparada.

ESCENA 4

En la habitación, es de noche.

ANA.— Tócame.

JUAN.— ¿Así?

ANA.— Por debajo, por debajito, así, ¡ay, qué rico!

JUAN.— Hazme sudar, quiero que te muevas.

ANA.— Agárrame el pelo, sométeme.

JUAN.— Sácame el virus, sácame el virus.

ANA.— ¿Dónde lo sientes?

JUAN.— Aquí abajito, ahí, ahí, un poquito a la derecha, ¡ay!, me gusta.

ANA.— Disfruta, disfruta.

JUAN.— Acércate, aquí, aquí.

ANA.— Mata a mi virus, como un hombre, no te canses, sigue, sigue, idiota.

JUAN.— Muy bien, campeón, ahí la tienes, campeón, no la dejes ir, la tienes loquita, eres un verdadero varón, mírale la cara, lo disfruta, eso es, sigue así, que grite, mírala como gime, muy bien, sigue así. ¡Ayy!, qué rico, qué rico, eres un campeón, la tienes loquita, loquita, dale duro, déjala sin energía...

ANA.— Sigue, sigue, no pares, idiota... dame más, dame más...

JUAN.— Aguanta, cuenta hasta diez, cuenta ovejas, relaja los testículos, no despiertes la próstata, sigue, eres un campeón, un gran campeón...

ANA.— Llévame al cielo... ahí viene, ahí viene...

JUAN.— Me gusta tu tapabocas con encaje.

ANA.— Cállate, animal, sigue, ya casi viene...

JUAN.— Quitate el tapabocas.

ANA.— Viene.

JUAN.— Tapabocas.

ANA.— Síiii.

JUAN.— Le quité el tapabocas para verle su cara de placer, ella sabe que me vuelven loquito los encajes en su cara, pero me vuelve más loquito su cara de orgasmo, así que no dudé en quitárselo y zuaz... todo el momento se fue al piso.

ANA.— ¿Me quieres matar, verdad? ¿Te quieres quedar con la casa? ¿Me quieres matar para llevarme con la policía y decir que estoy muerta por el virus?

JUAN.— Yo nunca pensé en la casa, pero lo has dicho tantas veces que ahora sí quiero pensar en la casa.

Pausa.

JUAN.— No te soporto. (*Lanza un pocillo.*)

ANA.— Mal polvo. (*Lanza un libro.*)

JUAN.— Frígida. (*Lanza una almohada.*)

ANA.— Eres un fracasado vividor, un inútil en potencia y tienes el pene pequeño. (*Lanza una olla.*)

JUAN.— Si soy un fracasado, tú eres una cualquiera, te acostaste con mi mejor amigo. (*Lanza la olla exprés.*)

ANA.— Tu mejor amigo es más hombre. (*Lanza los cubiertos.*)

JUAN.— Mi mejor amigo paga semanal en prostitutas, ¿cuánto recibiste? (*Lanza una guitarra.*)

ANA.— Por lo menos recibo dinero de algo, con esa plata te comiste el desayuno de esta mañana. (*Lanza una mesa.*)

JUAN.— Huele la cama, ahí estuvo tu hermana y tu madre. (*Lanza la mesa de noche.*)

ANA.— Huele tu ropa interior, nunca te regale bóxers nuevos. (*Lanza el televisor.*)

JUAN.— Mírate, siempre has necesitado afecto, por algo te abandonó tu papá. (*Lanza la licuadora.*)

ANA.— Nunca has podido soportar que sufres de eyaculación precoz y que tienes que contar ovejas, eres un fracaso. (*Lanza el clóset.*)

JUAN.— Regalada, bruja. (*Lanza la nevera.*)

ANA.— Inútil vividor, eres igual al pedófilo de tu papá.

JUAN.— Ni hijos puedes tener por regalada. (*Lanza la estufa.*)

ANA.— Malparido. (*Lanza el sofá.*)

JUAN.— Puta. (*Lanza el colchón.*)

ANA.— Todo se paga en la vida.

JUAN.— Me arrepiento de conocerte.

ANA.— Yo no, por lo menos eres el único que me ha regalado flores.

JUAN.— Me gustan las flores y las plantas.

ANA.— También los animales.

JUAN.— Sí.

ANA.— Recordarlo me da ganas de llorar.

JUAN.— Llorona.

ANA.— Así me conociste.

JUAN.— Me gustaba tu sonrisa e inteligencia.

ANA.— Me duele la cara.

JUAN.— Me haces falta.

ANA.— Me hace falta el Juan de la noche.

JUAN.— Me hace falta la Ana que llegaba cansada.

ANA.— ¿Lo intentamos una vez más?

JUAN.— Sí.

ANA.— Que sea un trato nuevo.

JUAN.— Me duele la cara.

ANA.— Bésame.

Juan y Ana se besan con tapabocas.

ESCENA 5

ANA.— Tiene los ojos más bonitos, lo que más me gusta son sus pestañas porque siempre apuntan al cielo. Es fornido, fuerte, barbado y tiene buen sentido del humor. Su sonrisa es perfecta y con esas pestañas, son un paraíso. Es sensible, llora en las películas, sobre todo en las que hay niños que sufren. Eso me gusta, un hombre sensible, cree en sí mismo, no se da por vencido, no se da por vencido, no se da por vencido...

Oscuro.

*

RELOJ DE ARENA

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco
del "Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento",
el 07 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN

Basilio Álvarez

INTERPRETES

Juan: Harold Yalid Perez

Ana: Jariana Armas

*

*Para ti siempre mis dedicatorias manita Doris;
hagamos del cielo y la tierra uno solo.*

*Agradezco a mi grupo **Otinim teatro***

y mis cómplices:

Andrea Rojas,

Harold Pérez,

Nana Sarmiento,

Felipe Mendoza,

Alfredo Cobos,

Erick Bernal,

Yolanda Jiménez de Molano,

Jorge Molano

y Maité Gómez.



CUARENTENA

Antonio Cremades

(Pieza para radio)

Atraviesa las ondas hertzianas un tumulto de voces superpuestas. Segundos después, este guirigay reverberante baja en intensidad hasta hacerse prácticamente imperceptible al oído, lo que nos permite escuchar las siguientes conversaciones:

MUJER 1.— Últimamente me encontraba tan mal... que parece casi un milagro esta repentina...

MUJER 2.— ... recuperación.

MUJER 1.— El caso es que hemos salido de esta.

MUJER 2.— Sí.

MUJER 1.— Y si quieres que te sea sincera no las tenía todas conmigo.

MUJER 2.— Ni yo.

MUJER 1.— Y eso es lo más importante, ¿no?

MUJER 2.— Claro, claro... Lo más importante.

MUJER 1.— Porque todo hace pensar que hemos superado la enfermedad.

MUJER 2.— Eso parece.

MUJER 1.— A ese dichoso virus que a punto ha estado de jodernos los pulmones y algo más.

MUJER 2.— Ni que lo digas.

MUJER 1.— Y para mí, no hay mejor noticia.

MUJER 2.— Sí, de acuerdo...

MUJER 1.— Pero...

MUJER 2.— ¿No te parece extraño?

MUJER 1.— ¿El qué?

MUJER 2.— Todo esto.

MUJER 1.— Un poco.

MUJER 2.— ¿Tienes idea de por qué o para qué estamos aquí?

MUJER 1.— No.

MUJER 2.— Pues eso mismo me pasa a mí.

MUJER 1.— Ya.

MUJER 2.— No lo entiendo. En lugar de mandarnos a casa como sería lo lógico... nos meten aquí...

MUJER 1.— ¿En qué hospital estabas ingresada?

MUJER 2.— En el Ramón y Cajal.

MUJER 1.— Yo vengo de La Paz.

MUJER 2.— Me pregunto qué van a hacer con nosotras.

MUJER 1.— Mujer, ¿qué quieres que hagan?

MUJER 2.— Por más vueltas que le doy no logro encontrar una respuesta razonable. Y eso es lo que me inquieta.

MUJER 1.— Pues...

MUJER 2.— ¿Para qué diantres nos habrán traído aquí?

MUJER 1.— Porque no cabremos en otro sitio.

Rumor general de conversaciones durante unos segundos.

HOMBRE 1.— Pero... bueno... ¿es que no se dan cuenta?

HOMBRE 2.— ¿De qué me suena este lugar?

HOMBRE 1.— A esto no hay derecho.

HOMBRE 2.— Aquí he estado yo antes.

HOMBRE 1.— Después de lo que hemos pasado... nos merecemos otro trato. Un poco de respeto.

HOMBRE 2.— La verdad es que...

HOMBRE 1.— (*Sin dejarle acabar.*) Hacinarnos de esta forma...

HOMBRE 2.— Sí.

HOMBRE 1.— Como a ganado.

HOMBRE 2.— Están desbordados.

HOMBRE 1.— Que se hubieran organizado mejor.

HOMBRE 2.— Qué fácil es decirlo.

HOMBRE 1.— Ese no es mi problema.

HOMBRE 2.— No estaría yo tan seguro.

HOMBRE 1.— Todo el tiempo machacándonos con el sonsonete de que mantenemos la distancia de seguridad...

HOMBRE 2.— Dos metros.

HOMBRE 1.— ¿Y ahora qué?

HOMBRE 2.— Supongo que ya no habrá peligro.

HOMBRE 1.— Lo has dicho bien: supones.

HOMBRE 2.— Cuando lo hacen...

HOMBRE 1.— Improvisaciones. Desde un principio no han estado haciendo más que improvisar.

HOMBRE 2.— Al menos tendrás que reconocer que la situación en la que nos hallamos es difícil de controlar.

HOMBRE 1.— ¿Y tengo yo que sufrir las consecuencias de que se les esté yendo de las manos?

HOMBRE 2.— Tú solo no, todos.

HOMBRE 1.— Ya bastante lo hemos hecho, ¿no te parece?

Rumor general de conversaciones durante unos segundos.

ANCIANA 2.— ¿Cuánto tiempo crees que nos tendrán aquí?

ANCIANA 1.— ¡Vete tú a saber! Me imagino que hasta que estén completamente seguros de que estamos sanas y no podamos contagiar a nadie, digo yo.

ANCIANA 2.— Por cierto, ¿a ti te han dado el alta?

ANCIANA 1.— Que yo sepa, no.

ANCIANA 2.— A mí tampoco.

ANCIANA 1.— Ya.

ANCIANA 2.— ¿Y a qué esperarán?

ANCIANA 1.— Chica, ¿tanta prisa tienes para volver a tu residencia?

ANCIANA 2.— Prisa, lo que se dice prisa, ninguna. Para qué te voy a engañar.

ANCIANA 1.— Entonces.

ANCIANA 2.— Es otra cosa.

ANCIANA 1.— Aquí hay distracción de sobra.

ANCIANA 2.— Curiosidad.

ANCIANA 1.— Ya tendremos tiempo de jugar a las cartas, ver la televisión y pasearnos con el andador hasta cansarnos.

ANCIANA 2.— Por quedarme más tranquila.

ANCIANA 1.— Solo por ver a toda esta gente...

ANCIANA 2.— Por...

ANCIANA 1.— ... y respirar este bullicio...

ANCIANA 2.— ... saber si estamos curadas.

ANCIANA 1.— ... esta actividad...

ANCIANA 2.— A veces pienso, no te rías, como si lo estuviera soñando o algo así...

ANCIANA 1.— La rejuvenece a una.

ANCIANA 2.— Una alucinación fruto de la fiebre...

ANCIANA 1.— Y te juro que es una sensación que se me estaba olvidando por completo...

ANCIANA 2.— No digo más que tonterías, no me hagas caso.

ANCIANA 1.— Vamos a ver... ¿tú cómo te encuentras?

ANCIANA 2.— Mejor que nunca.

ANCIANA 1.— Pues entonces...

ANCIANA 2.— Toco madera.

ANCIANA 1.— ¿Qué problema tienes?

ANCIANA 2.— Ninguno. Me figuro yo que será cosa de la compensación.

ANCIANA 1.— Que sea lo que sea, pero que dure.

ANCIANA 2.— Como lo hemos pasado tan mal...

ANCIANA 1.— Estoy harta de estar sola.

ANCIANA 2.— Ahora el reuma, la artrosis, la hinchazón de los pies, los mareos... como que me parecen menudencias.

ANCIANA 1.— Pues habrá que disfrutarlo, ¿no crees?

ANCIANA 2.— Hija, hablar contigo da gusto. Le levantas el ánimo a un muerto. ¡Huy! Lo que lo voy a sentir cuando nos separemos.

ANCIANA 1.— Siempre nos quedará *Skype*.

Rumor general de conversaciones durante unos segundos.

HOMBRE 2.— ¿Adónde vas?

HOMBRE 1.— A hablar con ellos.

HOMBRE 2.— Deberíamos esperar.

HOMBRE 1.— ¿Esperar... a qué? ¿Eh?

HOMBRE 2.— No sé...

HOMBRE 1.— Hasta ahora he hecho todo lo que me han pedido que hiciera. Punto por punto.

HOMBRE 2.— Lo que quiero decir... es que...

HOMBRE 1.— Me quedé encerrado en casa cuando me dijeron: "Quédate en casa", ¿y para qué me sirvió?, aun así me contagié con ese maldito virus de los cojones.

HOMBRE 2.— A ver... si estamos aquí es por algo, ¿no?

HOMBRE 1.— Me he pasado quince días aislado en una habitación como si fuera un apestado, luchando entre la vida y la muerte, con un pie más en el otro barrio que en este... todo hay que decirlo... ¿y ahora que gracias a Dios salgo del infierno me pides que siga esperando? ¿Esperar a qué?

HOMBRE 2.— Tal vez necesiten hacernos algunas pruebas antes de dejarnos marchar a casa... o algún tipo de cuarentena... no sé... para mayor seguridad... tanto para ellos como para nosotros. A ciencia cierta no sabemos lo que está pasando ahí afuera... me refiero a si es del todo seguro que salgamos... si nos hemos inmunizado o no al dichoso bicho... y bueno... somos tantos que habrán pensado... creo yo, vamos... que esta es la mejor solución...

HOMBRE 1.— Muy bien.

HOMBRE 2.— Resumiendo: tenemos que confiar en que están haciendo lo correcto...

HOMBRE 1.— Estoy de acuerdo contigo. Pero quiero que todo eso me lo digan ellos.

Rumor general de conversaciones durante unos segundos.

MUJER 2.— Oye... ¿no tienes frío?

MUJER 1.— Un poco, sí. No te voy a engañar.

MUJER 2.— ¿Qué quieren?, ¿que cojamos una pulmonía?

MUJER 1.— He oído que la humedad es buena.

MUJER 2.— Ya podían poner un poco la calefacción, ya, que no se les van a caer los anillos por eso. A ver si al final lo que no ha conseguido el virus... Buena... ¿para quién?

MUJER 1.— Pues para que no se propague.

MUJER 2.— ¡Ah!

MUJER 1.— Lo dijo un médico en la tele.

MUJER 2.— Por cierto... ¿qué día es hoy?

MUJER 1.— Si no he perdido la cuenta estamos a martes.

MUJER 2.— Martes...

MUJER 1.— ¿Para qué lo quieres saber?

MUJER 2.— Hace cinco días que no tengo noticias de mi familia.

MUJER 1.— No eres la única.

MUJER 2.— Ya.

MUJER 1.— Tres veces he podido hablar yo con los míos por videoconferencia. Luego empeoré y...

MUJER 2.— ...se acabó lo que se daba.

MUJER 1.— Pero bueno... aquí estamos... y digo yo... que... tarde o temprano les avisarán y nos mandarán para casa.

MUJER 2.— Esperemos que así sea.

MUJER 1.— Ya verás como sí.

MUJER 2.— No sé tú, pero yo me estoy quedando pajarito.

MUJER 1.— Es que vas muy ligera de ropa.

Rumor general de conversaciones durante unos segundos.

HOMBRE 2.— ¿Qué te han dicho? ¡Vamos, contesta!

HOMBRE 1.— Nada.

HOMBRE 2.— ¿Nada?

HOMBRE 1.— Ni siquiera se han dignado a mirarme.

HOMBRE 2.— Pero... ¿y eso?

HOMBRE 1.— Lo que oyes. Han seguido a lo suyo, como si tal cosa.

HOMBRE 2.— Vaya.

HOMBRE 1.— Les he increpado, suplicado, reclamado y vuelto a increpar... Todo ha sido inútil. Ni una palabra. No he podido arrancarles ni una jodida palabra. Ni un maldito gesto. Nada.

HOMBRE 2.— Pues sí que...

HOMBRE 1.— Nunca me he sentido tan humillado...

HOMBRE 2.— Lo que yo te decía... creo que te has precipitado. Están muy saturados de trabajo... y no podrán perder el tiempo dando explicaciones a cualquiera que se las pida. Tenemos que esperar a que la cosa se calme un poco.

HOMBRE 1.— ¿Calmarse?

HOMBRE 2.— En su momento, ya lo verás, se nos informará de todo.

HOMBRE 1.— Era...

HOMBRE 2.— Paciencia. Hay que tener paciencia.

HOMBRE 1.— ... como si no existiera.

Rumor general de conversaciones durante unos segundos.

ANCIANA 1.— Dos. Y a los dos los tengo trabajando fuera, hija. Carlos, el mayor, anda por las Américas, no me preguntes dónde porque no sabría decirte. Cuando me aprendo el nombre, ya se ha cambiado de ciudad o de país, el condenado. Un lío, chica. Es médico y está en una de esas oenegés desde hace más de tres años. Y con lo que está pasando me tiene muy preocupada. Ya te puedes imaginar.

ANCIANA 2.— No es para menos.

ANCIANA 1.— Luis, el pequeño, se marchó el año pasado a Alemania. Es informático o alguna cosa de esas de los ordenadores... "Me pagan más del doble que aquí. Y voy a trabajar en lo que me gusta", me dijo. Y por allí anda, bueno... eso espero. Ya te digo,

hace más de una semana que no sé nada de ellos. Me quita el sueño solo de pensar que les haya podido pasar algo. Sobre todo a mi Carlos que estará todo el rato entre infectados... Bueno, ¿y tú?

ANCIANA 2.— ¿Yo?

ANCIANA 1.— ¿Sabes algo de tu familia?

ANCIANA 2.— No.

ANCIANA 1.— Vaya por Dios.

ANCIANA 2.— Lo que quiero decir es que... no tengo familia.

ANCIANA 1.— ¡Ah! Lo siento, no sabía...

ANCIANA 2.— Desde que se me murió mi Andrés, que en paz descanse, y eso ya va para doce años, ando sola por este valle de lágrimas. Ocho de ellos encerrada en la residencia del Carmen, desde que me abandonaron las fuerzas.

ANCIANA 1.— ¿En la del Carmen estás? Hija, eres una potentada. No puedes quejarte.

ANCIANA 2.— Y no me quejo. Bueno, sí, sí que me quejo. Mi difunto solo sabía hacer una cosa bien: trabajar. Y como no teníamos hijos, pues... me dejó unos buenos ahorrillos. Aunque hubiera deseado estar en tu pellejo.

ANCIANA 1.— ¿Para qué?

ANCIANA 2.— Mujer...

ANCIANA 1.— ¿Para sufrir por tres?

ANCIANA 2.— Aun así.

ANCIANA 1.— No te lo aconsejo. Y a la postre, mírame, sola, como tú.

ANCIANA 2.— Sí, pero al menos tienes una excusa... en cambio yo...

Rumor general de conversaciones durante unos segundos.

HOMBRE 1.— Recuperar de una vez por todas la tan ansiada normalidad. Eso es lo que quiero. Dormir en mi cama. Despertarme por las mañanas e ir a la oficina. Sí, has oído bien, incluso trabajar me apetece ya; regresar a casa dando un paseo, vivo cerca, a tres manzanas; si Julio, el de contabilidad, no me retiene como tiene por costumbre, meterme en un bar cualquiera y tomarme una cerveza (hay que ver lo bien que sienta una caña fría después de siete horas de estar delante de un ordenador...), comer, echarme la siesta, leer, escuchar música, ayudar a los chicos con sus tareas escolares, pelearme con mi mujer para hacer tiempo hasta la hora de la cena, ver una película... y otra vez a la cama. Poder quejarme de una vida gris y monótona en la que nunca pasa nada reseñable. Eso es lo que quiero. Nada más, ni nada menos. La partida de los viernes, el almuerzo de los sábados, el fútbol de los domingos... Eso es lo que quiero. Vivir... vivir... vivir...

Rumor general de conversaciones durante unos segundos. Acto seguido una mano invisible gira el dial de una radio a la búsqueda de una emisora en la que un locutor nos informa:

LOCUTOR.— A las ocho y media de la mañana ha comenzado el traslado de los féretros desde El Palacio de Hielo en el que habían sido instalados de forma provisional hacia diversos cementerios repartidos por toda la geografía de la Comunidad, donde

serán inhumados o incinerados... “Se trata de una medida temporal y extraordinaria encaminada, fundamentalmente, a mitigar el dolor de los familiares de las víctimas y la situación que se registra en los hospitales madrileños”, según fuentes del Gobierno regional...

Ahora sí, una suave y triste melodía salida de las cuerdas de un violonchelo rubrica la tragedia como un punto y final.

•
España-2020
•

CUARENTENA

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del
“Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento”,
el 07 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN

Daniel Danneberg

INTERPRETES

Mujer 1: Stephanie Cardone

Mujer 2: Sara Valero Zelwer

Anciana 1: María Luisa Cerezos

Anciana 2: Diana Silva

Hombre 1: Jordi Serra

Hombre 2: Carlos Antonio León

Voz Locutor: Albert Estengre



AL VOLVER

Raúl Hernández Garrido

Un amplio salón. Al fondo, un balcón abierto, desde el que se ve la fachada de la casa de enfrente. MARTINA, una mujer de unos 30 años, está asomada a ese balcón esperando que llegue alguien de la calle. Se encarama, se mueve intentando ganar visión. O que desde la calle la vean.

Suena el timbre. Ella contenta entra en el salón. Sale de escena.

FUERA DE ESCENA: Descorre la cerradura. Suena de nuevo el timbre. Abre la puerta.

MARTINA entra de nuevo en el salón caminando de espaldas, viendo al que tarda en entrar.

MARTINA.— Entra. No sabes lo que te he estado esperando.

Se detiene para contemplar al que viene. Un HOMBRE, con una edad un tanto indefinida, pero como unos 10 años mayor que ella, o más.

HOMBRE.— ¿Martina?

MARTINA.— Martina.

HOMBRE.— Martina.

MARTINA con el móvil le hace una foto. Él se cubre con un brazo. Pero luego, se da cuenta de lo absurdo de su gesto, y baja el brazo.

HOMBRE.— No nos queda sitio para más fotos.

MARTINA.— Para esta, sí.

El hombre lleva una gabardina amplia. Ella corre a ayudarlo a quitársela.

Te preparo un baño y ropa cómoda. Debes descansar.

Al quitarle MARTINA la gabardina al HOMBRE, una cortina de agua surge de su cuerpo, encharcando el suelo a su alrededor. Ninguno de los dos lo advierte.

O si quieres comer ya...

HOMBRE.— Es demasiado pronto.

MARTINA.— ¿Has desayunado?

HOMBRE.— No tengo el estómago a gusto.

MARTINA se retuerce las manos. Él la mira sin mostrar sentimiento ninguno.

¿Qué esperas?

MARTINA.— Ha sido mucho tiempo.

HOMBRE.— ¿Tú estás bien?

MARTINA.— Mucho tiempo.

El HOMBRE abre los brazos. Ella no levanta los suyos. MARTINA baja la cabeza. Se dirigen el uno hacia el otro. Hasta estar frente a frente. Ninguno dice nada. No hacen ningún gesto. Se quedan mirándose en un largo silencio que parece que nada va a romper.

Tras ese tiempo, desde el balcón, vemos cómo una MUJER se asoma a una ventana de la casa de enfrente. Habla con alguien, en el interior. Oímos mal a la MUJER, en la distancia y con el ruido de la calle: pájaros, el silbido del viento, algún coche esporádico.

Ni el HOMBRE ni MARTINA escuchan a la MUJER, ni han advertido que se haya asomado desde la ventana de su casa.

MUJER.— Sí, es para estar felices...

Sería bueno salir...

No me lo imagino...

Tanto tiempo...

Por fin.

El balcón...

La puerta abierta...

Desde que la mujer...

No ocurre nada...

Lo veo...

Ya, quién me manda...

Es el momento....

Por fin.

Las campanas... Sí, es para estar felices.

El hombre baja los brazos. El HOMBRE y MARTINA se miran. Él le va a tocar la cara. Pero su gesto se queda a mitad de camino. Baja los brazos. Ella sonríe. MARTINA se convulsiona. Como si fuera a echar las tripas por la boca. Abre la boca. Un pequeño pájaro de vívidos colores azules sale volando y se pierde por el balcón en el exterior.

MARTINA.— Desde que te fuiste, los días empezaron a girar alrededor de la casa. El sol saliendo apresurado. El reloj marcando los minutos como si fueran segundos. Las sombras corriendo sobre el suelo. El sol poniéndose apresurado. En moverme de una

habitación a otra se me iban días enteros. La luz y la oscuridad se convirtieron en un parpadeo. El teléfono dejó de tener señal. Hasta que finalmente todos los relojes de la casa reventaron. Como pequeñas bombas. Llegar al balcón y quedarme allí. El cielo era miles de surcos que las estrellas marcaban en la negrura. El sol corría desde levante a poniente. La eternidad. La sensación de un día que se repite, una vez y otra y otra. Y solo la mirada de los vecinos desde la casa de enfrente, abriendo y cerrando sus ventanas, como títeres en un guiñol, a cámara acelerada. Miles de pequeños seres entrando y saliendo, mirando. Mirando. Miles de rostros que se revelaban, que sonreían, que lloraban. Que se ocultaban. Que se mostraban. Que me gritaban. Que me ignoraban. Solo esperarte y dejar que el tiempo pasara esperándote. Y ahora, habla tú.

Él va a hablar. Pero parece que hay algo que está obstruyendo su garganta. Ella le sonríe. Él parece abogarse, pero ella no se preocupa por ello. Tras un tiempo, ella lleva su mano a la boca de él. De entre sus labios sale un huevo blanco. Ella lo coge y lo aplasta con sus manos. Del huevo surge un pájaro pequeño. De vivos colores rojos. El pájaro sale volando por la ventana.

La MUJER de la casa de enfrente se asoma. Suspira.

MARTINA y el HOMBRE se deshacen en un único montón de cenizas.

•
España-2020
•

AL VOLVER

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del
"Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento",
el 07 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN

Aguasanta Rojas

INTERPRETES

Hombre: Beto Benites

Martina: Graciela Levaggi

Mujer: Larissa González

TÉCNICOS

Selección musical: Aguasanta Rojas, Andrea Ochoa, Abilio Torres

Ilustraciones: Rebeca Rojas

Vídeo: Andrea Ochoa

U IS NOT REAL
U IS NOT REAL
U IS NOT REAL



LA MALA VIDA DEL REY KRAUSS (NUNCA NADIE NADA)

Yoska Lázaro

... *Con tantas metáforas como dignidad.*

CUADRO UNO: Miseria

KRAUSS.— ¡Guau! Nunca nadie nada. (*Al público.*) Me sorprende la frialdad. Lo trataron como si fuera yo o peor. Casi ni lo miran. Miento, ahora sí que lo miran porque no lo quieren. Nunca lo quisieron, nunca nos quisieron. Estamos porque tenemos que estar. Estamos porque como decía aquel filósofo jordano: "El ser humano es humano por definición pero en ningún caso por acción. Si por acción fuera, no sería más relevante que aquel arbusto que tiene los mismos fundamentos de existencia. Con la diferencia de que el arbusto no puede mover un dedo para dejar de ser un parásito de la tierra. En cambio, el humano hace lo posible por hundirse en la necesidad de su ser significándose como rey de la nada y cuando no hay nada, mejor se está. Bien saben los..."
IURI.— ¡Shhhhhh! ¡Silencio de una vez, por favor!

KRAUSS enmudece y abre los ojos como platos. Corre junto a IURI.

KRAUSS.— ¡Guau! Usted, ¿qué haría si ve cómo alguien cae en medio de la calle? Hay tres opciones: una, nada; dos, ver qué le pasa; y tres, sacarle una foto y seguir caminando como si no hubiera visto nada porque su vida no importa lo más mínimo. Porque no es nada. Porque no somos nada. Porque a nadie le importamos. No aparecemos en las noticias si no es para justificar algún robo o alguna cosa. ¡Guau! Iuri escupía, echaba espuma por la boca. Ahí, como lo ves, tenía los ojos en blanco, dados vuelta. Nadie nunca nada. No existe. Iuri no existe. ¿Sabe qué? Cuando yo estaba tirado en el suelo, sediento, con hambre. Iuri me levantó y me dio de comer y de beber. ¿Quién hace eso? Nadie. Hoy nadie. Nadie nunca nada. Así es. No somos nada. Y no es un dicho. No somos nada.

CUADRO DOS: Más miseria desde otro punto de vista

IURI.— Nadie nunca nada. Pobrecito. (*Señalando a KRAUSS.*) Siempre así, siempre desquerido, siempre pateado. Ni la marrón le da bola. Quehaceres de quien no tiene qué hacer y decides del que no tiene qué decir. Si pasan lista estoy jodido. La tele apunta a mal de vida y la calle nos saca a patadas. Ser, somos, pero si no somos mejor. Quién dice que un día... (*Grita.*) ¡El mundo será mío! (*Imita el eco.*) Mío... Mío... Mío... Mío... Mío... Jajajaja. ¿Para qué quiero este mundo de mierda? ¡Krauss, el mundo es tuyo a partir de ahora! Aquí lo dejo por escrito. (*Saca un bolígrafo y un papel. Anota diciendo en voz alta.*) El mundo este que piso y que pudiera o pudiese ser mío algún día por destino, extravío o mala suerte, se lo cedo a Krauss que de ahora en más será denominado majestad, en reconocimiento a su ser, hacer y estaba en pos del bien común y legítima defensa del bienestar, el malestar o el masomenosestar. Sin más, y siempre con menos, firma con mi firma ante la ley, Dios y el cartel de *Mc Donald's* la cesión y entrega total del bastón del poder del que puede a Krauss, hijo de alguien y alguien que como único heredero mío, hereda lo que hereda: este mundo detestable que nos detesta y al cual detestamos tan profundamente que si pudiera no lo haría y si lo hago es porque debo, y deber siempre se debe, cuando se debe, debo y cuando no se debe, también debo, así que no me queda otra que deber debiendo como es debido lo que debo y si debo, debo y debo deber. Así que querido Krauss a su debido tiempo y forma eres sin más rodeos y líneas rectas: el amo del mundo.

KRAUSS.— ¡Guau, guau, guauuuu! ¡Tommaaaaaaaa!, ¡soy el amo del mundo! ¡Guau!

IURI.— Querido Krauss, rey de reyes de la calle: no llegarás a tres cuadras sin que te pateen. Hoy ser rey está barato. ¡Ve, ve! Muestra tu corona. Diles quién eres.

KRAUSS corre hasta la esquina y vuelve cojeando.

¿Y? ¿Qué te dijeron? ¿Se arrodillaron?

KRAUSS.— No... Además un tipo me dio una patada. Yo estaba tan feliz... Y la gente ya no sonrío, Iuri.

IURI.— La gente ya no sonrío, Krauss. A la gente se le ha olvidado sonrío. Si por ellos fuera la sonrisa sería cosa de pobres. Nadie sonrío. Y menos aún con esas mascarillas, esos barbijos.

KRAUSS.— Me decían cosas que no puedo entender. Tienen las bocas tapadas.

IURI.— Tienen las bocas podridas. Vomitan, escupen... Nunca un "disculpe", nunca un "perdón", nunca un "¿necesita algo?"

KRAUSS.— (*Al público.*) ¿Por qué nunca un "disculpe"?

IURI.— Mira...

KRAUSS.— ¡Guau!

IURI.— Un manjar. Un combo *Mc happyluckylike of the world* para Iuri como esos del cartel.

KRAUSS.— ¡Guau! ¡Quiero *Mc* de eso!

IURI.— ¿Le gusta esto a Kraussito...? ¿Eh? ¿Le gusta, Majestad?

KRAUSS.— (*Al público.*) Odio cuando me habla así, pero el odio es tan relativo cuando se pierde más de lo que se gana, que los principios pueden ser finales antes

de tiempo, antes de nada y, sobre todo, antes de la hora de comer. ¡Iuri, dime lo que quieras pero dame esa *Mc* cosa!

IURI.— Querido Krauss... ¡coma el manjar merecido, gran rey de la nada! Debe usted saber que el mundo se separa en dos: los que son y los que están. Usted y yo, por ejemplo, sin ir más lejos, somos pero no estamos. Estamos pero como si no estuviéramos. No somos para muchos aunque estemos. Yo estoy donde tengo que estar: en el suelo. Igual siempre hay alguien encima de alguien, ¿no?

KRAUSS.— ¡Guau! (*Al público.*) ¿Es así? ¿Siempre hay alguien por encima? Supongo que sí. Yo no puedo decir mucho. A veces miro a Iuri pedir y me da pena. A mí me da pena que no tengo qué darle o qué darme. Iuri junta cosas. Junta comida para mí y luego para él. Para él, yo siempre primero. Bueno, está bien, soy el Rey, ¿no? ¡Guau! Dice que si estamos bien limpios, no podremos enfermarnos. Yo no me enfermo. Yo soy el Rey. ¡Guau! Parece que no quieren que estemos aquí. Por eso nos vinimos al callejón. Es más oscuro y huele peor, pero Iuri dice que aquí no nos verán. A mí me ven y no me dicen nada. Nada de nada. Pero a él no lo pueden ver, me dijo. No entiendo por qué. Dice que tenemos que estar limpios y nos tenemos que lavar las patas a menudo. Aquí no hay mucha agua. Ni nada para ponerse en las manos. Iuri no duerme. Quiere ser invisible, aunque ya lo es. Invisible. Dice que no quiere irse ni que me vaya. Yo no me voy a ir. ¡Si este es mi reino! Iuri no sabe que somos personajes de una obra de teatro. Y no le extraña que yo, siendo un perro, hable. Dice que es porque en las películas de dibujos también pasa y nadie se extraña. En realidad, tampoco soy un perro. Soy un texto. Ahora un cuerpo de un hombre haciendo de un perro extraño, no sé. Temo que no llegue ni a perro, ni a personaje, ni a metáfora. Soy como Iuri: un híbrido entre persona y personaje. La mayoría de la gente no sabe ni cómo se llama. No le dicen Iuri, le dicen: “el vago”, “el vagabundo”, “el holgazán”. Y Iuri sonríe con los pocos dientes que le quedan y agradece un pedazo de bocadillo. “Algún día...”, masculla Iuri entre dientes. “Si yo tuviera, Krauss, si yo tuviera, todos tendrían. No permitiría que hubiera gente como yo.” ¿Y puedes creer que sé que es cierto? Si tiene poco y nada y me lo da a mí. Pasé de ser un dibujo de un niño, a un muñeco de un niño, a un perro que habla y habla y habla. Carezco de metáfora. Y me da igual. Hay cosas que tienen que ser distintas.

El actor que actúa de KRAUSS se saca el traje y queda desnudo.

CUADRO TRES: La miseria desborda

ACTOR.— La siempre trillada escena de los nadies. El mismo personaje que protesta por lo que es y se queda en eso, en palabras. La mirada impávida de un espectador que espera un arco dramático y lo único dramático somos este (*Señala al otro actor que hace de IURI.*) y yo. No es así. El teatro no alcanza para ser o no ser. No es cierto. No alcanza. Hay cosas que hay que decir claramente y de frente. ¿Por qué mierda no hay vagabundos en las calles en la pandemia de mierda esta? ¿Dónde están? ¿Ya no están en la calle? ¿Por qué? ¿Tienen un lugar mejor? (*Sonríe.*) ¡Qué hijos de puta que somos, eh! Encontramos donde tirarlos cuando molestan. Antes, las viejas del edificio no veían a ninguno. Estaban pero no importaba. Siempre venían bien para darles la ropa que ya

no querían más o que estaba fuera de temporada. Luego les corren la mirada y los rodean para no mancharse. Los miran con cara de asco y se agarran del brazo de la amiga y aceleran. A mayor distancia, menos “cosita” en el estómago. Los unos y los otros. Los negros, los pobres, los rojos, los ignorantes, los holgazanes, los enemigos, los peligrosos, los nadie nunca nada. Se cruzan, no vayan a pegarles algo. ¿Y ahora? ¿Estamos todos en la misma? No, no estamos. No seamos inocentes. No estamos en la misma. “Debajo del puente en el río, hay un mundo gente. Abajo en el río, en el puente.” Yo termino este intento infructuoso de metáfora escénica sobre el cruel mundo cruel y ante la falta de palabras que justifiquen mi tiempo en escena, carente de acciones me iré a mi camerino, me cambiaré de ropa, me pondré el tapabocas, previa limpieza de manos con alcohol en gel, y me iré a mi casa satisfecho por hacer justicia con los que menos tienen. Como un revolucionario, pero sin el cómo y sin talento ni obra. Espectadores aburridos como yo de mí mismo, vayamos a casa y sintámonos felices. Muchos perdieron el trabajo, ganan menos o hace tiempo que no ven a sus amigos y familia. Ellos, los Iuri y los Krauss ya habían perdido todo antes. No tenían nada, no tienen nada. También hace tiempo que no ven a seres queridos más que el uno para el otro. Esto no da para más. Es la ausencia de la ausencia de la metáfora. No va más.

CUADRO CUATRO: La miseria elevada

AUTOR.— Yo, “autor” me reconozco responsable de la ausencia de teatralidad. Yo, digitador de vidas ficcionadas carezco de imaginación para dramatizar a estos personajes. No sé, creo que ya tienen bastante. Creo que el que Krauss sea el rey del mundo es una metáfora que no está mal. Quiero decir que me hubiera gustado hacerlo mejor pero no supe. Hay momentos en los que la ficción me supera. La realidad me supera. Quiero teatralizar sin dramatizar. No quiero más drama. Ya tenemos bastante. ¿No es suficiente la mala vida de Krauss, como para, encima, quitarle lo único que tiene?

Interrumpe KRAUSS.

KRAUSS.— ¡Del rey Krauss! En ese caso sería la mala vida del rey Krauss.

AUTOR.— Krauss, es irónico decirte “rey”. Aún es más degradante.

KRAUSS.— ¡Para mí, no! Soy el rey Krauss. Así lo dijo Iuri y así lo dice el título de la obra: “La mala vida del rey Krauss”. Yo soy Krauss, el rey Krauss, y como personaje exijo que termines la historia que empezaste.

AUTOR.— No sé cómo hacerlo.

KRAUSS.— Nadie te obligó. Ahora sí. Ahora yo te obligo.

AUTOR.— ¡No sé!

KRAUSS.— Yo sé que no se sabe si soy un perro o un mal actor disfrazado. Me da igual. Toda esta mierda que nos rodea y que nos mata sin saber bien cómo ni por qué tiene que tener algo bueno. Bueno, lo tiene. Todo esto es una mierda, pero si no fuera por esto, yo no existiría. Exijo que termines mi obra. No quiero que me dejes de lado como hacen con Iuri. ¡No! Yo tengo derecho a tener mi obra. Y te exijo, como rey que soy, que la termines. ¿No merezco un drama? Pero un drama de verdad. ¿Por qué no lo merezco? ¿Porque soy un perro? Lo soy. ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! Más lamentable

imposible. Dame dignidad, mi dignidad. Mírame y dame forma. Escríbeme. No me importa que sea un tema de mierda y vayan a aparecer ahora mil obras sobre todo esto. Yo quiero mi historia. Mi pequeña e insignificante historia. ¿Pero sabes qué? Algún día, seguramente por error, alguien me leerá aunque sea por curiosidad. Quizá alguien, por compromiso con el actor o con el director, si encuentran uno, me vea. Quizá alguien, tratando de ser visto y haciendo cualquier obra que le caiga en las manos, me interprete. Cuando eso llegue a pasar, me sabré visto, me sabré escuchado, aunque no sean los mejores textos. Alguien habrá dedicado sus minutos a mí. Tú, que me escribes a tu pesar, estás pensando en mí. Te estás ocupando de mí. Que no sea amor lo nuestro, que sea compromiso. Pero mírame y piénsame, que nunca lo han hecho. Y saberme protagonista de la vida de alguien, aunque sea por un tiempo, es mejor que nunca nadie nada. Merezco mi obra.

AUTOR.— No sé cómo.

KRAUSS.— Anota esto que te voy a dictar.

El AUTOR toma lápiz y papel. Se hace un silencio largo.

La historia trata sobre un perro, yo. Y sobre una persona en la calle, Iuri. La gente está asustada por todo lo que pasa. La gente no puede salir. No tiene que haber nadie en la calle. La calle es nuestra casa. Bueno, ya no tenemos casa. Iuri me nombra rey. Esto lo quiero marcar porque es mi obra. ¿Vale? Bien. Una mañana vienen unos tipos en una camioneta con unos carteles rotos pegados que dicen: "Seguridad e higiene urbana" y se llevan a Iuri. La escena sería así: Iuri hace de Iuri y yo de mí. Iuri va a ponerse emocionalmente mal, bien arriba porque no quiere que se lo lleven.

IURI.— *(Al público.)* Quiero quedarme con Krauss. Es lo único que tengo.

KRAUSS.— Una opción posible sería que en el momento apropiado en que se lo llevan... Autor, ¿podrías hacer de policía que se lleva a Iuri?

El AUTOR asiente.

Agárralo del brazo y llévatelo. Ahora, Iuri, dices: "Quiero quedarme con Krauss. Es lo único que tengo." ¿Vale?

IURI afirma con la cabeza.

¿Bien! Pero como a la gente no le importa una mierda que sufras o llores o patalees, te llevan igual y yo me quedo solito. *(Levanta la mano.)* ¡Música de solito! *(Suena un tema bien deprimente.)* Y digo mientras estiro las patitas delanteras: "No, Iuri. No, Iuri. No, Iuriiiiii" y viene un semiapagón dejando el foco en mí y fin.

AUTOR.— ¿Y la otra?

KRAUSS.— ¿Qué otra?

AUTOR.— La otra opción.

KRAUSS.— No, no... ¡Da igual! Esta es mejor.

AUTOR.— Y si hacemos esto, ¿yo qué hice?

KRAUSS.— Nada. Como yo. Esto es más o menos. El programa de la obra es más

largo que la obra en sí.

AUTOR.— ¿Y de escenografía?

KRAUSS.— No. No la necesitamos. Haremos una puesta austera, simbólica, diáfana. La ausencia que llena el espacio. La nada misma presente. Si yo voy a estar en escena, menos que nada. Vamos a invertir el espacio. No, mejor: van a pasar de a dos por delante de los que ya estén sentados mirando la nada misma y se van a mirar mutuamente. No dirán nada. ¡Una metáfora! ¡Se me cayó una metáfora! ¿Entiendes?

AUTOR.— No.

KRAUSS.— ¿No entiendes la metáfora? Espectador. (*Hace el gesto.*) ...y espectador. Frente a frente. ¿Entiendes?

AUTOR.— No.

KRAUSS.— La sociedad fría y silenciosa que se mira a sí misma y se mira sin reconocerse. Perdida, desfigurada... (*Canta.*) "Será porque siempre he estado yo del lado del pescado que nunca había pensado que el pescado pueda estar del otro ladooooo..." "¡Chan, chan!" (*Suena una música. Mira a IURI.*) "El cariño que te tengo no te lo puedo negar, se me cae la babita, yo no lo puedo evitar..." (*Baila los acordes del tema mientras manda un beso a IURI. Cuando termina de bailar suenan los acordes y tararea "Insurrección" de "El Último de la fila" con rabia mirando al público.*) ¿Dónde estabas entonces, cuando tanto te necesité? Nadie es mejor que nadie, pero tú creíste vencer..." (*Termina y se queda mirando fijamente al público.*) ¿Se me escapó otra metáfora! (*Se afloja y cae al suelo.*) ¿Qué tengo que hacer para que reaccionen? ¿De qué más me tengo que vestir? ¿No se inmutan! Canté, pedí, les interpele, me vestí de persona, hice de autor y director. Me daría vergüenza ser personas como ustedes. Yo, el rey Krauss, elijo ser un perro que huele culos y se chupa. Yo estoy cerca del suelo. Este caos en el que vivimos es perfecto para ustedes. Viejos, enfermos y pobres, adiós. Nadie nunca nada. Los perros no somos peligrosos. Como mucho tenemos rabia. Eso sí, tenemos rabia. Tengo rabia. Te mordería para saber si estás vivo. (*Grita llorando.*) ¡Reacciona! ¡Nos morimos! Yo no. ¡Se mueren! ¡Os morís! *You die! Vous mourez!* ¿Para qué lo digo en idiomas si esta mierda no la va a ver nadie? ¿No se dan vergüenza? Si algo me alegra de esta terrible situación, es que ante él... (*Hace círculos con la mano y señala al público.*) Todos somos iguales. Yo no. Yo soy un perro. Me salvé. (*Se ríe.*) *Au revoir!* ¿Ves, con idiomas varios para entrar en los festivales internacionales de teatro? ¡Me falta poner una pantalla atrás con fotos de cachorro, quedarme en pelotas y gritar mientras me corto y sangro: "Soy Bart Simpson, soy Dios" y de cabeza a los festivales. (*Al AUTOR.*) ¿Cómo sigue esto?

AUTOR.— No sé.

KRAUSS.— ¿No? (*Le da una patada al AUTOR y se aleja gritando.*) ¡No me toque! ¡Policía, policía!

KRAUSS va a un lateral del escenario y trae un bastón de gomaespuma y le pega al AUTOR que reacciona como si fuera un bate de béisbol el que le golpeará cada vez que KRAUSS le pega.

¡No se acerque! (*Grita con voz de mujer.*) ¡Agente, agente! ¡Este señor tirado en el suelo, mugriento, sucio... me quiso robar!

AUTOR.— ¿Qué haces, Krauss?

KRAUSS.— ¡No te oigo! (*Le pega con el bastón de goma.*) ¡Agente! ¡Habla! ¡El sucio me está hablando!, ¡qué asco! ¡Toma una moneda y vete! ¡No viones a mi hijita, perverso! ¡Malo! (*Le pega con el bastón de goma.*) ¡Krauss, el rey Krauss! (*Encorvado caminando de un lugar para otro encorvado.*) “Ya el invierno de nuestra desventura se ha transformado en un glorioso estío por este sol de York, y todas las nubes que pesaban sobre nuestra casa yacen sepultas en las hondas entrañas del océano [...] Yo, deforme, sin acabar, enviado antes de tiempo a este latente mundo; terminado a medias, y eso tan imperfectamente y fuera de la moda, que los perros me ladran cuando ante ellos me paro”... ¡Error! ¡Mienten! ¿Qué saben? ¡Nosotros, los perros, nunca le ladraríamos a un deforme, a un rechazado! ¡Lo haríamos a uno de los nuestros! ¡Quién fuera el famoso deforme de Shakespeare para poder vengarse! “*L’inverno del nostro scontento è reso stato trasformato in una gloriosa estate...*”

AUTOR.— ¡Basta!

KRAUSS.— (*Le pega con el bastón de goma y grita.*) ¡¡Basta!! (*Le pega con saña. No deja de pegarle.*) ¡Bastaaaaaaaaa, de esta maldita dramaturgia! ¡Basta de tanta maldad! ¡Basta de todoooo! ¡Basta y basta y basta! ¡Basta de cada uno de ustedes! ¡Basta!

CUADRO CINCO (FINAL).— La miseria brota principio de dignidad

IURI.— (*Gritando.*) ¡Krauss, bastaaaaaaaa!

KRAUSS se detiene y mira a IURI sorprendido.

¡No somos iguales a ellos! ¿Qué haces? ¡Krauss, ¿qué haces?! No somos como ellos. ¿Eso te enseñé? ¿Así viviste conmigo? (*Mira a KRAUSS como si no le conociera y con decepción y pena.*)

KRAUSS.— ¡Iuri, míralos! (*Señala a los espectadores.*) ¡Me respetan! ¡Nos respetan!

IURI.— ¿A golpes? ¿Con miedo?

KRAUSS.— ¡Sí, me miran con miedo y por primera vez tienen razón!

IURI.— ¿Y esto quieres para ti?

KRAUSS.— ¡Me respetan! ¡Nos respetan!

IURI.— ¡No, Krauss! ¡Así no! ¡Mírate! ¡Eres igual que ellos!

KRAUSS.— ¡Sí, Iuri! ¡Quiero estar arriba!

IURI.— No, amigo. Te equivocas. No estás arriba. Estás igual que es peor. Mírate. ¿Qué te diferencia? ¡Te volviste como ellos! ¿Tú eres Krauss?

KRAUSS.— (*Sonriendo forzosamente y tratando de aflojar a IURI.*) ¡No, el rey Krauss!

IURI.— No, Krauss. No eres un rey. Eres un perro. Pero ni siquiera eres un perro. Eres un actor mal vestido de perro. Ni siquiera eres un hombre mal vestido de perro. Eres un personaje de una obra que seguramente nadie vea. Eres una ficción carente. Eres un villano. Mira la cara del Autor.

El AUTOR está asustado, hecho un ovillo para defenderse de los golpes.

¡Eres igual que... ellos!

KRAUSS.— No, Iuri. Soy Krauss, tu amigo fiel. Soy Krauss. (*Mira al público y a*

IURI asustado.) ¡Soy yo, Iuri!

IURI.— (*Lo mira en silencio por un largo tiempo.*) Sácate la corona y déjala en el suelo.

KRAUSS se saca una corona imaginaria y la deja en el suelo. Despacio se acerca IURI y la pisa.

KRAUSS.— ¡No!

IURI.— ¿No qué? ¡Es imaginaria, Krauss! ¡No existe! ¿Tan pronto te creíste rey?

KRAUSS.— Quise defenderte.

IURI.— Me defiendes cuando nos acompañamos, nos abrazamos y me lames, no siendo un salvaje como todos estos. ¿Cómo vas a tratar así a alguien? ¿Ya se te pasó el dolor de la comida podrida en el estómago? ¿Ya no te lames las heridas porque te paraste en dos patas? ¿Tan fácil te olvidas? Krauss, ¿rey de qué? ¿Querías drama? ¡Te convertiste en antagonista deslucido no saliendo de figurante! (*Al público. Señalando a KRAUSS.*) Este es el claro ejemplo de la mierda que somos. Perro simpático convertido en pulga por creerse león. A cada uno de ustedes les debería dar vergüenza. ¡No se van a olvidar de la cara de este infeliz! ¿Y saben por qué? Porque solo el miedo los humaniza. Animalizaron al animal más manso cuando quiso mirar el mundo noventa centímetros por encima del suelo. Y fueron ustedes. Su silencio. Su mirada corrida. No son menos animales que él. Yo tampoco. Me dieron letra de final de obra y me creo aleccionador de pueblos, de gente. Soy un recurso para suplir la ausencia de metáforas que les muestra su miseria, la nuestra. (*Mira al AUTOR y se ríe.*) Ya era hora que dejaran de jodernos la vida con conflictos dramáticos sentados en la silla de su escritorio tratando de hilar una hipótesis que les saque de la mediocridad de la vida que les espera al otro lado de la puerta de la oficina. Ya está bien de autores perfumados con colonias baratas truncando la vida de sus personajes para que ustedes se diviertan. Todos estamos en este circo. Se merecen que se las devuelvan, una tras otras. Se van a ir de este teatro y van a sentirse tranquilos. No se equivoquen. (*Simula que levanta la corona del suelo.*) ¿La ven? ¿No? ¿La imaginan? Sí, imaginarla sí. (*Hace un movimiento como si fuera de magia e hiciera desaparecer la corona.*) ¡Desapareció! “*My precious!*” ¡Desapareció! (*Se gira de espaldas y empieza a irse.*) ¡Vamos, Krauss!

KRAUSS corre y se pone a su lado. Ambos se van. Antes de salir del escenario se gira IURI.

Cada uno de ustedes tiene una corona puesta. La van a llevar puesta. Les va a pesar. Y un día, un niño, les mirará a los ojos y les preguntará inocentemente con esa voz suave y hermosa de los Benjamines, Rodris y Nicolases pequeñitos con ojos grandes: “¿Qué hiciste para tener corona y ser rey?” Y si pueden, díganle lo que hicieron. Pero díganle la verdad. ¡Porque ese niño es ustedes! ¡ja!

Suenan los tambores de murga y IURI, KRAUSS y el AUTOR cantan y bailan “Es Importante” de La Bersuit.

IURI, KRAUSS y AUTOR.— “Es importante vender cara la derrota que me vio cara de idiota? ¡Yo también quiero ganar! ...”

*

(de obra incompleta de metáforas y sin gusto escénico)

*

España/Argentina-2020

*

LA MALA VIDA DEL REY KRAUS

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del
"Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento",
el 08 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN

Oriana Nigro

INTERPRETES

Kraus: José Manuel Suárez

Iuri: Ignacio Dawidziuk

Autor: Oriana Nigro

*

*A mi abuela **Gregoria**: fero, apoyo y fe.*

*A **Marian Santellán**: hermana, ejemplo y bastón.*

*A **Laura Biondi**: actriz, dramaturga, directora, mi compañera y todo.*



LOS RESTOS

Daniel Fernández Vargas

Un espacio de una casa, puede ser la sala, la cocina, el dormitorio, da igual. Lo que se debe notar es un encierro. Un lugar casi a oscuras, de preferencia con una ventana con las cortinas cerradas. Hay una luz que refleja a algún lado, como un televisor encendido. El personaje (40) está sentado de cara al público, como si estuviera frente a una laptop, haciendo una video llamada. El personaje puede realizar las acciones que se indica o solo verbalizarlas, es decisión de quien dirige la pieza.

ÉL o ELLA.— Hola. Agradezco tanto que te hayas conectado... Esta es la primera llamada que hago... No, esto no se llama "llamada" ... "videollamada". Esta es la primera videollamada que hago... Ya sabes que la tecnología y yo nunca hemos ido de la mano, no soy como tú, que sí eres una trome con estas cosas nuevas que yo odio, seguro que no te ha costado nada acostumbrarte a esto... Es más, no había prendido la computadora en no sé cuánto tiempo... Es que tampoco he estado contando el tiempo. ¿Tú sí lo hiciste? No es de extrañar, siempre tan organizada, tan lista para todo... Seguro que esta pandemia te cogió con el botiquín lleno de paracetamol... No te digo, así eres tú y así no soy yo... ¿Qué envidia no ser un poquito como tú! ¿Bulla?, ¿cuál bulla? ¿Ah, esa!... Es el televisor, lo tengo encendido. ¿Te molesta? No hay problema.

Apago el televisor.

Siempre lo tengo encendido, aunque no lo esté mirando... Me ayuda a... a... A saber si es de día o de noche. Ya sabes que no uso reloj. ¿Mirar por la ventana? No, no me gusta. Ya sé que antes me encantaba, no hace falta que lo digas, estás hablando de mis gustos, ¿cómo no voy a saber lo que me gusta? Pero ya cambié. Ahora no me gusta... Así son las cosas, si todo cambia tan de pronto, ¿por qué mis gustos no pueden cambiar? Si antes la calle estaba repleta de gente y en un dos por tres se quedó más vacía que conciencia de político, ¿por qué yo no iba a cambiar?... No, no estoy peleando, no te llamé para eso. Perdón. No te videollamé para eso... Solo quiero hablar. Hablar de cosas lindas. Por eso te escogí a ti, porque tu vida siempre es linda. Cuéntame... ¿Cómo estás?... Espera. Enciendo el televisor.

Perdón, pero me siento extraño con tanto silencio. Le voy a bajar el volumen para que no te moleste. Ya sé que oigo tu voz, pero no es lo mismo, porque tu voz está allá y el sonido del televisor está acá, es diferente... ¿Qué dices?, No, para nada. No me siento solo... Estoy bien... No es que me guste la soledad, de hecho, no me gusta nada, pero puedo lidiar con ella sin problemas, siempre lo hice y lo hago... Manejo bien la soledad que me toca al vivir solo... Pero hay soledades con las que no puedo, como la de la calle, por ejemplo. Es que la calle no está hecha para estar vacía... Eso no es natural... Mi soledad es natural, no la de la calle...

Perdón, me distraje. Me suele pasar seguido estos días. Te pregunté cómo estabas... Quiero escucharte... ¿Por qué te molesta que tenga encendido el televisor? Está bien, para que veas que te hago caso. Apago el televisor.

No, no me he pasado todos estos días solo viendo televisión, hago bastantes cosas: Cocino. Como. Defeco. Duermo. Tengo nuevas marionetas para cuando pueda salir a las plazas a hacer mis *shows*... ¿Ves? Muchas cosas... Ayer, por ejemplo, ayer... ¿Qué hice ayer? ¡Ya está!, estuve viendo por la ventana... No, eso fue un sueño. Cuando estoy despierto no miro. Bueno, no recuerdo, pero estoy seguro de que hice muchas cosas, en serio, pero ahora no lo recuerdo... Pero no me la paso viendo televisión. Para que sepas, solo miro televisión cuando quiero pensar. Sé que es raro usar las palabras televisor y pensar en una sola oración, pero, aunque no lo creas, el televisor sí me hace pensar. Me aburre tanto lo que dan, que más pronto que tarde mis pensamientos anulan la pantalla. En serio. Hasta he llegado a sentir que lo que pienso cubre mis ojos como un vendaje, y ya no veo para afuera. Veo para dentro... Mis pensamientos, mis ideas... Y luego me asusto y vuelvo al televisor. Siempre es preferible ver las desgracias ajenas que las que habitan en uno mismo, ¿no? No, tranquila, no tengo desgracias, estoy exagerando...

¡Ahora recuerdo! Una araña. Una araña que paseaba por mis sábanas, justo cuando intentaba dormir... ¿Si era de noche o de día? Yo qué sé, ¿qué importa? Solo sé que quería dormir. Y la vi. Era pequeñita y lenta. No es común ver una araña lenta. Quizás ella también se sentía detenida en el tiempo. Quizás para ella también era todo igual. Cada minuto, cada día. ¿Cuántas cosas hace una araña en su vida normal? Tejer, cazar, quizás muchas cosas. No lo sé, y no tengo cabeza para imaginarme... ¿Tú sabes qué hace una araña? Pues me lo cuentas luego que ahora estoy hablando yo... La cosa es que la araña andaba por mis sábanas, y la aplasté. Lo hice sin pensar. Fue una reacción. Estiré una mano y ¡pa! ¿Qué querías que hiciera? Solo me defendí para que no me hiciera daño. Tenía que actuar rápido antes de que fuera demasiado tarde y yo fuera la víctima... En todo caso, eso hice ayer. ¡Servido!... Disculpa, pero no me aguantó, déjame ver solo un ratito.

Enciendo el televisor.

El noticiero todavía no termina. ¿Has notado que los reportajes y las noticias que dan desde que todo esto empezó se parecen mucho? Los noticieros tienen a sus reporteros

recorriendo las calles, como si fueran una nueva división policíaca. Llegan a los mercados y muestran grandes cantidades de gente entrando y saliendo, peleando por llevarse productos que les hagan sentirse protegidos. Me es inevitable no pensar en Turquía robándole respiradores a España, o a Estados Unidos ofreciendo más dinero a China para quedarse con las mascarillas que eran para Francia. Al fin y al cabo, todos nos movemos por los mismos principios, ¿no?

¡Mira!, los reporteros están en un hospital, y se abalanzan sobre la gente que espera atención... ¿Se siente bien?, ¿todavía puede respirar? ¿Cómo que todavía respira! ¿Queremos acción!, ¡deje de respirar!... Ahora los reporteros siguen su camino y llegan a un lugar alejado de la gente. Todo se ve oscuro, pero no porque no haya luz, sino porque hay un color negro que forra el ambiente. Son bolsas, ¿ves? Bolsas negras por todas partes. ¿Qué hay en esas bolsas negras que inundan los pisos de los hospitales? ¿Qué es lo que tienen dentro?

Apago el televisor.

¿Crees que me hubiera picado realmente? Si la araña llegaba a toparse con mi cuerpo, ¿me hubiera tomado como extensión de su camino o me hubiera atacado, de frente y sin pensar, como yo lo hice...? ¡Hey, no me juzgues!, ¿acaso era mejor arriesgarse? ¡Claro que no! Nunca es mejor arriesgarse...

¿Alguna vez te conté que mi madre usaba bolsas en vez de cajones para guardar la ropa? ¿No lo hice? Cuando yo era niño, mi casa era muy pequeña, como ésta, pero aquí estoy yo solo. Nosotros éramos cuatro. Cuatro personas durmiendo en una sola habitación: papá, mamá, mi hermana y yo. Con la cama matrimonial de mis papás y el camarote que mi hermana y yo usábamos, solo quedaba espacio para un ropero, así que mamá solucionó el problema con bolsas. Una bolsa por miembro de la familia. Una bolsa para la ropa que no se usaba, la de invierno en verano y la de verano en invierno. Como primavera y otoño son estaciones "mantequilla" en Lima, no necesitábamos ropa especial para esas estaciones. Y así, lo que no se usaba, se metía en las bolsas, que se iban agrupando junto al solitario ropero. Mientras más ropa teníamos, más bolsas. Mientras más crecíamos mi hermana y yo, más bolsas terminaban durmiendo en el piso. Exactamente igual como esas bolsas negras que salieron en el noticiero. Bolsas por todas partes... ¿Habrá arañas entre las bolsas de ese hospital?

Mira, a la araña que encontré en mi cama, ayer, la maté con esta mano. Lo más raro de todo fue que después de aplastarla, mis sábanas siguieron limpias, como si nada hubiera pasado. Si vieras mis sábanas, jamás adivinarías que alguien murió ahí. ¿Cómo es posible que haya seres que ni siquiera se convierten en restos cuando mueren?... Y si no hay restos, ¿hubo muerte? O la pregunta es, si no hay restos, ¿hubo vida?

¿Puedo volver a encender el televisor? Prometo bajar más el volumen, pero necesito que haya algo más por aquí... ¿La radio? No, la única que tengo solo sintoniza esas emisoras que pasan canciones de desamor y no estoy dispuesto a quedarme pegado a un

sufrimiento ficticio y ¿para qué sufrir por algo que no pasó? Si vamos a sufrir, que sea por lo real, por nuestras vidas o por las bolsas del hospital, o por esos que desaparecen sin dejar rastro, como la araña.

Enciendo el televisor.

Y el noticiero que no se acaba, parece que es infinito, igual que la cuarentena... Wuhan, Lombardía, Madrid, *New York*, Guayaquil, Buenos Aires, Lima... Pero ¿qué pasó con la araña?, ¿por qué no dejó restos en la sábana?

Teherán, *São Paulo*, París... ¿Se desintegró al contacto con mi piel?

López Obrador, Bolsonaro, Johnson, Trump, Iglesias, Vizcarra... ¿O la absorbí y sus restos se metieron por mis poros? ¡Wow!, demasiados pensamientos por una araña. ¿A quién le importa lo de la araña? Sé que a ti no te importa y a mí tampoco me debería importar... Tienes razón, debo parar con esto y pensar en cosas que sí son importantes: la Eurocopa, la Copa América, las clasificatorias de Qatar, las Olimpiadas, todo lo suspendido... El Congreso, el aislamiento social voluntario, mejor dicho, obligatorio, toque de queda, Tumbes, Piura, Lambayeque, La Libertad, Loreto... Diez mil, doscientos mil, quinientos mil muertos en el mundo, y ¿si la sábana fue fabricada con un potente protector invisible que evapora bichos?... Fosas comunes, cremaciones instantáneas, cuerpos perdidos, desaparecidos, familiares que no solo han muerto, sino que también desaparecen, nadie los encuentra, ¿a dónde se los han llevado?, ¿a dónde se han ido? ¿En qué momento también nosotros nos convertimos en algo que desaparece sin volverse resto? ¿Existió de verdad lo que no se vuelve resto?

Apago el televisor.

A veces tengo ganas de tirar el control remoto por la ventana para no volver a encenderlo, pero no quiero ver por la ventana. No quiero ver la calle vacía.

¿Sabes? Nunca me sentí tan cerca de una araña que solo desaparece. Que no se vuelve resto. A la que nadie le dice "adiós" cuando se va. Yo quiero que me digan adiós cuando me vaya. Nadie debería morir sin dejarnos sus restos.

Me pregunto si esto que ocurre es solo algo que pasó en la naturaleza o es su venganza ante tanto maltrato... De repente, la naturaleza solo reaccionó a nosotros, como cuando yo reaccioné estirando esta mano y maté a una araña que estaba ahí. ¡Lo sé, lo sé! Son preguntas que no llevan a nada. ¡Lo que está pasando son solo hechos, y hay que apechugar! Te pido perdón por los ímpetus filosóficos que ahora me embargan... Creo que no es más que otra forma de hacer que los minutos pasen más rápido.

¡En sus marcas, listos, ya! ¡Qué corran los minutos, que se vayan! Pero ellos también son como la araña. Lentos. Pequeños. Iguales. Pero existen y debo aceptarlos. Tengo que aceptar y apechugar que hay un tiempo del que no podré escapar. Debo apechugar y dejar de desear que todo sea diferente, ¡deja de desear que las cosas sean diferentes!

¡apechuga, mierda!

¿Te vas? ¿Te puedo volver a videollamar otro día? Prometo no encender el televisor. Prometo estar un poquito mejor, así como lo estás tú... Es que así eres tú y así soy yo... ¡Qué envidia no ser un poquito como tú!

*

Perú-2020

*

LOS RESTOS

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del
"Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento",
el 08 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN

Sara Amcar

INTERPRETE

Ella: Julie Restifo

TÉCNICOS

Asistencia de dirección: Penélope Gil



LA CASA LLENA DE VIENTO

Laura Biondi

Mi casa está llena de viento. Por todas partes. Solo viento. Por estos días que se suelen parecerse bastante los unos a los otros, me levanto temprano y entre bostezos abro ventanas. Mi casa está en una esquina del cielo. Como en todas las esquinas el viento hace trombas al entrar. Remolinos. Y ahí estamos mis remolinos y yo. El viento viene a recordarme mis propios remolinos. Los que ya estaban acá y ya vivían conmigo antes de todo esto. Todo esto. Es difícil nombrarlo, complejo definirlo. Este aislamiento nos hace olvidar el afuera. Y nos revive lo propio. Esta es la gran paradoja de este destino humano. Estamos encerrados, solos y quietos en nuestros espacios y afuera el mundo se cae a pedazos. La suma de los días nos aleja de esa realidad. Nos ensimisma y olvidamos el porqué. Todo eso vuelve a nosotros en formato de película futurística de ciencia ficción cuando la caja boba anuncia sus desgracias. Que son las nuestras. Las de nuestro mundo, solo que como no lo estamos habitando lo olvidamos.

Me ensimismo en mis pensamientos. En mis recuerdos. Pierdo conciencia general para volver a mí. Me es inevitable. Ciertamente egoísta y mezquino. Pero me pasa. Repaso amores viejos, dolores, heridas, desilusiones. Palabras sueltas que parecen no ser nada. Pero dentro mío calan hondo y se arremolinan. Como el viento de mi casa. De mi casa llena de viento.

Recuerdo besos que no di, palabras que no salieron de mi boca y se atragantaron en mi pecho. Pienso en las noches que desperdiicé sin decir "te quiero", o "te necesito". Admitir esa vulnerabilidad ahora me parece oportuno. No fue el orgullo que no me dejó pedir cariño, fue el no saber. No ser siquiera consiente de lo que necesitaba mi alma. Correr por calles, apurada, despeinada, contra el tiempo, que no me dejaba ver. No me dejaba detenerme a sentir. No quiero ser pesimista, pero no creo que aprenda de esto. Creo que un día, de pronto sonará la alarma para ir a trabajar, me despertaré apurada, tomaré café. No me ocuparé de abrir las ventanas. Y la casa no se llenará de viento. Volveré a ser la que era. Apurada, despeinada y sin registro de necesidades emocionales. Qué desastre mi humanidad. Cuando optimistas preguntan por ahí si aprenderemos algo de todo esto, me respondo que no. La miserabilidad es algo a lo que se vuelve fácilmente. Por eso este tiempo es sagrado. Es el único tiempo que tendré, hasta nuevo aviso, para pensar en mí y en mis remolinos de viento.

Ordeno la casa. Eso es algo que me da placer. Encuentro recuerdos. Me sorprenden fotos viejas en los cajones. Fotos de momentos que no pensaba recordar. Me asaltan cartas viejas de personas que dicen amarme pero ya no se acuerdan de mi cara. La mentira de la escritura que está escrita en presente pero se convierte en pasado al instante. Esa cualidad convierte a las palabras en mentiras. Pero no todo es nostalgia. También los recuerdos me roban algunas risas. Fiestas con amigos, borracheras estupendas, recuerdos familiares repletos de amor. Hay pocas cosas que son permanentes. Al menos en mi vida. Sé que siempre tendré una amiga para llorar y reír. Para contarle mis sueños y mis desgracias. Sé que indefectiblemente me llegará un mensaje de mi mamá o mi papá preguntándome cómo estoy. Esas cosas no hay pandemia que pueda arrebátarmelas. Nombé la palabra. Fue sin querer.

Me gusta el encierro. Me gusta mi casa llena de viento. Llena de mí. Solo de mí. Mis remolinos me engolosinan. Me gusta encontrarme con ellos. Recorrerlos. Abrazarlos. Es como darme un abrazo fuerte a mí misma. Hace tiempo que no me lo daba. Es bueno volver en sí. Volver en mí. Pasamos tiempo conformando a otros, abrazando a otros. Olvidándonos de nosotros. ¿Me volveré una persona solitaria? ¿Me volveré una amante de mí misma y mis recuerdos? ¿No tendré lugar para los otros? Esas preguntas me atraviesan la mente por estos días. No me preocupa mucho. Estoy bien en mí. Me gusta mi versión solitaria y mezquina.

Aunque debo confesar que algunas noches de viento y lunas claras, necesito compañía. Y me la procuro.

Cuando me voy a dormir imagino al chico que me gusta. Lo abrazo y él me abraza. En mi imaginación no hay reclamos. No hay malentendidos ni cosas que charlar seriamente. Solo nos abrazamos sin mayores cuestionamientos. Tal vez así deba ser el amor. Tal vez. Ahí entre almohadas perfumadas le digo "te quiero, te necesito". Le pido que me quiera y me cuide. Y ahí, siento ese amor como un alivio fugaz. Al rato se desvanece. Abro los ojos y estoy toda yo con mi viento y mi soledad. Ahí mi mente se enciende, pateo a mi imaginación amigable y amable y me pregunto: "¿Pensaré en mí por estos días de soledad? ¿Me abrazará en la noche? ¿Me pedirá que lo quiera y lo cuide?" Tal vez sí, tal vez no. Tal vez su casa no esté llena de viento como la mía. Tal vez él no tenga ganas de encontrarse con sus remolinos y cierre ventanas. O tal vez y esto me duele... sus remolinos no me nombren.

Tal vez ya sus remolinos no le hablen de mí. Qué pena. O qué injusticia. Porque los míos lo nombran a cada rato. A veces lo empujo a mi terraza, y le pido que se quede ahí, que me deje sola. "Déjame sola, no quiero pensarte, ahora no". Es obediente cuando quiere. Muchas veces me espera y luego me toca la ventana mientras cielo fideos, lavo fruta o huelo a lavandina. Lo miro con cara de mala. "Déjame sola. Andate a otros remolinos". Cuando se aleja me da miedo. Y corro a buscarlo. Le agarro la mano, el viento lo empuja al vacío. Le pido que no se vaya a ninguna otra esquina, que no se aleje. Le digo que no quiero olvidarlo. Ese recuerdo es lo que queda de nosotros y si

lo pierdo: fin. No quiero que se vuelva la foto o la carta mentirosa de un viejo amor. Lo quiero conservar. Al menos de esta manera, sutil, chiquita, pero muchas veces más simpática que la verdad.

La casa sigue vacía. Pasan los días y esto se hace largo. Me encuentro con mi reflejo en los pasillos. Nos saludamos. Y nos reímos de lo que vemos. Mi reflejo se ríe de mí. Me enoja, le hago *fuck you* y sigo caminando como si no viera su media sonrisa burlona. Qué difícil es pelear con uno mismo. Cuesta amigarse. Hay que encontrar algún buen momento. Unos mates al atardecer para dejar de lado el orgullo y pedir perdón. Como un exnovio rencoroso, a mí misma me cuesta perdonarme. Hago un chiste para aflojar. Y a veces nada. Es tan grave lo que me dije que me cuesta la reconciliación. "Nos tenemos solo a nosotras. Recapacitá, que convivir en amargura y mal humor es más difícil". Me corro la mirada. "Te zarpaste", me dice. Tiene razón. Me zarpo. Soy mucho menos buena conmigo que con mi peor enemigo. Qué difícil esta convivencia. Siempre lo supe: la monogamia es una aventura casi imposible. Se requiere de mucho amor y un poco más de paciencia. La monogamia de mí conmigo misma se vuelve, sobre todo a la noche, insoportable. Y otra vez el fantasma del desamor. No me deja en paz. Va y vuelve. Va y vuelve. Es reincidente la cosa. A veces los recuerdos del desamor son más tóxicos que los virus que andan dando vueltas. Y para esto sí que no hay cura. La humanidad no la ha encontrado ni la encontrará jamás. El desamor es incurable. Hay paliativos, placebos momentáneamente efectivos. Charlas con amigos, risas, noches de vicios exagerados, un pote de helado, un chocolate caro, un romance vulgar. Pero es placebo. Y parece que este aislamiento social preventivo y obligatorio viene a recordármelo. Indomable es el amor. Insoportable el desamor. Pesada la desilusión. Qué embole. Será que corremos tanto en la vida que olvidamos todo esto. Pero es una verdad amarga que escondemos bajo la alfombra. Pero para esta ocasión no hay aspiradora que alcance. Se aparece "esa" realidad y es innegable. Pero no aprendemos, es curioso. Cuando todo esto termine y el entusiasmo de afuera nos levante el ánimo volveremos a creer que el amor no es una mierda. No van a haber alcanzado cuarenta días y quinientas noches de verlo claramente. Otra vez volveremos a confiar en un nuevo ser humano que prometa "amor para siempre" y listo, hecha la trampa. Volveremos amar. Mortales. Inexplicablemente humanos. Tropezamos con la misma piedra. Tropezón cada vez más grande. La empírea no nos deja nada. Olvidamos la experiencia dolorosa y saltamos otra vez al vacío. Madre mía. Qué tontera tan evidente la del amor. Pero qué inevitable. Las ilusiones borronean los fracasos del pasado, y dale que va. Otra vez sometemos a la inestable emocionalidad de otro perfectamente desconocido que nos endulza con algún gesto amable, una caricia, una sonrisa.

Qué reiterativa e insistente me pongo con esto del "amor". No debe ser lo importante... La casa sigue llena de viento y las calles repletas de vacío. Ese es el problema de hoy... qué amor ni qué amor...

Hoy la casa está más vacía que nunca. O tan vacía me siento yo que a la casa la vivo así, como a una parte de mí. Me representa y el silencio hace espejo de mi interior. Hoy casi de casualidad, aunque más bien diría sincronicidad, se me apareció un texto

de "Alicia en el país de las maravillas". Parece que ese libro funciona como un I-Ching postmoderno y tiene todas las respuestas que buscamos las Alicias de este mundo no tan maravilloso. El texto que encontré dice y reza:

– *¿Pero tú me amas?* – preguntó Alicia.

– *¡No, no te amo!* – respondió el Conejo Blanco.

Alicia arrugó la frente y comenzó a frotarse las manos, como hacía siempre cuando se sentía herida.

– *¿Lo ves?* – dijo el Conejo Blanco.

Ahora te estarás preguntando qué has hecho mal, para que no consiga quererte al menos un poco, qué te hace tan imperfecta, fragmentada.

Es por eso que no puedo amarte.

Porque habrá días en los cuales estaré cansado, enojado, con la cabeza en las nubes y te lastimaré.

Cada día pisoteamos los sentimientos por aburrimiento, descuidos e incomprendiones.

Pero si no te amas al menos un poco, si no creas una coraza de pura alegría alrededor de tu corazón, mis débiles dardos se harán letales y te destruirán.

La primera vez que te vi hice un pacto conmigo mismo: «evitaré amarte hasta que no hayas aprendido a amarte a ti misma».

Por eso, Alicia, no, no te amo.

No puedo hacerlo.

Parece que esta cuarentena que ya no hace honor a su nombre, porque llevamos encerrados algo más de cincuenta días y contando, viene a hablarme de mí misma. Aunque pido a gritos el auxilio de tu abrazo amoroso parece que la que tendría que abrazarse a sí misma, con más amor que el de tus goteros románticos, soy YO.

Sugiere este encierro, sugiere y grita: "Mirate a vos, ocupate de vos. Tirá de tu carro". Como me dijo anoche al tarot. Porque cuando no queremos escuchar las respuestas obvias, recurrimos a astros y mancias mágicas a ver si ellas tienen algo más que contar que lo evidente. Pero no. Las respuestas son las mismas. Lo dicen los mil planetas que están retrogradando todos juntitos, tirándonos meteoritos metafóricos, poniéndonos a prueba a ver si sacamos nuestros héroes interiores y podemos contra toda esta bataola infernal. Nos lo dice el noticiero. Nos lo dicen las canciones, los mensajes que aparecen perceptibles en cada rincón. "No hay rincón en esta casa, que no te haga regresar", dice un cantante en mis oídos. En mis oídos y en mis odios. Porque tenerte tan presente me llena de ¿odio? La presencia de tu ausencia me angustia y me alivia. Me alivia porque habla de mi amor, de mi capacidad de amar. Y eso sí que es mío y lo llevaré conmigo, mal que me pese, siempre. Siempre tuve la convicción de que cuando alguien ya no está, física o emocionalmente, en nuestras vidas es reconfortante sentir dolor. Porque ese dolor habla del amor que pudimos sentir. Y ese amor nos engrandece. Aunque hiera profundo.

Siempre vuelvo a hablar del otro. Parece que ese *chip* lo tengo bastante aprendido. Me esfuerzo por pensar en mí. Pero como moscas se me viene tu presencia, a veces clara a veces oscura. Cambio las sábanas que alguna vez durmieron con nosotros, limpio,

pongo una pila de ropa en el lavarropa a ver si algún quehacer concreto y por qué no psicomágico me ayuda a limpiarte. A limpiarme de vos. A limpiar esta casa llena de viento, llena de mí, llena de vos y llena de un nosotros que ya no es más nosotros.

Llegó el invierno. Lo anuncian los vientos y las lluvias de mi casa, que empezó llena de viento y ahora gotea. Truena todo. Pero de pronto... silencio. Silencio y algo de bienestar individual me acaricia. Me voy conociendo en esta soledad y algo de eso me enorgullece. Soy yo quien estará conmigo para siempre. Mejor llevarnos bien. Vamos cien días de encierro y tengo algo que agradecerle a este espacio obligatorio. Gracias por permitirme arremolinarme. Por darle lugar a mis enojos, por permitirme llorarme y reconocermelo. Esto también soy. Soy todos mis dolores y mis alegrías, mis recuerdos y mi futuro incierto. Esa es mi oportunidad: no sé a dónde voy, entonces puedo ir a cualquier parte, siempre llevándome en mi bolso a mí misma. Y si en ese viaje, nos encontramos, será perfecto, pero si no... no habrá más remedio. Y estará bien así... Se irá el invierno. Pasarán las lluvias y los vientos, que seguro volverán a venir por mí con distintos colores y llenos de otros remolinos. Pero algo sé. A esta tormenta de encierro, no sé bien cómo, pero sobreviví. Soy distinta y la misma a la vez. Crecí, aparecí. Y empiezo a intuir que después de tanto viento, empieza a llegar olor a primavera.

*

Argentina-2020

*

LA CASA LLENA DE VIENTO

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del
"Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento",
el 08 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN
Agusanta Rojas

INTERPRETE
Jeslin Valbuena

TÉCNICOS
Cámara: Edwin Corona Ramos
Teaser: Agusanta Rojas, Edwin Corona Ramos
Edición: Ivana Contreras
Asistente de Escena: Oriana Santos



LAS CENIZAS DEL DUQUE

Marcia Alejandra Céspedes Laplechade

Adaptación dramática del Cuento Noveno del "Decamerón"

NOVELA NOVENA

*El rey de Chipre, reprendido por una dama de Gascuña,
de cobarde se transforma en valeroso.*

Personajes:

UNA SEÑORA DE LA CIUDAD

UN PRESIDENTE (CONDE) EN LA CIUDAD

Una ciudad cubierta de ceniza.

En algunos lugares de la región la tierra se sacude. Los temblores son recurrentes al igual que la lluvia. Y el calor sofocante. Una habitación a medio construir. Unas ventanas cerradas. Un sillón presidencial. Un suelo de tierra o cemento. Piedras o agua. Da igual. De todas formas, seguirá temblando.

ACTO ÚNICO

PRESIDENTE.— ¿Entonces se queda?

SEÑORA.— ¿Va a llamar a la policía?

PRESIDENTE.— ¿Terminó?

SEÑORA.— Aún no.

PRESIDENTE.— Entonces no se va...

SEÑORA.— ¿A usted le pareció que había terminado?

PRESIDENTE.— O sea... hizo una pausa...

SEÑORA.— Claro... una pausa.

PRESIDENTE.— Pero larga...

SEÑORA.— ¿Quiere que me vaya entonces?

El metrónomo que usaba la señora se detiene. Ella guarda el instrumento.

SEÑORA.— Podría haber llamado a su mamá.

PRESIDENTE.— ¿A mi mamá?

SEÑORA.— ¿Por qué cuando le pasa algo no llama a su mamá?

PRESIDENTE.— ¿Y qué pasó después?

SEÑORA.— ¿Después de qué?

PRESIDENTE.— De la violación.

SEÑORA.— Lloré.

PRESIDENTE.— No...

SEÑORA.— Sí...

PRESIDENTE.— No.

SEÑORA.— Que sí...

PRESIDENTE.— Que no me refiero a eso, sino a ellos.

SEÑORA.— Se fueron a trabajar, supongo.

PRESIDENTE.— Ah...

SEÑORA.— ¿AH?

PRESIDENTE.— Es que suele pasar.

SEÑORA.— ¿Que violen y después se vayan a trabajar?

PRESIDENTE.— No... que llame a mi mamá cuando pasa algo.

SEÑORA.— Qué pena debe sentir su hija...

PRESIDENTE.— ¿Mi hija?

SEÑORA.— Sí, su hija...

El presidente se descubre los pies. El presidente los mira.

SEÑORA.— El otro día vi a una primera dama traduciendo el discurso de su marido al lenguaje de señas...

PRESIDENTE.— ¿Era mi mujer?

SEÑORA.— No.

PRESIDENTE.— ¿Era otra?

SEÑORA.— Sí...

PRESIDENTE.— Ahora todas las primeras damas no hablan por la boca.

SEÑORA.— No tenía por qué gritar.

PRESIDENTE.— ¿A usted le parece que estoy gritando?

SEÑORA.— ...

PRESIDENTE.— ¿Por qué dejó de tocar? ¿Cómo se llama?

SEÑORA.— Gabriela.

PRESIDENTE.— ¿Como la ley?

SEÑORA.— ¿La ley Gabriela?

PRESIDENTE.— La promulgué el año pasado.

SEÑORA.— Después que mataron a esa mujer.

PRESIDENTE.— Claro...

SEÑORA.— Después que la mataron...

PRESIDENTE.— ¿Podría dejar de moverse?

SEÑORA.— Me duele la vagina.

PRESIDENTE.— Los hombres estamos en peligro...

SEÑORA.— Se lo oí a otro presidente.

PRESIDENTE.— Sobre todo los que somos feos... Yo soy un duque...

SEÑORA.— ¿Ah, sí?

PRESIDENTE.— Nos acusan de acoso.

SEÑORA.— Qué pena siento por su madre ahora.

PRESIDENTE.— No toque a mi madre.

SEÑORA.— Ellos la tocaron primero...

PRESIDENTE.— Son sus tíos...

SEÑORA.— Que están viejitos... claro... pobre de usted que debe cargar con todo eso.

PRESIDENTE.— ¿Pobre yo?

SEÑORA.— Qué bueno que puede hacerse exámenes...

PRESIDENTE.— No entiendo... ¿puede dejar de moverse?

SEÑORA.— Exámenes psicológicos, pobrecito usted que debe mirar una mariposa y ver un tanque.

El presidente vuelve a tapar sus zapatos. La mujer se descubre un seno.

PRESIDENTE.— No soy esclavo de nadie...

SEÑORA.— Le perturba el silencio, parece, las pausas. Solo hice una pausa y usted se impacientó. ¿Cómo lo hace, oiga? Si lo único que tiene que hacer es escuchar, mirar, para eso es el arte, ¿sabe? ¿Tan poco sensible es? Y esto suena tan bonito... y cuando toco me brota más leche... Cuidado con lo que va a decir, no necesita herirme, mire...

PRESIDENTE.— Solo doy el ejemplo, señora, un duque jamás llora frente a alguien, por eso estoy aquí...

SEÑORA.— Inamovible en su silla... pobrecitos sus hijos...

PRESIDENTE.— ¿Todavía tiembla? Mis hijos coroneles...

SEÑORA.— Que le harán un golpe de estado.

PRESIDENTE.— ¿Eso harán? ¡Tápese, por favor!

SEÑORA.— Qué pena por su familia siento...

PRESIDENTE.— Irán a la cárcel...

SEÑORA.— Qué pobre...

PRESIDENTE.— Basta con lo de pobre...

SEÑORA.— Enderece la espalda... Mire cómo está sentado.

PRESIDENTE.— ¡Quiero que deje de temblar! Todo se cae constantemente, todo está en el suelo, mire...

SEÑORA.— Pobrecito... ¿cómo puede lidiar con sus asesores? Mire cómo lo tienen...

PRESIDENTE.— Me encierran con llave...

SEÑORA.— "Tratamiento", le dicen.

PRESIDENTE.— ¿Por qué no puede parar de moverse?

SEÑORA.— Por eso dejé de tocar...

PRESIDENTE.— ¿Porque le duele la vagina?

SEÑORA.— ¿Cómo voy a seguir tocando si usted está todo ahí?... Mire... todo moviéndose, no sé, ¿qué le pica? ¿Le pica algo? ¿Por qué no para de temblarle el pie?... o no sé, mírese los ojos... ¿Se da cuenta de cómo los mueve? O sea, no se mueve

usted, no se para de ahí, pero se le mueve tooooo. Mírese... entonces no me puedo concentrar, vengo a decirle algo y comienzo tocándole algo que le pueda agradar o no, mejor que lo estimule, y usted la única cosa que hace es moverse... ¿y me grita a mí porque me muevo?

PRESIDENTE.— Ni siquiera me ha dicho por qué está aquí.

SEÑORA.— ¿Tiene que gritar?

PRESIDENTE.— Usted está imaginando que le grito... ¿o le estoy gritando?

SEÑORA.— Me voy a poner pa este lado, ¿sabe?... así... quizás lo escucho mal yo...

PRESIDENTE.— ¿Por qué dice que me muevo? Yo no he movido un dedo como en un siglo... ¿Está temblando de nuevo?, ¿de nuevo? ¿Que no va a parar nunca esto? Eso pasa por venirte a vivir a un país sísmico, duque... Eso pasa... Siempre lo mismo... ¿Por qué no tienes tino y eliges un lugar apacible?... pero la familia está aquí, el trabajo, el...

SEÑORA.— ¿Sabe qué, señor presidente? ¿Oh... sabe? Mire, hago así y mire. ¿Sabe que me di cuenta de que ahora debo moverme *pal* otro lado?, ¿sabe? Ya no es en círculo para allá, ahora es para acá, ¿lo ve? Así... y yo siempre he movido más la cadera para ese lado y no para este otro, ¿lo ve? Así... mire... no le doy, se me va el ritmo. Míreme el pie... ¡Mire!, uno, dos, tres y... lo pierdo, no me sale... me sale tieso, me pongo tiesa, me siento como *trabá, apretá*... Debe ser porque pienso en lo que me pasó todo el día. Quiero dejar de hacer eso. ¿Usted sabe lo que tengo que hacer? Claro, ¿qué va a saber...? Shi... Tampoco lo sabe. Ha sufrido tanto usted. Oiga, ¡*¡fíjale!* Se le ha caído todo menos la cara, pero lo entiendo, es tan difícil ser usted, pobrecito mi niño... ¿Quiere la teta de la mamá?

La señora aprieta su seno. Salta un chorro de leche. El presidente lo mira.

PRESIDENTE.— Me acordé de la vía láctea...

SEÑORA.— No tenía por qué gritarme...

PRESIDENTE.— Usted tampoco.

SEÑORA.— ¿A qué vino?

PRESIDENTE.— Usted me lo pidió.

SEÑORA.— Quiero que haga justicia.

PRESIDENTE.— Todos quieren lo mismo y...

SEÑORA.— Y usted no la da.

PRESIDENTE.— ¿Es algo que tenga que darse?

SEÑORA.— ¿Va a tomar o no?

PRESIDENTE.— No he tomado en tanto tiempo... Me podría caer mal...

SEÑORA.— Eso mismo les dije a los tres hombres...

PRESIDENTE.— ¿Qué?, ¿les dio leche mientras la violaban?

SEÑORA.— Es que los vi tan mal... y yo me sentía tan mal... que me empezó a salir leche, así, mire, y comencé a tirarles la leche sobre la cara, y lo único que quería era tomar yo.

PRESIDENTE.— Entonces asunto resuelto.

SEÑORA.— Ellos están sueltos.

PRESIDENTE.— Usted también.

SEÑORA.— Yo no soy un peligro.

PRESIDENTE.— ¿NO?

SEÑORA.— Mire cómo me dejaron...

PRESIDENTE.— Bájese el vestido, por favor... No quiero mirar.

SEÑORA.— ¿Por qué se tapa los pies?

PRESIDENTE.— Quédese tranquila, por favor. ¿Qué está buscando ahí?

SEÑORA.— A sus asesores.

PRESIDENTE.— Están ocupados.

SEÑORA.— Lo sé, pero no importa.

PRESIDENTE.— Bájese de ahí, oiga... ¿Por qué mierda siempre caigo en estas cosas? ¿Por qué la dejé entrar?

SEÑORA.— Porque está aburrido.

PRESIDENTE.— Siempre lo mismo contigo. "Presidente...", dices una cosa y haces otra. Siempre te contradices, ¿por qué lo haces? ¡Siempre escucho a todos lo que vienen aquí y siempre me pasa lo mismo!... ¡Pare de moverse!

SEÑORA.— Voy a prender esta aquí, y esta otra acá... Mire que quedó bonito con más luz... A usted le hacen falta unas flores por aquí, o una plantita más que sea, ah... voy a ir al... ¿tiene una escoba? (*Sale.*)

PRESIDENTE.— ¿Señora, por favor! Siempre la misma wea... ¿por qué tienes que aguantar a tanto imbécil y arrogante en tu casa? "¿Qué te pasa, presidente?" Me carga esta silla, me duele el culo, me aprieta los cocos la madera y los dibujos de mierda que tiene me raspan la espalda... Oiga, ¿a dónde va...? Y esa de allá... ¿Qué mierda le vas a decir ahora?, ¿que tiene las tetas grandes?, ¿que la leche no me gusta? Pero si quiero..., ¿Sabe qué quiero hacer?

SEÑORA.— (*Desde afuera.*) ¡Creo que no estamos solos!

PRESIDENTE.— Quiero tomarme toda la leche de mamá, he sido tan inamovible... Estoy tieso, parado, como que me siento inerte... No, no me siento así... Me siento más vivo que nunca... Quiero chuparle las tetas y sacarle toda la leche... "Siéntate, presidente, ¿qué estás diciendo?"

SEÑORA.— (*Desde afuera.*) Lo escuché, ah.

PRESIDENTE.— Dejemos las cosas como están.

SEÑORA.— Mire qué linda esta planta, la voy a poner aquí. (*Sale de nuevo.*)

PRESIDENTE.— Soy peor de lo que pensaba.

SEÑORA.— Mire esta otra... La voy a poner acá... Y voy a abrir esto... Mire qué tremendas ventanas tiene aquí detrás... Cosita más linda... Mire qué bien le hace el sol... ¿Quiere que le saque los chanchitos?

El presidente sale de su silla. Tiembla. Se acuesta boca arriba. Las piedras se mueven, quizás comienzan a caer escombros. O se mueven los cables. O se escucha un auto. O un caballo. Pasa un helicóptero. Claro, es cuarentena. Es temprano. Y el duque se acuesta lento. Baja la teta de la señora.

PRESIDENTE.— ¿Qué?

SEÑORA.— ...

PRESIDENTE.— Está temblando y afuera se escucha una...

SEÑORA.— ¿Oiga nadie le corta la uñas? A ver, sáquese esto... eso, listo... zapato fuera... Mírese los pies... qué asco...

PRESIDENTE.— He vuelto a soñar con ceniza.

SEÑORA.— Uno de los hombres estaba descalzo, y mientras me violaban yo podía verle los pies, me daban por el culo y yo le veía los pies, tenía las uñas encarnadas, largas y amarillas. Otro tenía los pies perfectamente limpios, las uñas cortas y limpias... Eso, tome más... ¿está rica la leche de mamá? El otro estaba con zapatos. Extraño era que solo uno tuviera zapatos, no podía verle los pies... entonces me di vuelta pa' mirarlo a los ojos... Me daban por el culo y me di vuelta tan fuerte que creo que le rompí el pico... Solo quería mirarlo a los ojos...

PRESIDENTE.— ¿Y después se fue a trabajar? ¿Por qué la gente hace eso? ¿Por qué siguen viviendo como si *na'*? ¿Qué estás haciendo aquí?

SEÑORA.— Era tan joven.

PRESIDENTE.— ¿Cómo alguien como tú está frente a mí?

SEÑORA.— Me miró raro, con asco, yo estaba frente a él desnuda. He dado tanta leche en mi vida que ya no quiero hacerlo más, ¿*sabí*, señor presidente?

PRESIDENTE.— “Estamos solos contra todos”, ¿no te das cuenta?

SEÑORA.— Cuando me dijo eso, me dio una rabia... “*Vob estari solo*, pendejo de mierda”, le dije.

PRESIDENTE.— Y le sacaste un ojo.

SEÑORA.— Aquí está... ¿Por qué te asusta? Mira lo que me hiciste hacer... por la *xxxx*... toda la leche en suelo... ensucié todo el piso ¿Tiene una escoba? ¿Un trape-ro?... Iré por tus asesores...

PRESIDENTE.— ... Qué livianos son los ojos.

La señora se detiene en medio del agua. Tiembla otra vez.

SEÑORA.— ¿Qué iba hacer yo? ¿Para dónde iba? ¿Por qué no me ha echado?

PRESIDENTE.— No lo sé, ¿por qué usted no está llorando?

SEÑORA.— Porque me duelen las tetas.

PRESIDENTE.— ¿Por qué no vino sangrando?

SEÑORA.— Pasé a cambiarme y me puse linda, ¿lo ve?

PRESIDENTE.— Su dignidad me da miedo.

SEÑORA.— A mí la suya no...

PRESIDENTE.— ¿Por qué no me pide que los mate?

SEÑORA.— Verdad, aún no le pido nada.

PRESIDENTE.— Solo se ha dedicado a poner plantas y abrir las cortinas.

SEÑORA.— Y a darle leche.

PRESIDENTE.— Ayer tuve que dormir quince horas.

SEÑORA.— Yo creo que por eso me violaron.

PRESIDENTE.— ¿Porque durmió mucho?

SEÑORA.— Yo no, usted.

Entra el sol de la mañana. Las plantas se mueven hacia él. La ceniza entra... quizás siempre estuvo...

PRESIDENTE.— Cuando tomé el título de conde también tembló...

SEÑORA.— Podría hablarle a las plantas ahora si quiere... o mandarlas a la mierda... o no hablarles nunca... así podría saber cómo se sienten...

PRESIDENTE.— Tembló y después se cayó el cuadro que está ahí.

SEÑORA.— Mire, esta tiene las hojitas secas... están quemadas... ¿usted se las va a cortar ya? Así, mire. Y no sienta que le está cortando los brazos, al contrario, la planta agarra más fuerza... se entierran más las raíces...

PRESIDENTE.— No les creo ni una wea a los temblores...

SEÑORA.— Yo no te creo a ti, cosita más linda... ¿Dónde está el niño de la mamá? ¿No puede hacer caca? ¿O tiene miedo? ¿Le sobo la espaldita?

Cuando una mujer pobre se desviste la espalda frente a un duque, nunca llora. Baja su vestido suavemente con vergüenza, pero jamás con miedo. Una fina ceniza cae en su espalda.

PRESIDENTE.— Tiene bonita la espalda...

SEÑORA.— Eso mismo me dijeron ellos. Usted tiene los pies feos...

PRESIDENTE.— Mi mamá dice lo mismo.

SEÑORA.— Pero será un gran hombre.

PRESIDENTE.— "Conde de la nación", decía... mientras me bañaba y me pasaba el jabón por los sobacos...

SEÑORA.— Y conquistará el mundo... no importa que haya matado a su perro.

PRESIDENTE.— No me hacía caso... por eso me gustan más los humanos...

SEÑORA.— Su madre tiene la culpa de todo, mire que criar a una bestia como usted...

PRESIDENTE.— ¿Su padre no le enseñó a defenderse?

SEÑORA.— El *weón* no estaba nunca.

PRESIDENTE.— En el colegio me pidieron un insectario y mi mamá me llevo al jardín y matamos treinta y cuatro insectos, ahí supe el poder que tenía yo...

SEÑORA.— Cuando me lo estaban metiendo en la boca comencé a llamar a mi papá... llorando... ¿Dónde estaba? ¿Por qué se fue? El cabro que tenía los pies feos se desconcentró y me lo sacó de la boca, se fue *pa* atrás, se cayó al suelo, frente a mí... No sé, yo creo que le dio asco que una señora estuviera llorando llamando a su papito...

PRESIDENTE.— ¿Por qué no llama a su mamá cuando le pasa algo?

SEÑORA.— ¿Por qué no me pide que me vaya?

PRESIDENTE.— ¿Quiere hacerlo?

SEÑORA.— Sí.

PRESIDENTE.— Yo no... ¿a dónde va? ¡Alto ahí!

SEÑORA.— ¿Lo ve? Le dije que no estábamos solos...

PRESIDENTE.— Siempre hay alguien que abre y cierra las puertas aquí...

SEÑORA.— ¡Claro porque *vob está* siempre sentado, flojo *culiao*!

PRESIDENTE.— ¡Cállese y acérquese!

SEÑORA.— ¡Venga a buscarme, *pue*! Se ve que no puedo ni caminar... Salga de esa silla, oiga... ¡levántese!

PRESIDENTE.— No... me tiene las *weas hinchás*...

SEÑORA.— Quiero que los mate... que les corten la cabeza.

PRESIDENTE.— Tres pendejitos malcriados... Tres niños en plena juventud... Un duque podría hacer eso...

SEÑORA.— A sus asesores... a ellos hay que cortarles la cabeza, a su padre, a sus tíos que se violan a su madre, a tus hermanos, a tus médicos, a tus abogados, a tus socios, a todos los hombres que tienes allá atrás... pero no hay nadie ahora. Hace tiempo que no lo veía tan solo, señor presidente...

PRESIDENTE.— Levante las manos... tengo los pies tan helados que el corazón ni se me inmuta, así que si se mueve, la mato.

SEÑORA.— ¿Por qué mataste al perro?, ¿ah?, dime... ¿qué te hizo el perro, Sebastián? Levanta la cabeza. Mírame a la cara... ¿Qué te he dicho yo, a ver?

PRESIDENTE.— Que no se matan a los seres vivos.

SEÑORA.— Y no me hiciste caso... siempre lo mismo contigo, Sebastián... siempre lo mismo...

PRESIDENTE.— Es que los niños del colegio también lo hacen.

SEÑORA.— ¿Y qué me importa a mí lo que hacen los demás *weones*? ¿Tanto te importa acaso? Mírate, tápate los pies, qué indecencia, corazón... vergüenza me da verte así...

PRESIDENTE.— ¿Mis tíos te tocan, mamá?

SEÑORA.— Los tíos tocan a todas las mamitas... ¿usted va hacer lo que yo le pedí?

PRESIDENTE.— No puedo, no quiero, no quiero moverme de aquí.

SEÑORA.— Pero allá afuera está la *cagá* pues, ¿lo ve? Mire por las ventanas, la gente está en la calle desnuda casi... llevan en el cuerpo todas las atrocidades que el presidente no les hace justicia... ¿lo ve? Mire a esa vieja de allá... su tía... mire cómo camina la pobre, *hinchá* de tanto comer, de tanto tragarse las langostas que le sirven al desayuno, pobrecita... mire ese otro de allá, su hermano con las piernas chuecas de tanto montarse en las chiquillas de la esquina, mire cómo camina, pobrecito... mire a esas de allá, sus sobrinas... todas rubias y flacas, cómo sufren esas niñas, Dios santo... *na*, ¿qué dios santo?... mire *pallá*... su padre... con los pantalones a medio culo de tanto dinero que tiene en los bolsillos... ¡Mire cómo se le arrastran los pantalones por favor! ¿Cómo pueden vivir así?, comiendo de su mano y sin sacarlo a dar una vuelta siquiera...

PRESIDENTE.— ¡Cierre esa ventana! A mi familia no se le espía.

SEÑORA.— Claro que no, pero se le ve que no están bien... en cambio nosotros... mire...

PRESIDENTE.— ¿Qué es ese fuego?

SEÑORA.— Una fogata, ahora más encima se puso tonto usted; pobrecito, mi corazón...

PRESIDENTE.— ¿La gente prende fuego?

SEÑORA.— Para celebrar.

PRESIDENTE.— ¿Y qué celebran?

SEÑORA.— Lo mal que lo ha hecho usted...

PRESIDENTE.— ¿Y eso qué es?

SEÑORA.— Su tía que no se puede parar de lo *hinchá* que está comiendo cordero asado en su patio.

Las ventanas se abren cuando hay mucho viento. Se golpean a veces contra los muros y se quiebran los vidrios. Tal como pasaba años atrás, cuando en el cielo ardía el sol y en las calles ardía la peste.

PRESIDENTE.— Ya no sé qué como, ni cómo duermo. Ya no sé si debo vender el sol o quedármelo. Me pregunto todos los días qué es mío. ¿Qué es mío? Soy tan pobre, no tengo nada realmente. Soy tan ínfimo, tan pequeño... Todos los días me miro mientras me lavo el hocico y pienso: ¿por qué me lavo los dientes tan rápido?, ¿qué me apura? Ayer me compré el tiempo, lo guardé en esa habitación. Ahí detrás de esa puerta están todos mis tesoros... papeles y más papeles. Papeles que dicen que es mío todo... todo, todo, todo, todo, todo ¿todo? Tengo todo. Todo me pertenece, he comprado el agua, he comprado los volcanes, he comprado los bosques, las sierras, los montes, el pasto, los patos, la policía, los jueces, las verduras, el cloro, la tierra. Ya no sé ni cómo me llamo, tengo tantas cosas que me pongo feliz cuando alguien me dice: ¿te falta algo? Sí, pienso. Me faltó yo.

SEÑORA.— Qué aburrido... ahora lo entiendo... todo eso que me cuenta es súper aburrido... debería matarlos a todos... En especial a los hombres.

PRESIDENTE.— ¿Eso piensas, mamá?

SEÑORA.— Para que no nazcan más *wonones* como tú... sí... ¡ey, éjale! Qué fuerte estuvo este, verdad... Me encantan los temblores... Mire, quiero que me firme esta carta.

PRESIDENTE.— ¿Cómo puede seguir tan... tan tranquila? Quizás se viene un terremoto y usted está aquí tan, tan tranquila...

SEÑORA.— No crea *na* eso, si estoy hecha un ovillo por dentro, no es fácil hablarle a usted, señor duque, pero ya está, tome... y no sea cobarde, por favor, que se le caiga un poquito el castillo no le haría mal... así puede volver a decorar después...

PRESIDENTE.— Esto es horrible, mire cómo tengo el pelo de blanco y usted me dice esto... Usted es un peligro, una amenaza, un enemigo implacable del reino...

SEÑORA.— Mire cómo está de flaco y feo... Qué pena siento por su abuelita, ¿sabe?

PRESIDENTE.— ¿Cómo que quiere que declare que usted ya no es de esta patria? ¡Déjese de tanta pena, por favor!

SEÑORA.— Córtele de rascarse por la *xuxa*, se pone nervioso y se rasca, ¿tanto le pica el hoyo?

PRESIDENTE.— Se caen las cosas y me pica... No voy a declarar eso, usted pertenece a esta tierra...

SEÑORA.— ¿"Hoyo" se escribe con hache?

PRESIDENTE.— NO TENGO IDEA.

SEÑORA.— ¿NO SABE?

PRESIDENTE.— Llevo cuarenta y cinco años sentado aquí y lo único que he hecho es comer y comer, ¿cómo voy a saber cómo se escribe "hoyo"? Este título de mierda me hace arder el culo... ahhhh...

SEÑORA.— Ya salió el pulento de nuevo. Qué pena siento por su madre, señor presidente...

PRESIDENTE.— ¡Soy un DUQUE!

SEÑORA.— Está tan *pa* la *cagá* que parece presidente, mírese... nada de su reino le pertenece, todo es de ellos, de su familia, de sus amigos... VERGÜENZA... eso

debería darle a su madre, ¿que acaso su madre no lo quiso?

PRESIDENTE.— No voy aguantar esos insultos más... Que pare de temblar ahora, ¡ahora! ¡Se los ordeno!

Nadie le hace caso a un presidente. Ni siquiera la tierra. El silencio se suspende al igual que las cenizas sobre él.

SEÑORA.— Usted firme aquí... y aquí y me voy...

PRESIDENTE.— Páseme un lápiz... rápido...

SEÑORA.— Ni lápiz tiene el *culiao*...

PRESIDENTE.— No me grite, por favor.

SEÑORA.— Eso y aquí...

PRESIDENTE.— Eso ya... rapidito... ¿Para qué quiere que firme todo esto? Ay, por la mierda se caen las ventanas... Ya con esto tendrá justicia y podrá irse a la mierda si quiere... Toque algo antes de irse por favor...

SEÑORA.— Estoy decepcionada, pero absolutamente decepcionada, me siento abandonada, abandonada, ¿sabe?, con esta carta dejo de ser chilena, no tengo nada, no tengo nada, nada, nada que me ate aquí, no soy de ningún lugar, ni siquiera soy de la clase media, ¿sabe que tengo ganas de sacarle los ojos?, como Yocasta o no sé quién era... y después quiero colgarlo en la plaza para que todo el mundo lo apedree, ser de este país no me sirve de nada, ¿sabe?, de nada, nada, de nada, nada. Quiero que todo esto se convierta en una tragedia, señor presidente. Mire, yo lo tomaría y lo llevaría calle por calle para que pidiera disculpas y limpiara todas las casas, ¿sabe qué? Claro, por eso andaba buscando la escoba... Yo creo que usted tiene que barrer, tiene que fregar los platos, tiene que limpiar el baño, tiene que limpiar los vidrios y tiene que limpiar los libros para borrarse de toda la historia. Tiene usted que borrarse de toda la historia y borrar a sus antepasados y antepasados y antes y antes y antepasados, porque a usted le espera una muerte triste, ¿sabe, señor presidente?, una muerte triste y amarga, sin paz, porque nadie se va de este mundo sin pagar la cuenta, nadie... ¿le gustó esta canción?

PRESIDENTE.— El suelo está lleno de ceniza...

SEÑORA.— ¿Cómo se sienta así? No se siente así, siéntese bien, pare la cabeza, enderece la espalda, mire cómo está ahí, todo chueco, con todo tullido. ¿Por qué no se manda una medida completamente distinta, señor presidente? ¿Por qué no hace algo distinto, señor presidente? ¿Por qué no pone a una mujer? No una, sino cinco mujeres a cargo, cinco tremendas mujeres. ¿Por qué no se deja de *buevá*s, señor presidente, y pone una mujer? ¿Por qué no aprovecha esta oportunidad y saca a toda esa manga de familiares corruptos y pone a una mujer? Pero que no piense como usted. Por una vez haga las cosas distintas, distintas, ¿sabe?, distintas, distintas, distinto a todo lo que estamos esperando de usted. ¿Por qué no cambia todo esto? ¿Se imagina? Todo lo que podría cambiar. No le estoy diciendo que renuncie a su título de duque, no, yo le estoy diciendo que sume, que sume y haga algo distinto que nadie espere que usted va a hacer. ¿Podrá hacer una cosa así, señor presidente? Imagínese lo que significa abrir una puerta, sí, pues eso: abrir una puerta; lo que implica abrir una puerta, abrirla, empujarla solamente.

PRESIDENTE.— A eso vino... ¿usted quiere el poder?

SEÑORA.— Nooo... A mí me cuesta hablar como usted, me cuesta. Usted habla como un rey, como un duque. Yo no puedo hablar como una reina. Yo hablo como las huevonas, porque me pierdo. Me pierdo porque soy disléxica. Se me borran las comas, los tildes. Me pierdo en los acentos. Yo no escribo ni hablo la gramática que tiene usted. Yo no sé cómo se hacen las frases, no me acuerdo, ¿sabe? Nadie se acuerda. Porque nadie me lo enseñó, ni usted ni nadie... Los de afuera tampoco lo saben... Somos todos *weones*. ¿Cómo va a atesorar el tiempo, señor presidente, con gente *weona*, si la gente inteligente está con usted aquí, comiendo y tomándose su leche? El aire cada vez se pone más espeso con la ceniza.

PRESIDENTE.— Son mis amigos, son mi familia, no puedo renunciar a ellos... No puedo... Me duele el cuello por la cresta, no puedo seguir sentado... ¿De dónde viene usted?

SEÑORA.— ¿Qué le importa de dónde vengo? ¿A ver? ¿Qué? ¿A quién le importa de dónde vengo? Si no importa de dónde vengo, si vengo de lejos o vengo de cerca, porque con su inmovilidad todas las distancias son largas, señor presidente. Usted debería moverse de extremo a extremo. El pueblo tiene sed de agua cristalina, quiere volver a respirar el aire puro, porque siempre ha estado ahí y ahora está entrando a su casa. No importa si vengo de lejos o vengo de cerca porque con su inmovilidad todas las distancias son largas, señor presidente.

PRESIDENTE.— ¡Soy un duque!

SEÑORA.— Qué pena siento por toda nuestra familia, duque. Toma, ya está, acabas de firmar tu sentencia a ser decapitado por tus tíos y hermanos...

PRESIDENTE.— ¿De qué se me acusa? ¿Mientes, mujer?... Todos los que vienen aquí mienten. ¿Me envenenaste, *weona*, con la leche? ¿Qué mierda me diste?

SEÑORA.— Se le acusa de querer revolucionar al pueblo otorgándome la justicia. Sus hermanos lo declaran culpable de ir en contra de la constitución al enviar a matar a esos pobres jóvenes por violarme... Mire qué cosa más linda, mi Sebastián hermoso. Cuidado con eso que va a caer sobre su silla...

PRESIDENTE.— ¡Pero es lo justo!

SEÑORA.— ¿Para quién?

PRESIDENTE.— ¡Para usted!

SEÑORA.— Nadie hace las cosas por primera vez, señor duque.

PRESIDENTE.— ¿Ah, no? Mire... pues me he parado y usted me ha salvado de morir bajo esos escombros... Pobrecito mi pueblo... Qué pena me da usted...

SEÑORA.— Imagínese todo lo que significa abrir una puerta, señor presidente...

PRESIDENTE.— Pondré leyes... Escribiré otra constitución...

SEÑORA.— No tiene por qué gritar, señor duque.

PRESIDENTE.— Ayúdeme a llegar a la puerta...

SEÑORA.— Usted puede solito, mi cosita linda... Ya no necesita a la mamá...

PRESIDENTE.— Ahorcaré a los corruptos...

SEÑORA.— ¿Quiere un poco más de leche, señor presidente, antes de salir?

PRESIDENTE.— Toda mi casa está cubierta de ceniza y yo... Yo solo quería escuchar la tocar ese instrumento tan lindo y seguir sumido en la siesta. Deme esa escoba...

SEÑORA.— No estamos solos, señor presidente, atrás de la puerta están...

Cuando alguien abre una puerta siempre se impactan los ojos. Suele pasar en las tragedias. A los reyes les sacan los ojos. Al igual que a los presidentes y a los duques. Los presidentes cuando abren una puerta suelen perder los ojos. Pero no importa. Los ojos son livianos. Y seguirá temblando igual.

NEGRO O QUIZÁS GRIS.

*

Chile-2020

*

LAS CENIZAS DEL DUQUE

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del
"Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento",
el 09 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN

Sara Amcar

INTERPRETES

Señora: Coca Miranda

Presidente: Javier Vidal

TÉCNICOS

Asistencia de dirección: Penélope Gil

Voz en Off y Cámara: Marcía Céspedes.





AMIGOS

Gerardo Oettinger

Dos amigos, uno está sentado, inmóvil y en silencio, sobre la mesa, cuando el otro se sienta a tomar un té.

Buenos días. Te ves un poco mejor que ayer. ¿Cómo te sientes?... Ok... Vamos a seguir con la ley del hielo. Me odias. Te entiendo. Lo siento mucho, de verdad, créeme, todo lo hice por el bien de los dos. Perdón. No... Esto no es un secuestro. Decidí que es mejor que vivas acá conmigo. ¿Prefieres estar viviendo en esa casa horrible donde te usaban como negocio? Tienes tus brazos rotos, estás lleno de injertos y cicatrices. Cuando te mejores, me vas a agradecer haberte rescatado de ese lugar donde te cortaban y ponían pedacitos para comercializarte en Internet.

La cuarentena total se ha extendido. Lo mejor es tenerte acá conmigo. Necesitaba hablar y ya no daba más de estar solo. Me sentía en una pecera. Desperté una vez pensando que era un pez dorado. Y que daba vueltas y vueltas por mi pieza de cristal repleta de agua, y mi reflejo me perseguía.

Me siento detenido en el tiempo. Como tú. Sé que lo que más te gusta es el sol. Y el aire seco. Compré esta estufa eléctrica para que no pases frío. Me va a matar la cuenta de la luz; pero quiero que estés lo mejor posible. No, no tengo patio, pero si corro la mesa a esta esquina, te van a llegar más rayos de sol... sol frío, pero sol es sol.

No tienes que agradecerme. Somos amigos. No me debes nada. Vas a estar débil un tiempo. Estás un poco marchito y decaído, pero nada grave. Eres resistente.

Cuando pase el confinamiento te pondré en mi lugar preferido de la quebrada donde me gustaba ir, para un descanso mental de tanta ciudad, ahí vas a poder crecer libremente. Sé que te molesta que te hablen en las mañanas, a mí igual, yo también necesito dos horas para despertar, más ahora que no puedo tomar café.

Estás recién trasplantado, hablar te hace bien. Te hace crecer. ¿Te duele mucho? No creo que más que cuando te sacaban tus hijos. ¡Qué horror! Tienes que tener paciencia,

queda un trasplante más, hasta que te lleve a la montaña. Sé que no sientes el dolor como lo siento yo. OK, sientes una molestia punzante que recorre tu cuerpo. Como pulsaciones eléctricas agudas que se ramifican. Sí, claro. Sobre todo en el pie. A eso yo lo llamaría dolor. Te pido disculpas, la operación la tuve que hacer rápido para sacarte de ese lugar y pasé a dañarte. Traté de envolvarte con un saco lo mejor posible, no quería que algún vecino me viera. Los pacos están rebrígidos con las protestas en cuarentena.

Déjame ver cómo van tus pies. Lo haré con cuidado. No seas alaraco. La cicatrización va bien. Eso fue porque limpié bien tus heridas, y como ya hace frío te dejé al sol lo más posible. Está todo tan espinoso allá afuera. Se huele el odio en las calles. La humanidad es tan compleja y loca que no deja de sorprenderme. Hay demasiada esperanza en un mundo evidentemente absurdo. Tu inocencia es un tesoro para mí. No sabes la paz que me das. A pesar de que no pueda abrazarte como a los árboles. Cuando esto acabe quizás me quede así para siempre. Ya no creo en nada ni en nadie. En ti sí. Pero es que este país está insufrible. Despierto cada día más verde de la rabia. Cada día me parezco más a ti. A la defensiva. No sé para qué gasto saliva contigo. Ahora puedo escuchar tus vibraciones, como tú escuchas las mías.

¿Yo?, gracias por preguntar. Amanecí como las huevas otra vez, pasé la noche en vela. Los perros del vecino no pararon de ladrar. Las sirenas de los pacos, las ambulancias, los bomberos. Gritos de borrachines que no cumplen la cuarentena. ¿Tampoco pudiste dormir por el ruido? Cresta. Perdona, no pensé que te molestaría.

Tienes razón. Las vibraciones aumentan. Tienes un reloj interno delicado igual que el mío. Ya no sé qué hacer con esta úlcera. Anoche vomité sangre por tercera vez.

Me quedé escribiendo para aprovechar el desvelo. Después, ya de día, logré quedarme dormido profundamente. Tuve pesadillas horribles. Recuerdo trozos. Estaba en mitad del desierto, en Atacama, con los pies enterrados en la arena y un sol para freír huevos. No podía moverme. Como tú. Y pensé en ti, en que tú amas el desierto. Y a mí, me gusta pero me asusta. Demasiado inmenso. Y la sed, la maldita sed. Aunque ahora esa inmensidad me aliviaría bastante. El encierro me tiene enfermo. Como a Kafka. Como la metamorfosis. Como a Gregor Samsa. Me desperté recién, transpirado, mareado, después de un sueño intranquilo, y estaba sobre la cama convertido en un monstruoso cactus lleno de espinas, como tú. Con esta sensación extraña, no de bicho, sino de vegetal, de cansancio eterno, y con este escalofrío que no para y es como si todos mis poros y pelitos de la piel fueran pequeñas y filosas espinas, así igualitas a las tuyas. Y no podemos abrazarnos. Y eso como que me gusta. Eso pasa con los amigos. Nos mimetizamos. Mi piel está erizada. Necesitaba mucho de tu compañía. Abrazar. Tocar. Follar. Son un recuerdo. Que rápido se olvida. Lo único que pensaba era en arrancar. Allá afuera todo era problema, un dolor de guata, una rabia, una mentira, una triquiñuela, una patraña, un pituto, una noticia falsa; una guerra por todo, por la plata, el poder, el puesto de trabajo, por quién tiene la razón y quién no, quién es el bueno y quién es el malo.

Las espinas son una forma de defensa efectiva en contra de los falsos mesías, de los falsos patriotas, de los economistas y políticos vendedores de humo, de los acusadores y los moralistas, de los linchadores, los justicieros y crucificadores. Dan palos porque bogas y porque no bogas. La cuarentena me vino de lujo, ¿sabes? No tan mal como a otros. A los pobres. Los viejos. Los hambrientos. Sé que no tengo que ver tantas noticias, ni meterme tanto a las redes sociales, pero es un maldito vicio, como la morfina. La rabia es un vicio. Tienes razón. Mejor no hablemos de política. De ecología menos, ese tema sí que me deprime. De solo pensar en todo el daño y la contaminación, mi sistema nervioso se hace pebre. Mejor me fumo un pito. ¿Te molesta el humo?

¿Quieres que te lea lo que me quedé escribiendo anoche? ¿En serio? ¿Ves?, por eso te quiero tanto. Como en estos tiempos apocalípticos uno se puede morir en cualquier momento, pensé que sería bueno escribir un testamento. Y me puse a buscar tipos de testamentos y este fue el que más me gustó. Un testamento solidario, donde yo, acuerdo en vida dar parte de todo lo que tengo a los que lo están pasando mal, a los que tienen menos oportunidades de acceder a la educación, a los enfermos, a los pobres, o los que están jodidos por la violencia, por el solo hecho de haber nacido en otro lugar o ser de otro color o religión o idea política. A los humanos nos gusta mucho el poder. Me gustaría terminar mi testamento con: "Creo en cambiar las cosas, pero no haciendo el mal para hacer el bien. Los paraísos no existen. Siempre dependerá de nosotros. No hay que tener ni ídolos ni mesías. La redención existe. Ojo por ojo y todos quedaremos ciegos". Sí, tienes razón, es demasiado pretencioso. Quizás por eso cada día prefiero la quietud. El silencio. El viento. Los humanos nos queremos parecer a los dioses. Tú solo eres tú. Eso es maravilloso.

Me refiero a heredar a los que viven situaciones muy duras de exclusión, enfermedad y pobreza. No como la mía, que finalmente es una escasez pequenoburguesa.

Me gustaría entregar lo que no me puedo llevar para el otro lado, pero sin desproteger a los míos. A ti, tengo pensado dejarte la mitad de todo. La mala noticia es que no tengo nada más que mi CuentaRUT a la mitad, un estante con libros, un par de buenos abrigos y chaquetas, mi cama, un computador y mi teléfono. Y nada de eso te sirve.

Ya no me queda tiempo. Nuestros ritmos biológicos están cada vez más complementados.

Es verdad, tienes que aguantar mis malas caras, reclamos y depresiones. Perdón. El yoga no me sirve como abrazar árboles. La rabia es la emoción más sombría y desenfrenada de todas, porque es una locura breve. Si pudiéramos irnos a buscar nuevos caminos, pero no se puede con estas fronteras cerradas.

¿Por qué crees que me hice amigo tuyo? Porque puedo decirte lo que quiera. A los árboles solo los abrazo, no me resulta conversar con ellos. Pero contigo sí. No sé por qué. Lo intenté con varios: álamos, araucarias, plátanos orientales, pinos, robles, arraya-

nes, lumas, limoneros, manzanos, ciruelos, con arbustos también y flores, helechos, champiñones, hasta con el pasto, y nada. Solo contigo.

Tus pequeñas espinas también hieren. Sí, como las mías. Nos parecemos mucho, por eso somos buenos amigos.

Nosotros los cactus estamos hechos para el apocalipsis, como las cucarachas. Los árboles consumen como veinte litros de agua al día, en cambio nosotros, nos criamos casi por milagro, sin agua, pero también sin cuidados, ni abonos. Ni siquiera necesitamos tierra fértil.

¿Dónde voy? A comprar al supermercado y darme una vuelta por ahí para despejar la mente. Sí, saqué el salvoconducto. ¿Dónde Enrique? No. ¿El plátano oriental que está en la plaza? No, no es mi amigo. Me cae mal. Los árboles son demasiado hippies para mi gusto. Quizás me cuelgue de una de sus ramas y para mala suerte se rompa, como la última vez. Sé que odias los abrazos, por eso estás lleno de espinas, como yo.

¿Qué sentido tiene ser tu amigo si no puedo abrazarte? Estamos lleno de barreras. Nuestro amor duele. Duele más que la cresta. No es justo. No tiene sentido.

Al final, buscaba un amigo para sentir y mira, me hice amigo de un cactus. Y la mente y la telepatía están bien, pero el cuerpo, o la cuerpa, o el cuerpe, como quieran llamarlo, te da cordura. Así fue la historia de mi vida. Me enamoro siempre de quien no me ama. Enrique alivia los efectos de la cuarentena que tú no puedes cumplir. Nosotros dos somos "el dilema del erizo", la razón por la que las parejas permanecen juntas aunque sólo se hagan daño.

Es broma, no me voy a matar. Humor negro de cuarentena.

Pero necesito abrazar. Me caes bien como eres. Con todas tus mañas, tus espinas. No te pongas celoso. Abrazar árboles ha sido validado oficialmente por la ciencia. Me hace sentir un calor y una corriente que fluye del árbol hacia mí: comienza en los dedos de los pies, sube por las piernas y atraviesa mi cuerpo hasta mi cerebro. Y me olvido de esta cárcel mental. Es como una sensación de relajación tan maravillosa que me deja listo para un nuevo día y nuevos desafíos. Me abrazo a Enrique y espero hasta que comienzo a sentir la vida que comienza a salir de él.

*

AMIGOS

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del
"Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento",
el 09 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN

Daniel Danneberg

INTERPRETE

Amigo: Héctor Palma



EL PERRO FACHA

Luis Miguel González Cruz

Soy un perro. Ya sé que no voy a cuatro patas, pero en cuanto les diga que me llamo Jimmy se lo creerán sin chistar. Soy un perro. Y soy fascista. Eso sí que es fácil de creer. Antes no lo era, pero después de lo que he visto desde la tranquilidad y la objetividad de mi reducto familiar, me he vuelto fascista. Lo digo antes de que me lo digan ustedes porque cuando les suelte las frescas de mi flor, se van a escandalizar y me empezarán a llamar "facha". "Ya no eres un lindo perrito, eres un perro facha". "Eres desagradable, eres facha". Pues bien, ya lo digo yo. Soy un perro fascista y vamos a acabar de una vez por todas con esos humanos protectores de animales. Nos tienen hasta los huevos.

Los seres humanos pensáis que somos vuestras mascotas y nos habéis domesticado, cuando lo cierto es que somos los perros los que hemos domesticado a los hombres. ¿Cómo se explica, si no, que con dar dos o tres ladridos si escuchamos que el vecino entra en su propia casa o con poner cara de tonto cuando nuestro humano elegido se despierta de la siesta ya nos hemos ganado el sustento? Todo el día estamos tumbados mientras los humanos trabajan para nosotros sin reconocer que son nuestros esclavos. No hay nada mejor como la esclavitud no reconocida. Es así como trabajan para nosotros y, además, lo hacen con felicidad y responsabilidad. Son capaces de someterse a las restricciones más absolutas con tal de poder alimentarnos. Y llevamos así milenios.

Primero empezamos comiéndonos sus basuras, los muy idiotas cazaban ciervos y dejaban lo mejor del animal sin rebañar. De comer sus basuras a vivir en sus sillones sólo fue un pequeño salto. Ahora nos sacan a pasear tres veces al día, nos recogen la mierda en bolsas y nos limpian el culo.

¿Qué nombre tiene eso? ¿Cómo lo llamarían ustedes? Domesticación.

Esclavitud.

El siglo XXI iba a ser el siglo crucial. Ya habíamos conseguido evolucionar y que cayera en el olvido eso del paseo diario. Teníamos a los humanos trabajando de sol a sol sin tiempo de sacarnos a la calle. Habíamos conseguido quedarnos en casa, tumbados a la

bartola, sin la obligación de salir al asfalto a hacer como que seguíamos rastros de ratas o palomas, meándonos en su casa, que ya la limpiarían nuestros dueños cuando regresaran del trabajo y nos pondrían pañales para no manchar el sofá principal. Habían sido muchos milenios de trabajo callado y sufrimientos sin límites para conseguir domesticar a ese animal cetrino y falto de inteligencia que son el hombre y la mujer. Pero todo ha cambiado.

¿Por qué ese idiota de Pedro Sánchez tuvo que hablar de los perros? ¿Por qué lo tuvo que repetir en su homilía tantas veces? No somos culpables de su caótico gobierno. Ese discurso constituyó un paso atrás en la evolución. La obligación de salir otra vez tres veces a la calle a levantar la pata en la farola y hacer como que meamos, defecar en los parques y arceles. Otra vez un paso atrás. Otra vez tener que aguantar el vivir como un perro. Un perro feliz, un perro ocioso, pero un perro al fin y al cabo. Los perros no podemos evolucionar con gobiernos progresistas. Tampoco con los liberales.

Sí, ya lo estoy oyendo: "Perro facha". "Perro facha".

Podéis gritar cuanto queráis. Los tiempos avanzan a nuestro favor.

Ya tenemos derechos.

Vamos a acabar con vosotros.

Ahora os tenemos indefensos en el salón. Os vamos a devorar mientras gruñís en sueños: "Perro facha". "Perro facha". Desapareceréis como desaparece la lluvia en el mar.

Después de milenios.

Los murciélagos nos hicieron un gran favor.

Coordinados. La misma noche. Todos a una. Esta misma noche.

¡Auhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh!

EL PERRO FACHA

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del
"Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento",
el 09 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN

Marianery Amin

INTERPRETE

Perro: Alessandra Hamdan



108 DÍAS: LOS DÍAS NUNCA SON IGUALES

Kleber Luiz Bosque

La vida nos transforma en cronistas.
Los dramaturgos son cronistas de su tiempo.

Personajes:

GERARD FONTDEVILA, un profesor universitario de Historia.

RAÚL MONTSERRAT, un corredor de la bolsa de valores.

Por teléfono móvil y videoconferencia:

MAITE, ex-esposa de GERARD FONTDEVILA.

SHEILA, novia de RAÚL MONTSERRAT.

FOIX, hija de GERARD FONTDEVILA y MAITE.

Barcelona, 12 de marzo de 2020.

Bolsa de valores.

15:00h. La bolsa registra una fuerte caída.

La ciudad ahora es toda pantallas y voces que anuncian la misma noticia como una especie de mantra. Imágenes de los agentes y corredores de bolsa feroz e histéricamente agitados.

Uno de los corredores vistiendo su traje clásico parece enganchado a tres teléfonos móviles intentado hablar.

Las imágenes se congelan y domina el silencio en las luces de las pantallas. El corredor RAÚL MONTSERRAT se queda congelado con los tres teléfonos en un gesto absurdo.

NOTICIA.— (Off) El 12 de marzo pasará al diván de las jornadas negras de la historia. No solo de la Bolsa Española, que cayó un 14,06%, el mayor batacazo de su historia, también fue un día aciago para las principales plazas europeas. Milán cayó un 16,92% y Fráncfort, un 12,24%. *Wall Street* tampoco se salvó del incendio: el *Dow Jones* perdió un 9,99%, el *S&P 500* un 9,51% y el *Nasdaq* un 9,43%.

15:06h. Entrada de una universidad.

Un hombre viste un jersey azul, una bufanda roja, chaqueta negra, pantalón negro y zapatos negros. El hombre lleva un bolso de cuero marrón y una carpeta con papeles. Se trata de GERARD FONTDEVILA, profesor de Historia. Suena el teléfono. El hombre lo coge, hace cana de aburrido. Es su exmujer al teléfono, la MAITE. El habla de la esposa aparecerá en la pared en texto.

GERARD FONTDEVILA.— Dime, Maite.

MAITE.— Foix se ha dejado su cargador del móvil en casa.

GERARD FONTDEVILA.— ¿Y qué quieres que haga?

MAITE.— ¿No vendrás a buscarlo?

GERARD FONTDEVILA.— Maite, entro en una clase en diez minutos y saldré de aquí a buscar a Foix al instituto.

MAITE.— ¿Pero no vendrás a buscarlo? No, creo que Foix se quedará sin su cargador de móvil.

GERARD FONTDEVILA.— Compraremos un cargador, seguro que encontramos una tienda próxima al instituto.

MAITE.— ¿Compraras otro cargador habiendo en casa uno?

GERARD FONTDEVILA.— Maite, tengo una clase. Después debo de recoger la niña en el instituto y necesito organizar la casa; como ya sabes Raúl hoy se marcha del piso para ir a vivir con su novia. No te preocupes, esta semana me toca estar con Foix.

MAITE.— ¿Alquilarás la habitación?

GERARD FONTDEVILA.— Adiós, Maite. *(Después de cortar la llamada, GERARD FONTDEVILA entra en la universidad.)*

15:15h Bolsa de Valores: Se vuelven a encender las pantallas. Show de noticias, pantallas y voces en off.

LAS PANTALLAS.— *(Off)* Hace tres semanas me sentía con ganas de ver el despertar de la primavera, hace dos semanas me sentía confuso, el cisne negro de 2020, y ahora es un terremoto económico global de una magnitud impredecible. La Bolsa Española fue invadida por aires de crisis y de incertidumbre desde finales de febrero y cada capítulo de la lúgubre serie supera, por lo negativo, al anterior. Este jueves el Ibex registró el mayor hundimiento de su historia, un descenso del 14,06% que alimenta los peores temores. Desde la expansión de la desorientación invisible por Europa, las treinta y cinco mayores empresas cotizadas en España han perdido casi 235.000 millones de euros que se han evaporado del parqué en veintidós días.

RAÚL MONTSERRAT.— ¿Qué coño está pasando! *(Raúl guarda los teléfonos en los bolsillos del traje negro que lleva puesto.)*

Vuelven las pantallas y una voz contundente.

LAS PANTALLAS.— *(Off)* Y se instala una sensación de horror. En estas circunstancias Europa, que dirige sus halcones con vestiduras de impiedosa nobleza, asumirá todas las facultades extraordinarias previstas en las inviolables canciones, constituciones y en la Ley Orgánica. Se instalan muros de soldados y querubines, volviendo impen-

etables sus fronteras, sus aires y mares. Regla sin excepciones, sitios confinados, y designará los androides de inteligencia artificial que, bajo su dirección, habrán de ejecutar las medidas que procedan.

RAÚL MONTSERRAT.— ¿Y para qué coño sirven estos putos androides?

LAS PANTALLAS.— (*Off*) Esta situación permite a Europa limitar la circulación o permanencia de personas o vehículos en horas y lugares determinados, practicar requisas temporales de todo tipo de bienes e imponer prestaciones personales obligatorias, intervenir y ocupar transitoriamente industrias, fábricas, talleres, explotaciones o locales de cualquier naturaleza, limitar o racionar el uso de servicios o el consumo de artículos de primera necesidad, o impartir las órdenes necesarias para asegurar el abastecimiento de los mercados y el funcionamiento de los servicios y de los centros de producción afectados.

Por orden del Halcón está prohibida la circulación de personas en las calles, los que desafien en salir por las calles serán arrastrados por los querubines, responderán ante un juez supremo y pagarán una multa de hasta 600 Euros.

RAÚL MONTSERRAT.— ¿Por una mierda de aire que viene de Asia? ¡Hemos perdido casi 235.000 millones de euros! ¡Joder!

15:20h Sala de la Universidad, GERARD FONTDEVILA delante de una veintena de jóvenes. Sobre la mesa bolígrafos, papeles y los libros del filósofo Daniel Annenarity y Eudald Carbonell. Ahora GERARD FONTDEVILA lleva un jersey azul y una bufanda roja, sin chaqueta, en las manos el libro "El Decamerón" de Boccaccio. Escribe en la pizarra "La Peste en El Decamerón".

GERARD FONTDEVILA.— OS PREGUNTO. ¿CUÁL ES EL PAPEL DE LA LITERATURA, O PARA QUÉ SIRVE LA LITERATURA? PERMITE COMPRENDER EL PASADO PARA, A TRAVÉS SUYO, COMPRENDER EL PRESENTE. EN *EL DECAMERÓN DE BOCCACCIO*, DE 1348, SE REÚNEN UNOS AMIGOS EN EL CAMPO A CONTARSE HISTORIAS COMO TERAPIA FRENTE A LA PESTE QUE ASOLA FLORENCIA. ELLOS RESPETARÁN UNAS REGLAS CONVENIENTES NO SOLO A SU SALUD FÍSICA SINO A LA SALUD DEL ESPÍRITU PORQUE LA PESTE GENERA TRISTEZA Y DEPRESIÓN. BOCCACCIO ES INTELIGENTE Y NOS DICE QUE LO PEOR ES EL MIEDO AL MIEDO, ESA EXTREMA CONFIANZA QUE TE HACE HACER COSAS CONTRA TI MISMO Y TU COMUNIDAD. ÉL DESCRIBE LA IRRACIONALIDAD DE LA GENTE QUE CREE ESTAR HACIENDO COSAS PARA MEJORAR SU SALUD PERO QUE EN REALIDAD SON MUY DAÑINAS. LEAMOS LA PRIMERA FRASE DEL LIBRO: 'HUMANA COSA ES TENER COMPASIÓN DE LOS AFLIGIDOS'. ¿VE EL PODER DE LA LITERATURA COMO FÁRMACO? LA REALIDAD SOCIAL Y ECONÓMICA DE FLORENCIA ERA CAÓTICA, NO HABÍA UN PODER RELIGIOSO, POLÍTICO, SANITARIO... NADA, TODO ERA EL CAOS. LOS DIEZ CONFINADOS SE SOMETEN A UNAS REGLAS.

Enseguida todo queda congelado y un profundo silencio con el azul de las pantallas. Los alumnos son absorbidos por la luz azul de las pantallas. GERARD FONTEDEVILA solo

y congelado en medio de la luz azul.

16:30. RAÚL MONTSERRAT con su bolso de ejecutivo agresivo corre por las calles vacías, medio desorientado. Cruza la gran avenida, entra en el metro, baja las escaleras hasta la vía, no hay nadie, RAÚL MONTSERRAT mira el reloj, enseguida mira el teléfono móvil y constata que hay unas cuantas llamadas. Hace hasta cinco intentos de llamadas, pero se da cuenta de que no hay cobertura. Un poco asustado por no ver un alma viva en el metro y por las calles, RAÚL MONTSERRAT sube la escalera del metro y sale a la misma avenida. RAÚL camina rápido, cruzando y entrando en diferentes calles hasta llegar a la entrada de su piso, coge las llaves, abre la puerta de la entrada del bloque, un antiguo edificio como muchos de la ciudad de Barcelona; antes de entrar definitivamente, mira la calle desierta, calle fantasma como si buscara una repuesta. Entra y cierra la puerta, sube la escalera y con las llaves en la mano abre la puerta del piso. Un acogedor piso, RAÚL va por un pasillo y entra en su habitación, coge dos grandes maletas pesadas y las va arrastrando hasta la sala. RAÚL tiene prisa, demuestra cansancio, pero abre la puerta y saca las maletas fuera del piso, cierra la puerta. Intenta bajar las escaleras con las dos maletas con mucho esfuerzo. Suena su teléfono móvil, RAÚL hace malabares con las maletas para conseguir hablar por teléfono móvil. Es SHEILA, su novia. Las frases de SHEILA aparecen proyectadas en la pared.

RAÚL MONTSERRAT.— Hola, Sheila....

SHEILA.— Te había llamado.

RAÚL MONTSERRAT.— Voy atrasado, cariño. TENÍA LA SENSACIÓN DE QUE EL MUNDO HABÍA PARADO.

SHEILA.— No puedes venir.

RAÚL MONTSERRAT.— ME SENTÍ PERDIDO. NO HABÍA NADIE EN EL METRO, TAMPOCO EN LAS CALLES.

SHEILA.— Hay muertos vestidos de soledad.

RAÚL MONTSERRAT.— Pasaré por una bodega y compro un vino.

SHEILA.— No hay metro, no hay trenes, no está permitida la circulación en coche.

RAÚL MONTSERRAT.— Estaré en tu casa en 15 minutos, Sheila. ¿Te apetece que compre algo especial, mi amor?

SHEILA.— ¿Me estás escuchando?... ¿Qué estás haciendo?

RAÚL MONTSERRAT.— ¿Te apetece pato confitado?

SHEILA.— La ciudad está vacía, soldados y querubines tomaron las calles y sobrevuelan por los cielos de las ciudades.

RAÚL MONTSERRAT.— Es nuestra primera noche en tu piso, tenemos que celebrarlo.

SHEILA.— ¿Raúl, Europa ha cerrado las puertas de sus mares! No puedes venir.

RAÚL MONTSERRAT.— Cariño, ¿qué me estás diciendo? ¿Qué palabras confusas...!, ¿qué te pasa?

SHEILA.— Que por el cielo sobrevuelan hombres armados, otros han tomado las calles y la ciudad ha perdido su encanto, su poesía.

RAÚL MONTSERRAT.— ¡PERO QUÉ COÑO DE QUERUBINES, DE HOMBRES VOLANDO, DE MARES CERRADOS! EN QUINCE MINUTOS ESTARÉ EN TU CASA.

SHEILA.— No puedes venir. Un aire frío y de muerte pasa por las puertas de nuestras

casas. Hay muchos muertos.

RAÚL MONTSERRAT.— ¿De qué coño me estás hablando?

SHEILA.— No lo sé. No lo tengo claro, no sé si te quiero.

RAÚL MONTSERRAT.— Sheila, cariño. ¿Estás bien? Mira, en unos minutos vamos a disfrutar de un buen vino y de un pato confitado. ¿Recuerdas el último pato confitado, mi amor?

SHEILA.— Quédate en tu casa, por favor.

RAÚL.— ¡Habíamos quedado en vivir juntos, tengo aquí mis maletas! ¡¿Ahora me vienes con una mierda de indecisión y de frío?! Hoy hemos perdido casi 235.000 millones de euros, las Bolsas se hundirán y estoy agotado, mi amor.

SHEILA.— Yo no quiero que vengas. Lo he pensado mucho, no me apetece vivir contigo.

RAÚL MONTSERRAT.— ¿Qué está pasando, cariño? ¡Escúchame, coño! ¡Joder! *(La llamada se corta. RAÚL MONTSERRAT poco a poco se va desplomando hasta sentarse en la escalera y mira el vacío. El teléfono móvil y el bolso quedan tirados a su lado, mientras las dos maletas resbalan por las escalas.)*

16:40b. Aparcamiento en una plaza delante del instituto. GERARD FONTDEVILA aparca su coche, un BMW negro. Sale del coche rápido y cruza la calle. Ve el instituto cerrado, no hay nadie. GERARD está confuso, intenta llamar, abrir la puerta, pero está cerrada. Coge el teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta, intenta hacer una, dos, tres, cuatro, cinco hasta diez llamadas, pero nadie contesta. GERARD vuelve al coche, pero antes de entrar mira la plaza, observa que no hay nadie. Intenta una vez más hacer una llamada, atiende MAITE.

MAITE.— *(Con ironía.)* ¿Cómo está el mundo ahí fuera?

GERARD FONTDEVILA.— Foix. ¿Dónde está Foix? Está todo cerrado.

MAITE.— ¿Has mirado las noticias?, ¿escuchado la radio?

GERARD FONTDEVILA.— Foix no está en el instituto. La he llamado diez veces.

MAITE.— Foix está a salvo y segura en su habitación.

GERARD FONTDEVILA.— Pero esta semana me toca a mí quedarme con la cría.

MAITE.— No has leído las noticias, ¿verdad? El mundo no es el “Mundo de Sofía”, no es el mundo de la filosofía.

GERARD FONTDEVILA.— ¿De qué va tu discurso idiota? Voy a buscar a Foix a tu casa.

MAITE.— No puedes venir... Llamaron a los padres desde el instituto para recoger a los niños.

GERARD FONTDEVILA.— *(Risa irónica.)* ¿Estamos en guerra?

MAITE.— Sí, creo que sí. Estamos en medio de una guerra. No es la guerra de Troya, tampoco, tampoco los viajes de Marco Polo por las siete ciudades...

GERARD FONTDEVILA.— *(Risa.)* ¿ESTÁS INTENTANDO CONVENCERME DE QUE EL MUNDO ESTÁ ENTRE BOMBAS Y CELEBRANDO SUS ABERRACIONES Y SU FALTA DE SENTIDO COMÚN?

MAITE.— Creo que no. Siento que estés casado con la historia y con la filosofía, empeñado en cambiar el mundo y que no te enteres de los últimos acontecimientos.

GERARD FONTDEVILA.— Voy a tu casa a buscar a Foix.

MAITE.— No puedes venir, Gerard. ¿Eres imbécil?

GERARD FONTDEVILA.— (Con ironía.) ¿Por qué no te buscas un novio?

MAITE.— ¿Y por qué no te vas a tomar por culo?

GERARD FONTDEVILA.— Dile a Foix que baje, estaré en unos minutos esperando abajo.

MAITE.— ¡Estamos confinados, gilipollas! ¡Aquí no puedes venir! Los aires grises de Asia son devastadores e intentan asaltar nuestras casas.

GERARD FONTDEVILA.— ¿Qué aires grises?

MAITE.— ¿Sigues leyendo a Camus?

GERARD FONTDEVILA.— NO ESTAMOS LOCOS, ¿VERDAD? ESTE PAÍS NO ES UN PSIQUIÁTRICO, ¿O SÍ?

MAITE.— Bienvenido al mundo real. (MAITE corta la llamada. GERARD en silencio se sienta en un banco de la plaza, mira el móvil, lo guarda y observa la plaza y las calles vacías.)

Barcelona, 21 de marzo de 2020 – Noveno día de confinamiento.

19:59h. Piso de GERARD FONTDEVILA. Sala del piso de GERARD FONTDEVILA. Un piso antiguo, acogedor y elegante en el barrio de Gracia. Paredes blancas, la sala está dividida en dos por una estantería de libros como biblioteca, Sofás blancos, un sillón en el medio azul en lateral con la vista para el balcón. Las puertas del balcón son dos puertas grandes y pesadas de maderas blancas. El suelo del piso es de baldosas antiguas en diseño de rombo verde y blanco. La pared de la derecha con cuadros y una ancha estantería de discos y un pequeño aparato de música. La pared de la izquierda una puerta que conduce a un pasillo, estanterías estilo biblioteca con libros y en pared del fondo que da a la puerta de salida, cuadros. El piso está bastante iluminado.

RAÚL MONTSERRAT, sentado en uno de los sofás, sigue vestido con su traje, pero ahora sin la chaqueta y con la camisa fuera del pantalón y en calcetines, sin zapatos. RAÚL tiene una copa de whisky y fuma un cigarrillo; sigue en silencio y mirando para fuera del piso, a través de las puertas del balcón abiertas. Enseguida empiezan los aplausos y silbatos en las calles, en toda la ciudad. Son las 20:00h y se escuchan aplausos desde diferentes puntos de la ciudad, una especie de emoción irracional colectiva. RAÚL MONTSERRAT sigue impasible mirando en dirección al balcón. Mientras escucha los aplausos RAÚL sigue fumando y bebiendo su copa de whisky. Uno, dos, tres, cuatro, cinco minutos y los aplausos van silenciándose hasta que la escena vuelve a un completo silencio. Entra enseguida GERARD FONTDEVILA en pijama (camisa blanca y pantalón a cuadros y sin zapatos), camina hasta el balcón y mira la calle.

GERARD FONTDEVILA.— ¿POR QUÉ TODOS LOS DÍAS PARECEN IGUALES?

RAÚL MONTSERRAT.— NUEVE DÍAS, DOSCIENTAS DIECISÉIS HORAS ENTRE ESTAS CUATRO PAREDES.

GERARD FONTDEVILA.— ¿HAS VISTO LA CIUDAD DESDE LA VENTANA?

RAÚL MONTSERRAT.— UNA CIUDAD FANTASMA.

GERARD FONTDEVILA.— ¿NO CREES QUE TODO ES INCIERTO?

RAÚL MONTSERRAT.— (*Ofrece la copa.*) ¿Te apetece?

GERARD FONTDEVILA.— Gracias. YA NO SE PUEDEN VER LOS HORIZONTES. SOLO NECESITO CONTEMPLAR LA CIUDAD. QUÉ SENSACIÓN DE QUE LOS HORIZONTES SE DESHACEN.

RAÚL MONTSERRAT.— ¿NO TE SIENTES RARO AQUÍ DENTRO DE ESTA GARRAFA?

GERARD FONTDEVILA.— ¿CREES QUE ESTAMOS SECUESTRADOS?

RAÚL MONTSERRAT.— (*Muestra el cigarrillo.*) Último del primer paquete de cigarrillos.

GERARD FONTDEVILA.— ¿Cuántos?

RAÚL MONTSERRAT.— Un paquete.

GERARD FONTDEVILA.— ¿Y para qué sirve?

RAÚL MONTSERRAT.— Para respirar. Me siento un perro. Me han dejado tirado como un perro.

GERARD FONTDEVILA.— ¿No lo estás llevando muy en serio? Incluso yo me sentí perdido. Algunas veces no conseguía dormir.

RAÚL MONTSERRAT.— Tirado como un perro con dos maletas. Era nuestro primer día, el día que finalmente íbamos a empezar a compartir nuestras vidas, vivir juntos. ¿Sabes lo que es eso?, ¿quedarte tirado como un puto perro?

GERARD FONTDEVILA.— ¿Te has olvidado que de que estuve casado? Aunque la dejé yo. No la soportaba los últimos años.

RAÚL MONTSERRAT.— ¿Sabes qué? La verdad es que me da igual toda esta mierda.

GERARD FONTDEVILA.— ¿HAS DICHO QUE ELLA ES LA PERSONA MÁS IMPORTANTE DE TU VIDA?

RAÚL MONTSERRAT.— (*Un poco descolocado.*) SÍ... CREO QUE SÍ.

GERARD FONTDEVILA.— ¿HAS DICHO QUE SIN ELLA NO VIVES?

RAÚL MONTSERRAT.— ¿CREES QUE CUANDO UNA PERSONA ESTÁ ACOJONADA POR MIEDO AL INVASOR, POR MIEDO A PERDER LA LIBERTAD, TIENE TIEMPO PARA PENSAR EN EL AMOR?

GERARD FONTDEVILA.— ¿Crees que estoy casado con la historia y con la filosofía?

RAÚL MONTSERRAT.— Yo qué sé. ¿Y por qué no le preguntas a tu exesposa, tus exnovias, tu hija?

GERARD FONTDEVILA.— ¿Y por qué no te tiras por el balcón?

RAÚL MONTSERRAT.— ¿Por una zorra?

GERARD FONTDEVILA.— ¿Seguirás bebiendo nueve días más de perro?

RAÚL MONTSERRAT.— ¿No te preocupa que toda esta mierda de sociedad se irá al carajo?

GERARD FONTDEVILA.— Hay gente muriendo. Esa semana me tocaba estar con mi hija. Nueve días sin verla.

RAÚL MONTSERRAT.— ¿Tú crees que tus problemas son los únicos, los mayores?

GERARD FONTDEVILA.— Vete a la mierda...

RAÚL MONTSERRAT.— Conocí a una tía por *Tinder*. ¿POR QUÉ ESA CONVICCIÓN TUYA DE CAMBIAR A UNA SOCIEDAD? ME PROVOCA GANAS DE

VOMITAR... ¿REALMENTE CREEES QUE ESTE MUNDO ES UN JARDÍN DE FLORES?... TENGO MIEDO, DESPERTÉ TEMBLANDO A LAS 3:00H, ¿ESTAMOS SECUESTRADOS?

GERARD FONTDEVILA.— APRENDEMOS QUE, IGUAL QUE EL CAMPO HAY QUE CULTIVARLO DÍA A DÍA PARA QUE LAS PLANTAS CREZCAN, NOSOTROS TAMBIÉN TENEMOS QUE CULTIVAR LAS BUENAS COSTUMBRES, LAS BUENAS ASPIRACIONES Y HÁBITOS Y LOS GRANDES IDEALES EN CADA MOMENTO, NO SOLAMENTE CUANDO APARECE UNA CATÁSTROFE ATERRADORA.

Barcelona, 3 de abril 2020 – Vigésimo tercer día de confinamiento.

El mundo es una pantalla de un azul en profundo silencio, las calles siguen más vacías que nunca. Los metros ahora son túneles fantasmas, en las ventanas movimientos, siluetas y sombras de anónimos. Dos hombres vestidos de negro llevan mascarillas de protección y guantes azules, uno delante de un fêretro y otro a 1,50 metros de distancia más atrás. Un mundo sin besos y sin abrazos. El primer hombre llora como un niño con miedo de los truenos, llora por su infinita fragilidad, llora por el sol que no salió, por la luz que no nació y por la vida que se ha ido.

11:30h en un triste cementerio de alguna zona de la ciudad.

RAÚL MONTSERRAT.— ¿LA SOLEDAD ES UN CONSUELO O UNA CONDENA?

GERARD FONTDEVILA.— ALGUNAS VECES VOLAMOS EN SOLITARIO, ES INEVITABLE.

RAÚL MONTSERRAT.— Ahora está con tu madre.

GERARD FONTDEVILA.— Estaban separados y se llevaban fatal.

RAÚL MONTSERRAT.— ¿Sabes cómo fueron sus últimos momentos?

GERARD FONTDEVILA.— LOS ÚLTIMOS AÑOS ESTABA ENCHUFADO A UNA BOMBONA DE OXÍGENO Y LA LLEVABA PARA TODOS LOS LADOS. EL ENFISEMA FUE SU TROFEO POR LOS MÁS DE SETENTA AÑOS FUMANDO TRES O MÁS PAQUETES DE CIGARRILLOS DIARIOS. MURIÓ SOLO.

RAÚL MONTSERRAT.— ¿Cómo te sientes?

GERARD FONTDEVILA.— QUÉ TRISTE NO PODER DAR UN BESO A MI PADRE. NO PODEMOS VELARLO, ACOMPAÑARLO. ME SIENTO EXTRAÑO.

RAÚL MONTSERRAT.— La verdad es que no sé qué coño está pasando.

GERARD FONTDEVILA.— LA MUERTE ESTOS DÍAS ES MUCHO MÁS DOLOROSA. LA GENTE ESTÁ MURIENDO SOLA Y NO PODEMOS DESPEDIRNOS.

RAÚL MONTSERRAT.— ¿LA SOLEDAD ES LO QUE NOS RESTA?

GERARD FONTDEVILA.— A MÍ LA SOLEDAD ME GUSTA, PERO ESTO YA ES DEMASIADO.

RAÚL MONTSERRAT.— LA SOLEDAD ES DEMASIADA Y DESGARRADORA.

GERARD FONTDEVILA.— LOS DÍAS PARECEN SER TODOS IGUALES,

PERO NO LO SON.

RAÚL MONTSERRAT.— QUINIENTAS CINCUENTA Y DOS HORAS PERDIDO EN UNO MISMO.

GERARD FONTDEVILA.— CON CADA MUERTO QUE VA A LA SEPULTURA SE QUEDA LA DESPEDIDA, COMO LOS ANILLOS Y LAS PALABRAS PERDIDAS. (RAÚL MONTSERRAT se marcha a pasos lentos como pasos de una despedida. GERARD se queda mirando el fêretro.)

Barcelona, 8 de abril de 2020 – Vigésimo octavo día y quinientas dieciséis horas entre libros y pensamientos fragmentados.

VOZ OFF.— Algunas veces la vida se resume en fiestas, velorios y fêretros... ¿Y qué más podemos celebrar? Las despedidas apagadas por las circunstancias y los abrazos que se borran y se perderán.

Escenas marcadas por la canción "(Wonderful Life) Black".

21:00h. Casa de GERARD FONTDEVILA. Las escenas ahora ocurren de manera paralela. Los personajes RAÚL MONTSERRAT y GERARD FONTDEVILA hablan desde espacios diferentes por videoconferencia. RAÚL en una con su novia SHEILA desde el teléfono móvil, está en su habitación. Una cama grande y blanca con sábanas azules, paredes blancas, un armario empotrado blanco que ocupa toda la pared de la izquierda, una mesa blanca con papeles y un ordenador en el lado de la ventana, en pared de la derecha un cuadro con dibujos de Gaudí. RAÚL en la cama, esmifa una o dos rallas de coca sobre una libreta negra, mientras habla con SHEILA. SHEILA es una periodista rubia, delgada, interesante, tiene aproximadamente 35 años.

En la sala está GERARD FONTDEVILA hablando con su hija FOIX por videoconferencia desde la tablet que está sobre la estantería que divide la sala. Gerard toma una copa de vino mientras charla con su hija. Es el cumpleaños de FOIX. Acaba de cumplir 17 años, una joven solar y muy guapa.

A.— RAÚL y SHEILA por video conferencia.

SHEILA.— No te he querido lo suficiente.

RAÚL MONTSERRAT.— Te echo de menos.

SHEILA.— Después de que pase todo me voy a vivir a Canadá.

RAÚL.— ¿No crees que estamos secuestrados?

SHEILA.— La gente sigue muriendo.

RAÚL MONTSERRAT.— Algunas veces he llegado a pensar que el mundo estaba hecho para nosotros.

B.— GERARD y su hija FOIX por video conferencia.

GERARD.— ¿Cuántos son?

FOIX.— Mis doce mejores amigos, una celebración por todo lo alto.

GERARD.— ¿Y cómo lo vais a hacer?

FOIX.— Quedamos todos a las 00.00 por videoconferencia, cada uno abreirá una botella de cava. Además de mi cumpleaños es nuestro último año de instituto.

¿Estás bien, papa?

GERARD.— Sí, cariño. Cuando tenía tu edad me gustaba el ron con coca cola, fumaba y el mundo me parecía una belleza infinita.

FOIX.— ¿Te gustaba bailar?

GERARD.— Sí. Volaba con las canciones de B52.

C.— RAÚL y SHEILA.

RAÚL.— Te echo de menos.

SHEILA.— Ya hemos superado los catorce mil kilómetros en alta velocidad.

RAÚL.— ¿No me echas de menos? ¿No tienes nada que decirme, joder? Nuestros planes de vivir juntos.

SHEILA.— Las cosas no salen siempre como uno quiere.

RAÚL.— Creo que me he equivocado. Pero me apetece compartir contigo la mesa, el café, la ventana, las sábanas y la cama. ¿Sabes en qué día y en qué año estamos?

SHEILA.— Es que no te he querido lo suficiente. Adiós, Raúl.

D.— Gerard y Foix.

GERARD.— Estoy muy feliz y orgulloso de ti, cariño. Felicidades, mi amor....

FOIX.— Te quiero, papá. Te veo triste, papá.

GERARD.— Estoy bien mi amor. Solo me gustaría estar contigo.

¿Te he dicho que el sol y las flores del campo siempre adornaran tu cabeza?

FOIX.— Intento imaginarme caminando contigo por el campo, con las flores sobre la cabeza.

GERARD.— Y el sol iluminando las ventanas de tus ojos.

Barcelona, 11 de abril de 2020 – Trigésimo primer día de confinamiento.

19:00h. Sala de la casa de GERARD FONTDEVILA. Suena "How Soon Is Now?" de The Smiths. GERARD baila, mientras fuma un cigarrillo de marihuana y toma una copa de vino. RAÚL fuma otro canuto de marihuana, bebe vino, baila e intenta ligar por Tinder. Repasa varias fotos de tías entre 25 y 50 años. La escena es una verdadera anarquía.

RAÚL MONTSERRAT.— (*Muestra la foto de una chica en su móvil.*) ¡Mira esta pava!

GERARD FONTDEVILA.— ¿Y cómo se llama?

RAÚL.— (*Leyendo.*) ¡Soy taciturna, vegana y animalista! Joanna amante de la literatura. Anna me ha enviado más fotos, Diana es deportista. Diana le gusta a más de 99 personas. ¡Qué cojones!

GERARD.— ¿Y está buena la tía?

RAÚL.— (*Leyendo.*) ¡Primer match! Vanessa 33 años. Montse 38 años, divertida y positiva. Cayetana 42 años, le gusta bailar, le gustan los libros y con valores. ¡Otro match! Ya son cuatro. Sandra. Dice que le gustaría conocerme en personas.

GERARD.— No quiero pagar, no le quiero dar dinero a una APP que comercializa con el amor. ¡Una APP que reduce el amor a frivolidad, a efímeras ilusiones!

RAÚL.— ¡Si sigues por el camino de la puta filosofía en Tinder no te comerás un rosco! (*Leyendo el texto.*) Claudia me invita a cenar. ¡Si la pava solo ha visto unas cuantas fotos donde estoy desnudo!

GERARD.— ¡El supermercado de los solitarios, si la tía no te conoce! ¿Y te invita a cenar? ¿No se saltará el confinamiento? ¡La tía está loca! ¿No te da miedo?

RAÚL.— ¡Joder, mira esta foto! (*Muestra la foto de una de las chicas desnudas.*) ¡Hostia! ¡Está súper buena! ¡Cojones!

GERARD.— Parece una modelo.

RAÚL.— ¡Se llama Katia y tiene 40 años!

GERARD.— ¿Es rusa?

RAÚL.— Es catalana. ¡Me ha escrito que le gusta viajar, conocer sitios nuevos! ¡Pregunta sobre lo que me gusta! Contestaré que me gusta follar. Qué cojones. ¡Me contesta

que también le gusta follar!

GERARD.— ¿Y esa cómo se llama?

RAÚL.— Katia. ¿Qué le pasa a la peña? ¿Sabes lo que se me está ocurriendo decirle? Que me envíe unas fotos de sus tetas en primer plano y si me convence quedamos. ¡Tengo la polla tiesa! (*Escribiendo.*) En-vía-me una fo-to de tus te-tas en pri-mer pla-no y si me con-ven-ce po-de-mos que-dar. ¿Sa-bes lo que pa-sa?, es que soy muy se-lec-ti-vo.

RAÚL.— ¿Por qué no escribes algo más profundo?

GERARD.— Me ha dicho que soy muy guapo. Nadie me había dicho que soy guapo. Y que mis fotos hablan mucho de mí. Me pide el teléfono móvil para una charla por *whatsapp*. Propone que nos conozcamos en persona. Un nuevo *match*. ¡Joder!

19:55b. RAÚL celebrando su éxito con las chicas de Tinder, salta y grita como un crío, baila por la sala, sirve más vino a GERARD y se sirve él también. Gerard baila la canción de "How Soon Is Now?" de The Smiths, sigue la anarquía, la fiesta. Los dos hombres se chocan entre un salto y otro, toman de golpe la copa de vino y vuelven a servirse, bailan, fuman el cigarrillo de marihuana. Los dos personajes se abrazan, salen a la terraza, se ríen, miran las calles que están vacías. Vuelven a la sala bailando, parece una explosión de felicidad psicodélica. Entre movimientos del baile y los saltos, siguen chocándose. Se miran, risas y de manera sorprendente se abrazan de manera desesperada, se besan con locura, un sentimiento de pasión avasalladora, brutal. Dejan las copas sobre la mesa, se empujan, se quitan la camisa, uno coge al otro por el cinturón, abrazados, uno le pasa la lengua sobre el hombro y el cuello al otro, se quitan los pantalones.

*20:00h. Se pueden escuchar los aplausos y silbidos desde las ventanas del barrio, de la ciudad, del país como cada día desde que empezaron los aires fríos y grises de Asia. RAÚL y GERARD dejan caer sus cuerpos desnudos sobre la alfombra de la sala, siguen los aplausos. Una nube de hojas de buganvillas, flores de lirio, margaritas y geranios toman el espacio. Los libros de las bibliotecas abren sus hojas para recibir las flores, la primavera
Cada hoja aporta su partícula de palabras*

Cada flor de geranio

Cada flor de lirio

Cada flor de buganvilla

Cada flor silvestre

Aporta su esencia de poesía.

Las páginas de los libros se despegan como plumas impregnando el aire

Las palabras de Verlaine respiran

Las frases de Cernuda exhalan

Las palabras de Pessoa sobrevuelan

Y los campos de los amantes están tomados por los vientos de la locura y del azar.

Desnudos, RAÚL tiene la cabeza sobre el torso de GERARD. Los dos conversan mientras beben tragos de vino.

GERARD.— "Pues, a mi parecer, los hombres no se han percatado en absoluto del poder de Eros, puesto que si se hubiesen percatado le habrían levantado los mayores templos y altares y le harían los más grandes sacrificios, no como ahora, que no existe

nada de esto relacionado con él, siendo así que debería existir por encima de todo” (Aristófanes / El Banquete de Platón.).

RAÚL.— ¿QUÉ ESTÁS ESPERANDO PARA VOLAR?

GERARD.— ¿Has leído Camus? DEBERÍAMOS LEER LA ÚLTIMA PÁGINA DE LA PESTE DE CAMUS: “ESTO ES LO QUE SE APRENDE EN MEDIO DE LAS PLAGAS, HAY MÁS COSAS EN LOS HOMBRES PARA ADMIRAR QUE PARA DESPRECIAR”.

RAÚL.— ¿Y QUÉ PASARÁ CUANDO TODO ESTO ACABE?

GERARD.— NINGÚN HOMBRE ES UNA ISLA. YA NO SOMOS COMO ANTES, COMO HACE NOVENTA DÍAS ATRÁS.

RAÚL.— ¿NO TIENES DUDAS Y MIEDO DE LO QUE VENDRÁ?

GERARD.— ¿ESTABAS ESPERANDO VOLAR SOBRE LAS NUBES COMO SI BUSCARAS ALGUNA RESPUESTA?

RAÚL.— Y NADA SERÁ COMO ANTES, ¿VERDAD?

GERARD.— ES QUE NOSOTROS YA NO SOMOS COMO ANTES. HEMOS CAMBIADO.

Siguen tomando vino mientras sigue sonando la canción de The Smiths.

Carta a los navegantes. Una nueva realidad

Carta número 1

VOZ EN OFF.— La ciudad se mueve bajo restricciones. Las franjas horarias para paseos de menores de 14 años y actividad física de adultos continúan vigentes en la fase 1, pero las comunidades podrán retrasarlas o adelantarlas dos horas. Los menores de 14 años podrán salir acompañados de todos los adultos con los que convivan y los paseos se podrán realizar en grupos de hasta diez personas. Por regla general, circulación de grupos de un máximo de diez personas en la misma provincia, respetando la distancia de dos metros e higiene de manos. No hay límite de integrantes del grupo si las personas son convivientes.

Velatorios con un máximo de quince personas en espacios al aire libre o diez personas en espacios cerrados. Asistencia a lugares de culto siempre que no se supere un tercio de su aforo.

GERARD habla con su hija por teléfono móvil mientras imparte una clase por videoconferencia.

GERARD.— Hija, ¿te apetece caminar conmigo mañana por la mañana?... (*Reflexivo.*) Nada consigue igualar la belleza de los árboles y las flores, la grandiosidad de las montañas o la serenidad del silencio.

Carta número 2

VOZ EN OFF.— A partir de la fase 2 ya se permitirá el contacto social entre grupos

de hasta quince personas, siempre manteniendo la distancia social y las medidas de protección oportunas. Asimismo, se podrán celebrar bodas en todo tipo de instalaciones, con un aforo del 50% y sin superar los cien invitados en espacios al aire libre o los cincuenta en espacios cerrados. Los velatorios tendrán un límite de veinticinco personas en espacios al aire libre —tanto para para entierros como cremaciones— o quince en espacios cerrados. En los lugares de culto, donde hasta la anterior etapa se permitía un tercio del aforo, la limitación será ahora de la mitad.

GERARD charla con su hija FOIX entre una clase online.

GERARD.— Foix, ¿te apetece salir en bicicleta esta tarde? Pasamos por la heladería y después te dejo en casa de tu madre... He escrito una canción poética sobre el amor.

Carta número 3- Después de 108 días.

Bienvenidos al viejo y nuevo mundo y la nueva normalidad.

VOZ EN OFF.— Salida a las calles después de meses de confinamiento. El mundo es una pantalla y se puede ver la ciudad y su gente. Pocos coches, las personas que caminan por las calles llevan mascarillas de protección y guantes en las manos. La luz resplandece sobre una nueva mañana. No hemos envejecido diez años y la bellísima luz matinal anuncia un mundo nuevo, porque nada ya será como antes y el sol despierta las ventanas, nuestros ojos.

Barcelona, 18 de junio. 9:00h.

Bolsa de valores. Todos los agentes y corredores llevan mascarillas de protección y guantes en las manos, todos se mantienen a 1,50 metros de distancia, hablan de manera eufórica por sus teléfonos móviles mientras miran las pantallas donde aparecen las cotizaciones de acciones.

El teléfono personal de RAÚL MONTSERRAT suena, RAÚL sale a la calle, el día tiene una luz esplendorosa y radiante, pero hay pocas personas caminando, pocos coches, un cierto silencio. RAÚL se baja la mascarilla y atiende la llamada. Es SHEILA.

SHEILA.— Estoy en Barcelona. ¿Cómo estás?

RAÚL MONTSERRAT.— Bien. ¿Y tú?

SHEILA.— Bien.

RAÚL MONTSERRAT.— Me alegro.

SHEILA.— Me gustaría verte. Hacer un café.

RAÚL MONTSERRAT.— ¿Cuándo has llegado?

SHEILA.— Hace unos días.

RAÚL MONTSERRAT.— Desde que te marchaste no he sabido nada de ti.

SHEILA.— Te he echado de menos.

RAÚL hace un largo silencio.

¿Te apetece verme? ¿Sigues ahí?

RAÚL MONTSERRAT.— Sí.

SHEILA.— Hay un café próximo a mi casa.

RAÚL MONTSERRAT.— Hoy lo tengo muy complicado.

SHEILA.— Es muy importante.

RAÚL MONTSERRAT.— Las cosas han cambiado.

SHEILA.— ¿Qué significa eso?

RAÚL MONTSERRAT.— No lo sé, Sheila.

SHEILA.— Estoy embarazada.

Un largo silencio.

Te apetecía tanto tener una familia.

RAÚL MONTSERRAT.— Es que no puedo.

SHEILA.— ¿Tienes otra persona?

RAÚL MONTSERRAT.— No lo sé... Nos es fácil.

SHEILA.— No necesitas asumirlo si no quieres.

RAÚL MONTSERRAT.— Sí que lo asumiré. Me apetece ser padre.

SHEILA.— ¿Significa que...?

RAÚL MONTSERRAT.— Que no vamos a seguir juntos. Las cosas han cambiado mucho, yo he cambiado mucho.

SHEILA.— No te entiendo.

RAÚL MONTSERRAT.— Es complicado de explicar. Si necesitas algo puedes llamarme. Adiós, Sheila. *(RAÚL respira hondo, se sube la mascarilla y se queda observando la calle, el cielo y vuelve a entrar en la bolsa de valores.)*

Septiembre-otoño

10:00h. Facultad de Historia. En la sala de GERARD FONTDEVILA los alumnos mantenían 1,50 metros de distancia uno del otro, todos llevan mascarillas de protección y guantes en las manos. GERARD tiene en la mano el libro de Camus.

GERARD FONTDEVILA.— El doctor Rieux, protagonista de “La peste”, pone de manifiesto que atribuimos una importancia excesiva a nuestro “yo”. La grandeza del ser humano reside en su capacidad de amar, no en su ambición personal. No hay nada hermoso en el dolor, pero indudablemente nos abre los ojos y nos obliga a pensar.

108 DÍAS: LOS DÍAS NO SON IGUALES

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del
"Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento",
el 10 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN

Oriana Nigro

INTERPRETES

Gerard Fomdevila: Dellbús Cardona

Raül Monserrat: Chema Abellón

Foix: Sarah Fuchs

Maite: Cristina de Anta

Sheila: Vanessa Moer

Mujer: Sahara Álvarez

TÉCNICOS

Musicalización: Lismar Ramírez

Edición de videos: Oriana Nigro



SOLILOQUIO

Iris Hinojosa Pérez

Oscuridad total.

MUJER.— Empiezo a perder la cuenta. Ya no estoy segura de si hace semanas o meses que estamos en esto. Hay palabras nuevas en el vocabulario común que no me apetece nada decir. Pero quedarán en nuestra memoria, en nuestra memoria corporal, oral e histórica. En todas las memorias. Y ya las estoy aborreciendo.

Yo estoy bien. Hay algo de todo esto que me gusta. Me estoy... redescubriendo.

Se va abriendo un punto de luz, en el centro de la escena, sobre la mujer sentada en una silla, frente a una mesa donde toma una taza y va gesticulando con las manos.

Descubriendo muchas cosas que intuía y que no había registrado o que me dedicaba a olvidar.

He descubierto qué es la cercanía, la lejanía, la compañía. La tecnología, la teleasistencia, el teletrabajo. El túnel carpiano. Los metros cuadrados. Las necesidades básicas. La autonomía.

VOZ EN OFF.— Ella sigue en su isla pero están pasando cosas en el mundo que no puede evitar que la afecten.

MUJER.— Hoy me he despertado como cada mañana: a las siete.

Se levanta, se pone unas mallas, un turbante en la frente y en movimiento acorde con su narración. La escena va más allá de la mesa, la luz se ha abierto e ilumina toda la estancia vacía. No hay nada, pero sus trayectos, su gestualidad y sus palabras hacen presentes los objetos que la acompañan.

He hecho mi cama, me he sentado frente la ventana, y (*Respiraciones.*) inspiración en seis, aguanta aire dos, expira en seis, aguanta aire dos (*Lo va haciendo mientras lo dice.*); inspiras al máximo (*Toma el aire y empieza a caminar evidenciando que contiene la*

respiración al límite.), y (Repite, se ríe).

¡Estoy bien! (*Grita, se golpea en la cara.*) ¡Me siento bien! ¡Hoy empieza un nuevo día! (*Habla mientras inicia una cadena de estiramientos: cabeza, hombros, brazos, manos, pecho, cadera, tocar el suelo, saltar, respirar fuerte.*) ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Ahhhhh! ¡Uuuuu! (*Grita y vuelve al escritorio. Se sienta tipo teleoperadora: chicle en la boca y el turbante se lo echa atrás de diadema.*)

¡Riiiiing! (*Ella hace el sonido de teléfono con la boca y el teléfono es su mano.*) ¿Sí? ¿Dígame? Claro, dígame la dirección. (*Simula que escribe en un ordenador que no hay.*) ¿Cómo que quiere tirarse por la ventana? No se puede salir, señor. Con-fina-miento, que no significa que estando con Fina vaya usted a mentir, significa que no se sale para nada. ¿Entiende? A ver... Cuénteme... ¿Está solo? Vaya... Bueno, le paso con una compañera.

Simula que pulsa un botón sobre la mesa, que escribe al ordenador, que tiene más de un teléfono.

(*Sigue ella con otro acento.*) Hola, papi. Claro que sí, yo te escucho todo lo que quieras. ¿Está solito? No, *no podemos ver*no, hombre, que está la cosa *mu complicaita*, ya tú *sabe*. Y si no lo sabe debería de *infohmart*e. Tengo uno díptico, *uno folleto*, vaya, que sí tiene correo electrónico, te lo paso en un momentico, papi. ¡Correo! Jajaja... ¡ay, qué *grasioso* ere...! ¿Qué *dis*? Ay, se cortó.

¡Riiiiing! ¿Hola?, ¿qué tal? María, ¡cuánto tiempo! ¿Cómo estás? Muy bien, guapa, me alegro. Yo también, pues aquí, trabajando. No, hacemos teletrabajo. Sí. Que no significa que trabaje en la tele, que es que estoy todo el día enchufada, entre teléfonos y ordenadores. Y tengo que hacer todo el horario, sí, sí. Vale, guapa, cuando tú quieras, ya sabes. Claro que sí, sal un ratito a pasear al perrito, y que te dé el aire. ¡Un abrazo!

¡Riiiiing! ¿Diga? ¿Diga? ¡Me cago en tus muertos con las bromas ya, coño! (*Cuelga de un golpe.*) ¡Por lo menos hazme una broma con gracia, joder! Un poco picante o algo... ¡Riiiiing! ¿SÍ? (*Se van entrelazando las conversaciones, vocalizaciones insonoras, rings, y cambios de postura, como si pasaran horas.*)

¿Dígame? Hola, buenas tardes. Tiene que llamar al teléfono de atención al cliente. Pues no lo sé, señora. Oiga, ¿ya se ha mirado usted esa tos? ¡Oye! ¡pues no que me ha *colgao*!

(*Mira el reloj que no lleva en la muñeca.*) ¡Hora de descanso! Bebe agua que te reseca mucho, nena. Se ve que esto de las tecnologías también deshidrata. Pues yo salgo al jardín que para eso lo tengo. (*Sube a la mesa y la cruza, para cambiar de espacio, queda hacia el lado del público con los pies colgando de la mesa, simulando que toma el sol.*) ¡Que me dé el aire! Uhhhh... ¡cómo agota esto! ¡Menos mal que me mudé aquí! ¡Antes compartía!, ¡éramos 6 en un piso! Pero decidí que me iba. ¡Estaba harta de no tener habitación propia! No podía ni cocinar. Como si fuera tonta estaba. Y aquí no pago

ni alquiler ni nada. Me sabe mal por las pobres que se quedaron allí, la verdad. No me extraña que se quieran tirar por la ventana, hija... ¡Yo estaba a punto! Ay... pero ahora no, eh. Ahora... ¡A mí que me confinen *in eternum, oye!*

*Va hablando mientras hace estiramientos y respiraciones.
Mira su muñeca.*

¡Hora de comer! ¿Alguien me ha hecho la comida?

VOZ EN OFF.— No.

MUJER.— Gracias, pero no hace falta, que yo hablo sola desde que tengo uso de razón, ¡y no me hace falta que me responda nadie a nada! Que soy capaz de responderme a cualquier pregunta yo solita. Hay quien dirá que estoy loca, pero también hay quien dice que las personas que hablamos solas somos muy, pero que muy inteligentes, fuera de lo común. A ver, yo creo que ni una cosa ni la otra. Pero vaya... Pues venga, a cocinar.

De pie tras la mesa, saca de debajo de la mesa un paquete de comida, mientras habla se prepara el precocinado.

Desde que empezó todo esto estoy probando muchas cosas nuevas. Los últimos días hago una jornada completa de atención telefónica en el 113, ¡es emocionante! Conoces gente, ayudas... ¡Puedo ser muy creativa! Eso sí, dos cosas a la vez no, eh... que la gente lo nota al otro lado del teléfono. Si me estoy limando las uñas, o si estoy mirando el *wasap* o algo. ¡Eso se siente! Que sí, que sí, que parece que no, pero hay conexión, ¡eh! ¡Telefónica! Y que yo a veces conecto más por teléfono que en persona, de verdad. Ay, en persona... bueno (*Ríe.*), eso antes, claro, porque lo que es ahora... Y depende de la persona, también, claro, porque hay cada una...

Se sienta a comer.

Después de comer ya no trabajo más. Por la tarde me doy afecto y atención. En la guía de supervivencia de la *Generalitat* sale que no dejemos el autocuidado ni las rutinas, que son necesidades básicas. Justo después de comer no, porque no estoy para muchas historias. Lo mejor es leer algo que no me haga pensar, como las sopas de letras o algo así. Sin riesgo sanguíneo arriba no se me suele interrumpir la digestión. A media tarde dejo que me toque la luz del sol, y me toco un poquito... Necesidades básicas. (*Guiño y se va levantando, se apoya sobre la mesa.*) Bailo... me aseo... Y en este punto ¡me detengo! (*Hace como que se acerca al espectador.*) He descubierto algo de mi cuerpo, de tu cuerpo también, porque somos uno, y lo que me pasa a mí te pasa a ti. Es un descubrimiento de adentro, muy físico, muy físico todo... pero es muy íntimo. Luego si eso ya...

Vuelve a sentarse.

Pues sí. ¡Ah! Y antes de ir a dormir estoy escribiendo. Yo quería ser escritora y esto y lo otro, pero de momento he empezado a escribir por las noches, "mis descubrimientos".

Os voy a leer algunos. Es como el diario de una Anna Frank pero sin familia de acogida.

Toma una libreta y lee.

Descubrimiento número uno: yo deduzco que lo del virus este es una mentira piadosa para que se nos pasen algunas tonterías. Descubrimiento número dos: he descubierto que en la repisa de las ventanas, por la parte de abajo, queda un polvo amarillo, que es el polen arrastrado por las gotas de lluvia o el rocío, que resbala por allí hasta que se seca. Tres: los gusanos de tierra deben tener deshidratación congénita. He visto por la ventana que se quedan a medio camino, sorprendidos quizás por el sol después de la lluvia. Familias enteras de lombrices disecadas en todas direcciones, como sin rumbo. Es... siniestro. También he descubierto que los cerezos no tienen hojas antes de que salgan las flores, que las hojas de los árboles salen primero como capullos de los que se van desplegando ramos y ramitos. Que hay pájaros cada mañana en los mismos lugares. Y que cuando me acerco se van volando al tejado. Que la floración pasa rápido, y cada árbol tiene su momento, y cada flor tiene su momento. También he descubierto que hay dos tipos de angelitos. Los grandes de la familia, , que crecen en grupos: *Compositae*, *Asteraceae*, el *Taraxacum officinale* o diente de león. Y luego están los pequeñitos, que son otra flor, de otra familia, que no es esta del diente de león. He descubierto que cuando las personas salimos de escena dejamos mucho espacio. Dicen que hay pueblos en los que se pasean los ciervos por las calles, incluso los osos... ¡A ver si encuentro ahora el unicornio! También he constatado que soy capaz de muchas cosas y que a otras no me atrevo ni me atreveré nunca. Que tengo miedos, y que tengo muchos, muchos pelos, y ¡en muchos rincones de mi cuerpo! Y he descubierto que no quiero volver a mi trabajo, que estoy bien en esta isla. Quizás es conformismo, miedo al fracaso, a enfrentarme al mundo exterior, comodidad... Pues sí, aquí estoy de puta madre, gente... (*Cada vez más excitada.*) Es que también he descubierto que los árboles me gruñen, que los árboles abrazan. Que puedo sembrar, que puedo cultivar, que puedo germinar, florecer...

Tímbre estridente que la interrumpe y deja en un silencio, precavido, de sospecha.

Silencio.

Tímbre.

VOZ DEL EXTERIOR.— ¡Beatriz! ¡Abre!

Silencio.

Tímbre.

VOZ DEL EXTERIOR.— ¡Beatriz, abre! Por favor... sé que estás ahí. ¡Ya está bien! ¡Te traigo comida!... ¡Al menos cógenos el teléfono! ¿Cómo estás? ... ¿Quieres hacer una videollamada? ¿Te falta algo? ¿Te queda medicación? ¡Beatriz! ¡Beatriz!...

Ella quieta, mirando al público con complicidad, bajo el foco de luz que va disminuyendo hasta quedar en la oscuridad total de nuevo, mientras aún se oye alguna exclamación del

exterior que se aleja hasta quedar en silencio.
Oscuridad.

•
España-2021
•

SOLILOQUIO

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del
"Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento",
el 10 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN

Juan Carlos Ogando

INTERPRETE

Mujer: Josemith Bermudez



LOS PESCADORES

De Vidal Medina

Personajes:

SAMUEL: 60 años, centroamericano.

JONÁS: 55 años, mexicano-norteño.

Jonás y Samuel intentan pescar algo en un río moribundo.

JONÁS.— Ya está por demás.

SAMUEL.— Ya picará. La corriente todavía arrastra peces de vez en cuando.

JONÁS.— La corriente ya bajó lo suficiente hoy. Los peces se acabaron o están agarrando otras corrientes de agua. Mejor vámonos.

SAMUEL.— Habiendo alimento, habrá vida.

JONÁS.— No seas necio, Samuel.

SAMUEL.— Aquí siguen mis cosas.

JONÁS.— La mayoría lo dejan todo. No podemos cargar con tantas cosas. Hay que soltar y seguir adelante.

SAMUEL.— ¿Cómo voy a abandonar mi casa? Me costó años pagarla.

JONÁS.— Es como un barco que se hunde... Aún hay botes salvavidas en alguna parte. Puedes tomar tu lugar en el bote salvavidas o quedarte en el barco. Hundirte con él.

SAMUEL.— Pero aquí no hay agua, no tenemos botes. Es apenas un riachuelo.

JONÁS.— Y se está secando.

SAMUEL.— En algún momento dio muchos peces. ¿Lo olvidaste?

JONÁS.— ¿Cómo crees?

SAMUEL.— ¿Te acuerdas del bagre? Un pez hermoso, de este pelo. Nadie creía que de este río pudiera salir algo bueno y cuando lo sacamos la gente comenzó a creer.

JONÁS.— ¿Cómo olvidarlo?

SAMUEL.— ¿Y las mojarras? No me vas a decir que también olvidaste a las mojarras. Cuántas veces no comimos juntos y compartimos con los compadres y las comadres las mojarras. Sebastián las preparaba al carbón. ¿Te acuerdas o no te acuerdas, Jonás?

JONÁS.— Pos claro que me acuerdo.

SAMUEL.— Que les echaba un chingo de aceite, y las freía en aceite hirviendo con un

chingo de ajo...

JONÁS.— No te hace bien recordar eso, Samuel, nomás nos va a dar más hambre.

SAMUEL.— Hoy van a picar algunos peces, pero hay que tener paciencia.

JONÁS.— Serán los últimos.

SAMUEL.— Toda comida es bienvenida.

JONÁS.— Todavía queda una caravana. Nada más nos están esperando a nosotros.

SAMUEL.— ¿Para qué nos esperan?

JONÁS.— Todavía podemos irnos. En unos días aquí ya no habrá nada. Saquearon el supermercado y se llevaron todo. Mira bien el río, solo arrastra deshechos, piedras y ramas.

SAMUEL.— Traeré peces o langostinos, como en otra época los traje.

JONÁS.— Eso es tentar a la suerte y a la muerte.

SAMUEL.— Sí.

JONÁS.— ¿No vienes? (*Silencio. Samuel no contesta*). No hay nada a qué quedarse. Somos los últimos, Samuel. Si te quedas no vas a encontrar a nadie más. Todos se fueron o se murieron.

SAMUEL.— ¿Sabes que yo llegué aquí hace 30 años, verdad?

JONÁS.— ¿Por qué mejor no me cuentas esa historia en los camiones? Ya se quieren arrancar aprovechando que todavía es de día.

SAMUEL.— Yo venía huyendo de la guerra, Jonás, porque allá en Centroamérica, en mi país había guerra y nos obligaron a huir por la guerra para buscar mejores oportunidades, y yo soñaba con este lugar, Jonás, caminé por meses, atravesé muchos caminos peligrosos para llegar aquí, y aquí me establecí. Y nunca desde que llegué pensé en otro lugar para vivir. Aquí encontré amigos. Encontré a Verónica, pero el maldito virus me la quitó.

JONÁS.— El virus se llevó a la mitad del pueblo, Samuel. Y sigue aquí. Mejor nos vamos.

SAMUEL.— No hay otro lugar al que quiera ir. Aquí estoy bien.

JONÁS.— Nadie quiere irse, pero tenemos que irnos.

SAMUEL.— Se mueven por necesidad, no por deseo.

JONÁS.— Ya no queda nada aquí. La caravana seguirá derecho hasta encontrar el mar. Llegando ahí tal vez encontremos un barco para zarpar hacia otro continente. No lo sabemos con certeza, pero únicamente podemos ir hacia el mar.

SAMUEL.— Postergarán su muerte, pero no la evitarán.

JONÁS.— Y tú por lo visto quieres apurarla.

SAMUEL.— Tentaré a mi suerte y a la muerte, igual que ustedes. La diferencia es que ustedes pueden encontrar la muerte en los caminos. Hay bandas armadas en todas las carreteras. Va a estar bien cabrón que crucen el estado.

JONÁS.— Aquí ya todo se acabó.

SAMUEL.— ¿Te acuerdas del día que atrapé a un salmón en este mismo río?

JONÁS.— ¿Un salmón? Ah, caray. No, de eso no me acuerdo, Samuel. Aquí no llegan los salmones, bueno sí, pero no por el río.

SAMUEL.— Yo atrapé un salmón en este mismo río, era aún más grande que el bagre y que todos los peces anteriores. Yo tampoco lo podía creer, ni Verónica me lo creyó cuando llegué con el salmón a casa. Pensó que la estaba engañando, pero no, ese

salmón iba cuesta arriba, solitario, a lo mejor estaba buscando a los demás salmones. ¿Quién sabe? Muchas corrientes que antes desembocaban en este río se fueron extinguiendo. Yo creo que era un salmón perdido y cuando lo vi no lo pensé, le tiré el anzuelo y de inmediato, él también, sin pensarlo, lo mordió. Yo creo que ya sabía que nunca iba a encontrar el sitio que buscaba, que se había equivocado de corriente y había parado aquí. Qué mala suerte para el salmón y qué buena suerte para mí, ¿no crees?

JONÁS.— Ya lo creo, Samuel. Ya lo creo. ¿Entonces? La caravana está por partir. ¿Vienes?

SAMUEL.— Aquí deposité todos mis sueños, aquí dejé sudor y sangre. Aquí está el cuerpo de mi esposa, los cimientos de mi casa. Ayer creció una sandía, ¿ya viste? Creció a orillas del río. Es una señal.

JONÁS.— Esa sandía está contaminada, como todo lo que puedas sacar de esas aguas.

SAMUEL.— Además todavía habla... ¿Lo escuchas? El río habla, dice cosas.

JONÁS.— ¿Y qué te dice?

SAMUEL.— Dice que llegó tu hora. Si no te apuras te quedarás atrapado en este lugar.

JONÁS.— ¿Y tú?

SAMUEL.— Ya soy parte de este lugar. Me quedaré a escuchar los estertores. Yo seré su compañía.

Samuel tira su caña al río. Jonás da media vuelta y sale. Oscuro final.

México-2020

LOS PESCADORES

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del "Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento", el 10 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN

Daniel Danney

INTERPRETES

Jonás: Daniel Rodríguez

Samuel: Daniel Gutiérrez



UN NUEVO ESPACIO

Walmir Pavam

Traducción al castellano: Gloria Cortés Abdalla

Personajes:

PROFESOR

COORDINADOR

ESTUDIANTES 1

ESTUDIANTES 2

ESTUDIANTES 3

ESTUDIANTES 4

ESTUDIANTES 5

Un aula de teatro.

PROFESOR.— Buenos días a todos.

TODOS.— (*Con máscaras.*) ¡Buenos días!

PROFESOR.— Este es un momento muy especial para todos nosotros porque hoy es nuestro regreso después de siete meses. Sois bienvenidos y podéis quedaros muy tranquilos, porque se han tomado todos los procedimientos de seguridad e higiene. (*Accede a una página en el teléfono celular.*) Y aquí, en estos archivos, tenemos todos vuestros exámenes actuales registrados. (*Silencio.*) Pero os aseguro que el aula está bien ventilada, tenemos alcohol en gel en dos lugares en el espacio. De todos modos, es la primera vez en mi vida que comienzo una clase de teatro como esa... Pero bueno, es un momento nuevo... Chicos, todos los ejercicios deben hacerse a una distancia máxima de dos metros de una persona a otra, ¿de acuerdo?

Silencio.

ESTUDIANTE 2.— Pero, ¿qué pasa si es necesaria una escena táctil, por ejemplo?

PROFESOR.— (*Demostrándolo.*) Bien, tomemos un ejemplo: voy a darle la mano a

otra persona en la escena, así que extendiendo el brazo, le doy la mano... a una distancia de dos metros, por supuesto... Un toque imaginario. Listo.

ESTUDIANTE 2.— Ah...

PROFESOR.— De hecho, uno de los principios del teatro es estimular la imaginación, por lo que, en este caso, el público se imagina que el toque realmente está sucediendo. Y termina siendo también una opción estética.

ESTUDIANTE 2.— Sí, sí.

PROFESOR.— Como ya sabéis, este es un curso de iniciación. Y el tiempo de clase ahora se reduce, solo una hora al día. Empecemos hoy con ejercicios muy simples. Cualquier pregunta, podéis hablar conmigo. Pero no interrumpáis durante los ejercicios. Muy bien, inicialmente os pediré que forméis un círculo. ¿Con dos metros de distancia entre cada uno!

Hacen lo que se propone.

Ahora, primero liberemos el cuerpo. Esto, dejadlo ir... hacéd movimientos aleatorios... Esto... Ahora, respiremos: inhalad por la nariz y exhalad por la boca. ¡Muy bien!

ESTUDIANTE 2.— *(Al estudiante 3.)* ¡Vaya, te estás acercando a mí!

ESTUDIANTE 3.— Yo no, mira aquí: dos metros...

ESTUDIANTE 2.— ¡Dos metros, nada!

PROFESOR.— Calmaos, chicos, a veces hay un pequeño acercamiento, pero no creo que haya pasado la distancia permitida. Y, por favor, os pido que no habléis durante estos ejercicios porque es importante comprender el cuerpo, sus sensaciones y a las personas que lo rodean. Todo está bajo control. Bien, ahora os pido que os presentéis. Uno tras otro hasta que la rueda termine.

ESTUDIANTE 1.— Esta presentación será muy rápida, ¿verdad, profesor?

ESTUDIANTE 4.— ¡Muy rápida!

Los dos se ríen, luego los otros.

PROFESOR.— *(También se ríe.)* Es cierto... Pero justo después de que cada uno pronuncie su nombre en la rueda de derecha a izquierda, presentaros al revés.

ESTUDIANTE 1.— ¡Ah, bueno!

PROFESOR.— Y después de eso, voy a pedir os que cambiéis de lugar: caminad hacia otro punto del círculo, mirad a una persona y decid vuestro nombre. Cuando uno alcance ese otro punto, la persona que la miró deja el círculo y hace lo mismo, yendo a otro punto también.

Todos dicen sus nombres según lo propuesto por el maestro; luego el estudiante 4 cambia de lugar, luego el estudiante 3, pero cuando llega a su nuevo lugar, toca accidentalmente a la estudiante 2.

ESTUDIANTE 2.— Aaaaay... ¡No puedo creerlo! *(Corre hacia el bote de alcohol, lo frota frenéticamente sobre su mano y cara.)*

PROFESOR.— Cálmate, todos estamos a salvo.

ESTUDIANTE 5.— (*A la estudiante 2.*) No es necesario exagerar...

PROFESOR.— Bueno, empecemos de nuevo.

Todos comienzan otra vez, excepto la estudiante 2, que sale del círculo y se acerca a la ventana.

¿Estás bien?

ESTUDIANTE 2.— Sí, solo quiero quedarme aquí un poco.

El profesor les pide que hagan variaciones, como diferentes velocidades, movimientos raros, diferentes volúmenes de discurso, etc, que se diviertan.

PROFESOR.— Ahora, caminad por la habitación fijándoos en cómo está vuestro cuerpo.

Todos caminan. La estudiante 2 decide caminar también.

Esto, muy bien, ¿cómo estás? El eje del cuerpo, la respiración, la mirada. Esto ... Ahora, cuando paséis cerca de vuestros colegas, empezad a mirarlos. Cuando yo aplauda, te paras, miras a una persona y empiezas a hacer movimientos de espejo, imitando lo que hace la otra persona. Manteniendo los dos metros, por supuesto. Uno permanecerá y observará las parejas; luego, en la segunda ronda, cambiamos. (*Aplauda.*) Ahora.

Se forman dos parejas a distancia y empiezan.

Eso... muy bien. Caminando de nuevo.

Caminan. El profesor aplaude.

Otra vez. Tú que no lo hiciste la primera vez, hazlo ahora, por favor.

Otras parejas.

Esto... un espejo con tu colega... ahora, ¡para! Quédate donde estás. Te pido que desde allí, quieto, mires. Primero fijate en ti mismo, cómo está tu cuerpo ahora. (*Pausa.*) Ahora, mira a tu colega. (*Pausa.*) Ahora, el aula. Mira cada detalle. Eso. Es muy bueno ver el mundo, de nuevo. ¡Nuestro espacio de antes! Quiero decir, ya no es el mismo... Un nuevo espacio, lo que sea. Pero con la misma vida real.

La estudiante 2 se echa a llorar.

PROFESOR.— ¿Quieres...? Bueno, puede pasar...

ESTUDIANTE 2.— Yo... yo... lo siento. (*Sigue llorando.*)

PROFESOR.— No tienes que disculparte. ¿No te gustaría decir lo que sientes?

Pausa.

ESTUDIANTE 2.— No sé. Miro esta aula y solo quiero volver a mi habitación.

Pausa.

ESTUDIANTE 1.— ¿Puedo hablar?

PROFESOR.— Claro.

ESTUDIANTE 1.— Para mí, es difícil ver solo los ojos de todos. Y tal vez... nunca volvamos a acercarnos a los demás. ¿No es raro?

ESTUDIANTE 5.— No será así para siempre, por supuesto.

Pausa.

PROFESOR.— Es un momento muy difícil para todos, tenéis razón. Pero creo que el teatro puede ayudarnos en ese momento. Ayuda a nuestro cuerpo.

ESTUDIANTE 4.— ¿Qué cuerpo tenemos ahora, profesor?

Silencio.

PROFESOR.— Voy a cambiar el ejercicio... puede ser bueno en este momento. Os pido que toméis un artículo personal. Cualquier cosa que tengáis en la mochila o bolso, no importa.

Lo toman.

Empezad a manejarlo, notad las sensaciones. (*Pone música instrumental.*)

Los estudiantes se sueltan.

Ahora, os pido que digáis en una o dos palabras lo que sentís.

Los estudiantes dicen sus sensaciones.

Ahora, sentaos.

Los estudiantes se sientan.

Uno a la vez se pondrá delante del grupo. La persona que empiece manipulará su objeto y, después de tiempo, continuará la acción, pero también hablará sobre qué sensaciones tuvo durante el aislamiento social.

ESTUDIANTE 3.— ¡Empiezo yo! (*Empieza a ejecutar la secuencia de su acción con objetos y después de un rato, habla.*) Estoy un poco avergonzado...

PROFESOR.— Mantén la calma, es como un juego, solo un juego.

ESTUDIANTE 3.— Bueno. Vamos ... (*La acción continúa.*) Siempre me gustó lle-

var poca ropa. El viento me daba sangre en la vena, ¿sabes? Sangre, aire, vibración. Excitación, de veras. (*Continúa la acción por un tiempo.*) Hoy, me cubro, me cubro, me cubro. Bueno. Todas las mañanas, el ritual: primero los pantalones, el calcetín, las zapatillas de deporte, la blusa de manga larga, la gorra. La máscara. Me miro en el espejo y digo: "tío, ¿ese soy yo?" En la mochila, el alcohol en gel. Tomo el autobús. Dos horas desde casa a la farmacia. Lo bueno es que no hay personas empujándote. Por lo menos eso. Una vez allí, uso toda la ropa, el equipo de protección, como esos personajes de robot ... ¡flipo! Mitad humano, mitad robot. Es difícil empezar, pero allí voy. "¡Vamos, joder!" Los clientes entran a los pocos, solo puedes ver los pequeños ojos de miedo. Apenas pisan el suelo. Cuando se van, limpian las cajas de medicamentos con alcohol, las bolsas. Y se van rápidamente. Yo sigo. Todo el día. Pero hay momentos en que me acuerdo del viento. Siento mariposas en el estómago... sin quererlo, vamos, no puedo evitarlo ... entonces, flipo. Me acuerdo del viento y pierdo el aliento. Luego siento que me voy a morir.

ESTUDIANTE 2.— (*Susurra.*) ¿Trabaja en una farmacia?

ESTUDIANTE 3.— Pero yo puedo. Respiro. Lo necesito, ¿verdad? ¡Llego al fin del día vivo! Veo las noticias, escucho comentarios de los clientes, pero, hermano... nadie en mi barrio estaba socialmente aislado.

Pausa.

ESTUDIANTE 2.— Las farmacias están contaminadas, no debería tomar clases de teatro.

PROFESOR.— ¡Calma! Todo está dentro de los procedimientos recomendados.

ESTUDIANTE 2.— Esto no nos garantiza nada. Es peligroso para él tener clases.

ESTUDIANTE 3.— Todos tienen derecho a hacer esta clase.

ESTUDIANTE 4.— Estoy de acuerdo.

PROFESOR.— Mirad, él seguirá. Todos tienen el derecho, sí, y todos están dentro de los procedimientos de salud. (*Al estudiante 3*) Completa tu ejercicio, por favor.

ESTUDIANTE 3.— (*Continúa el ejercicio.*) Necesito hacer muchas horas extras para no perder mi trabajo: algunos empleados contrajeron el virus y salieron a la calle.

ESTUDIANTE 2.— Pero esto es absurdo: tenéis que exigir vuestros derechos.

PROFESOR.— No interrumpas su ejercicio, por favor.

ESTUDIANTE 3.— (*Detiene el ejercicio.*) ¿Derechos? Han hecho de todo, tío... Incluso personas como tú han eliminado los derechos de los trabajadores.

ESTUDIANTE 2.— No todos los de mi clase social han aceptado la pérdida de derechos.

ESTUDIANTE 3.— ¿Quieres saber la verdad? Vivo en una choza con siete personas en dos habitaciones. Pero, tranquilízate, porque todos estamos medicados.

La estudiante 2 se va, los demás se sorprenden.

PROFESOR.— Déjala respirar. Es bueno.

ESTUDIANTE 5.— ¡Qué exageración! Y muchos morirán hasta que tengamos inmunidad...

PROFESOR.— Lo siento, pero no estoy de acuerdo. No es necesario que mucha gente se muera. Nadie tiene que morir, en realidad.

ESTUDIANTE 1.— Cuanto más aislamiento, menos gente se muere. Para eso está la cuarentena.

PROFESOR.— Sí. Y prefiero no comentar por qué se terminó antes del tiempo.

ESTUDIANTE 5.— ¿Y crees que la economía tenía que parar?

ESTUDIANTE 1.— La economía iba a colapsar con o sin cuarentena. Y con tanta gente muriendo, no hay suficiente gente para mantener la economía.

ESTUDIANTE 5.— Prefiero no discutirlo. Volvamos a clase, por favor.

ESTUDIANTE 1.— ¿Pero no es esa parte de la lección? ¿Discutir lo que hizo el colega en el ejercicio?

PROFESOR.— Sí, es parte del ejercicio. Es que la discusión debe tener lugar después que acaben todos los ejercicios, pero en este caso, creo que es necesario aclarar este tema.

ESTUDIANTE 5.— Acabo de expresar mi opinión.

PROFESOR.— Tienes todo el derecho. Pero los otros también. Para el teatro son necesarios diálogo y reflexión.

ESTUDIANTE 5.— *(Al profesor.)* No has respetado mi opinión.

PROFESOR.— Sí lo he hecho. Todos pueden manifestarse como lo deseen, pero no puedo apoyar la idea de que todos salgan a la calle antes de tomar una vacuna. Si lo hiciera sería lo mismo que apoyar un genocidio. *(A todos.)* Continúa el ejercicio, por favor. Vamos a seguir haciendo teatro.

La estudiante 2 vuelve.

ESTUDIANTE 2.— Os pido disculpas. Me pasé, no tenía derecho a molestar a la clase así.

PROFESOR.— Qué bueno que te encuentras mejor.

ESTUDIANTE 4.— Quiero hacerlo, ¿puedo?

PROFESOR.— Claro.

ESTUDIANTE 4.— *(Comienza a manipular su objeto.)* Me gusta mucho peinarme. Paso mucho más tiempo que la mayoría de las personas peinándose. No es vanidad, es como... No sé, un ejercicio de meditación. El otro día, me peinaba, peinaba, peinaba, sentía el flujo del movimiento, luego bailaba, bailaba... pero no tenía a dónde ir. Me estaba poniendo nerviosa, ansiosa, desesperada. Tuve una pelea con mi novio y me acosté. Encendí un incienso. Y luego me acosté por una semana... dos... tres. Por un mes entero. No he mirado la ventana en un mes. Cuando escuché que podíamos irnos, recordé que siempre quise hacer teatro. "Tiene que ser ahora," me dije. Entonces, llamé y reservé este curso. Hoy fue el primer día que me levanté. Y ahora, aquí, es tan mágico, maestro... Estoy empezando a sentir algo de deseo nuevamente. Quiero caminar de nuevo, hablar, peinarme. Yo puedo. Mi cabello ahora se está soltando. Siento eso. Me está haciendo despertar. Y se está integrando... integrando al aire. Esto es movimiento. El mundo está en mí ahora. ¡Todo el mundo está en mí ahora!

Se levanta y baila, cada vez más emocionada, pero después de un tiempo, se acerca más y

más a los demás, todos se asustan. El coordinador entra.

PROFESOR.— *(Sin darse cuenta del coordinador.)* ¡Por favor, haz lo que quieras, es realmente hermoso... pero mantén la distancia!

COORDINADOR.— Hola, buenas noches a todos. ¿Cómo están ustedes?

TODOS MENOS ESTUDIANTE 5.— Todo bien.

COORDINADOR.— *(Señalando al estudiante 2.)* Le vi llorando afuera.

ESTUDIANTE 2.— Todo está bien. Puede estar tranquilo.

ESTUDIANTE 5.— Está más o menos bien. El profesor es muy bueno, eso no lo puedo negar. El punto es que parece democrático, pero no ha respetado mi opinión.

El maestro se sorprende, los estudiantes no están de acuerdo.

PROFESOR.— Espera un minuto, esto no es cierto. Tú expresaste tu opinión y yo expresé la mía. No estamos en una dictadura. Al menos oficialmente.

COORDINADOR.— *(Al profesor.)* Calma. Mantengamos el control. Todos estamos nerviosos después de tanto tiempo de aislamiento.

PROFESOR.— ¡Pero no es justo! Y ya conoces mi trabajo, sabes que no haría eso.

COORDINADOR.— Te conozco. Pero los tiempos han cambiado. Y sinceramente deseo que te adaptes. *(Indica al estudiante 2 y al estudiante 5)* Cuando termine la clase, vengan a hablar conmigo, por favor. *(Al profesor en voz baja.)* Seguro que te olvidaste del teatro y empezaste con lo de la terapia.

PROFESOR.— *(En voz baja, al coordinador.)* Quería verte aquí hace poco, hoy, el 20 de octubre de 2020.

COORDINADOR.— Corta el melodrama.

PROFESOR.— ¡Estamos en el siglo XXI, un carajo de siglo destrozado!

COORDINADOR.— Hablamos con calma después, pero piénsalo. *(Sale.)*

PROFESOR.— *(Se sienta, guarda silencio por un momento, busca palabras.)* Lo siento, pero desafortunadamente no me encuentro bien. Tendré que parar la clase. Recuperaré el tiempo que faltaba hoy en las próximas clases, ¿vale?

ESTUDIANTES.— Está bien.

Los estudiantes dicen que les gustó mucho. Dan las gracias. Se despiden a cierta distancia del profesor. Solo los estudiantes 5 y 1 están en la sala.

ESTUDIANTE 1.— Profesor, no te pongas triste, por favor. *(Mira al estudiante 5.)* Todo es muy raro... *(Al profesor.)* ¿Puedo hacerte una sugerencia?

Consentimiento del profesor a la cabeza.

El mundo ha cambiado. La escuela necesita repensarlo. Ya hay gente haciendo teatro a distancia. O mezclando el cara a cara con el en línea. Tal vez la escuela se quede atrás si no hace lo mismo.

PROFESOR.— Bueno, entiendo... hacia atrás... o a distancia... Gracias.

Estudiante 1 sale. Silencio.

ESTUDIANTE 5.— No quise causarte molestias, de veras. Me gustó la clase, me sentí bien. Pero, profesor, yo solo defendiendo a mi país. Aquí una dictadura comunista, ¡nunca más!

PROFESOR.— *(Se ríe con ironía.)* Puedes estar tranquilo respecto a eso.

ESTUDIANTE 5.— Hablaré con el coordinador. Él no te despedirá. ¿Dejo la puerta abierta?

El maestro no responde. El estudiante 5 se va. Silencio. El maestro toca paredes y objetos varias veces. Luego hace gestos para abrazar a la gente. Se acuerda del alcohol en gel, lo frota en las manos, luego en todo el cuerpo. Para. Mira una vez más el aula, apaga las luces, empieza a cerrar la puerta, pero se detiene. Sale. La puerta permanece abierta.

*

Brasil-2020

*

UN NUEVO ESPACIO

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del
"Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento",
el 11 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN

Guido Villamizar

INTERPRETES

Profesor(a): Sara Castaño

Coordinador: Beatriz Mayz

Estudiante 1: Anthony Vargas

Estudiante 2: Michelle Nassef

Estudiante 3: Gonzalo Bastidas

Estudiante 4: Oriana Santos

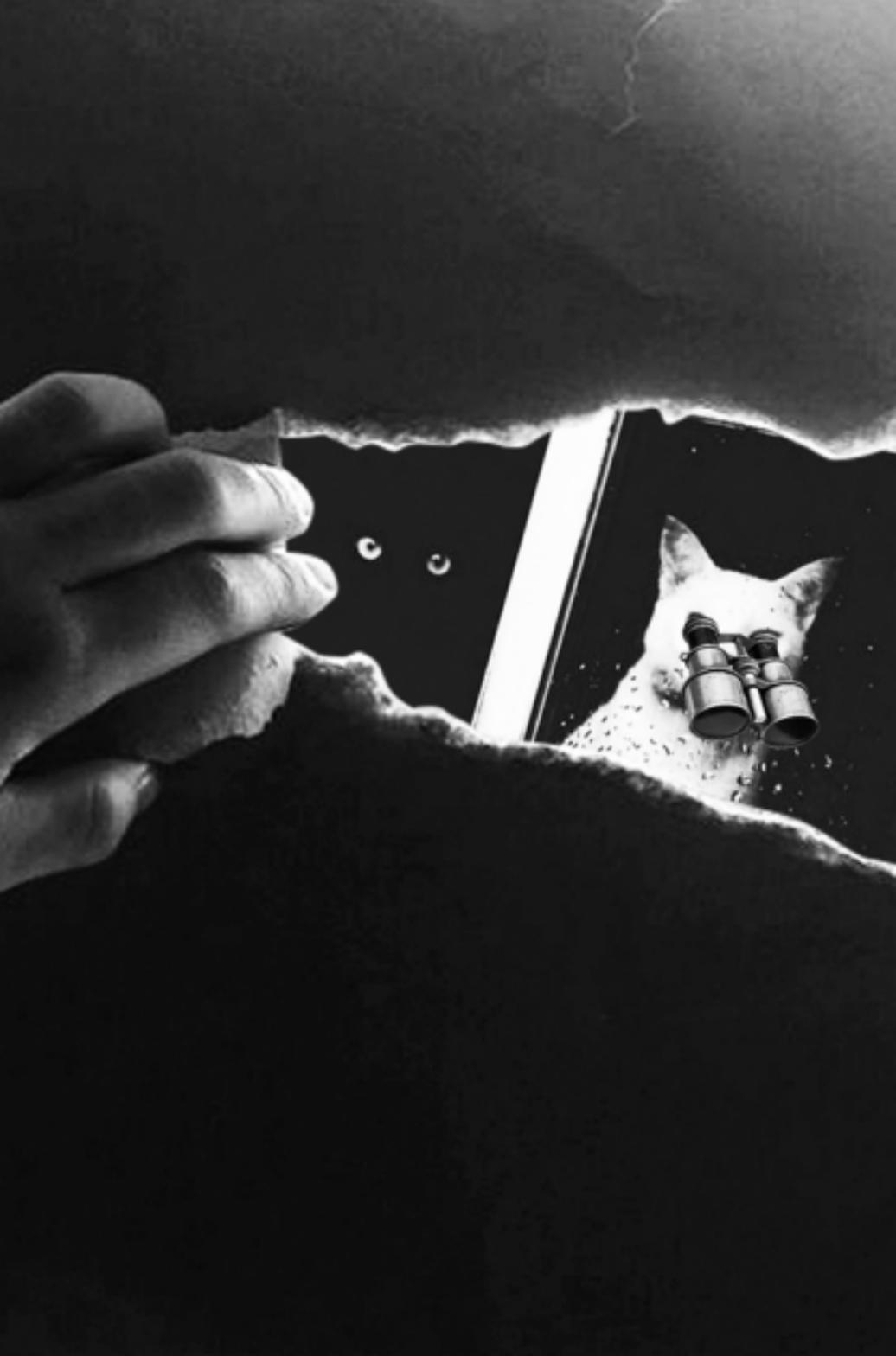
Estudiante 5: Gonzalo Maduro



Esfa fáfina wef no esfá fisfonible

Footle Fhrome no puede fosfrar fa fáfina wef porque el fortlenator no esfá fonectado a internet.

[Detalles](#)



MÍRALOS

Erik Leyton Arias

ÉL y ELLA pegados a la ventana. Casi no respiran. ELLA mira con unos binóculos baratos de plástico, que se van turnando durante la escena. No están bien vestidos. Parecen recién levantados, muy desaliñados.

ÉL.— ¿Cuánto tiempo llevan?

ELLA.— Tres horas y cuarenta y siete minutos.

ÉL.— No puede ser. ¿Estás segura?

ELLA.— Sí, mira, mira. El palito chiquito estaba aquí cuando comenzaron.

ÉL.— Carajo, casi cuatro horas... Y no paran.

ELLA.— ¿No se cansarán?

ÉL.— Parece que no. A ver, déjame ver...

ELLA.— Y lo que les falta... Alcanzo a ver... por ahí... no sé... varios montones al otro lado de la cama.

ÉL.— Déjame ver...

ELLA.— Tanto dinero... ¿De dónde lo habrán sacado?

ÉL.— A lo mejor son atracadores.

ELLA.—¿Atracadores, pfff!

ÉL.— Cierto, no pueden ser atracadores, me hubiera dado cuenta hace tiempo.

ELLA.— Sobre todo tú, que no te das cuenta cuando me corto el pelo.

ÉL.— Es distinto.

ELLA.—¿Ahí entró ella! ¿Qué es lo que trae?

ÉL.— Déjame ver.

ELLA.— Espera. Es una bandeja con... ¿piña colada?

ÉL.—¿Piña colada? A ver, cegatona, déjame ver...

ELLA.—¿Piña colada a las 10 de la mañana? ¿Pero qué ordinaria!

ÉL.— No, no, eso es como... un jugo, un... un sorbete...

ELLA.— ¡Sí, claro, un jugo! ¿Y entonces para qué trae esa botella de ron? La piña colada se hace con ron, ignorante...

ÉL.—¿En serio?

ELLA.— Pues, claro, alelao. ¡Qué vas a saber tú si solo sabes beber cerveza!

ÉL.— ¡Míralos, están brindando!

ELLA.— A ver... ¡Están dichosos, los muy...!

ÉL.— ¡Ya sé, el papá!

ELLA.— ¿El papá de quién?

ÉL.— De ella. Don... Roberto... Alfredo, Danilo, ¿cómo se llamaba el viejito? Hace días que no lo veo.

ELLA.— ¡Es cierto...! Desde el día de la ambulancia. ¿Te acuerdas que subieron como unos tanques, unos aparatos...?

ÉL.— Eso fue que se murió.

ELLA.— ¡Claro! Y esa debe ser la plata que el viejito tenía en el banco.

ÉL.— ¡Abusivos! Seguro ya le vendieron el carro, la ropa, la caja de dientes, todo lo que tenía el pobre ancianito...

ELLA.— Ya debieron haber cobrado la plata del seguro de vida.

ÉL.— ¡Lo mataron!

ELLA.— ¡Ay, Virgen Santísima!

ÉL.— Y vendieron los órganos del viejito.

ELLA.— ¡Cállate la boca!

ÉL.— Los ojos, el hígado, los riñones, todo...

ELLA.— ¡¿Cómo se te ocurren esas porquerías, cochino!?

ÉL.— Puede ser. Anoche leí en Internet que el negocio del tráfico de órganos se ha disparado. Con tanto muerto por el virus...

ELLA.— Ay, no, qué asco esas cosas tan cochinas que dices, ya me dio mareo. ¿Por qué te la pasas leyendo esas cosas tan asquerosas?

ÉL.— No, pues, disculpa... Por lo menos yo leo y no me la paso viendo esos mu-grientos *realities*...

ELLA.— ¡A ver, no vamos a volver a empezar! Son mis gustos y me los respetas.

ÉL.— ¿Pero todo el día y todos los días? Esas porquerías dañan la cabeza, mogollita. Antes te gustaba el arte, los libros... ELLA.— ¡Que no me digas "mogollita"!

ÉL.— ¿Ves cómo has cambiado? Antes te gustaba...

ELLA.— ¡Bueno, ya no más! Vete a bañar que ya estás oliendo horrible.

ÉL.— ¡Mira, mira, mira, está saltando!

ELLA.— ¿Saltando? ¿Quién? A ver...

ÉL.— Ella.

ELLA.— ¡Y tirándose los billetes por encima! ¡Tan descarada...!

ÉL.— Claro que no se ve tan mal saltando...

ELLA.— ¿Qué?

ÉL.— O sea... se le ve bien el... jugando con los billetes, digo.

ELLA.— ¿A esto vinimos? ¿A morbosear a los vecinos?

ÉL.— No, yo solo digo...

ELLA.— ¡A bañarse!

ÉL.— Si fueras tú la que estuviera jugando con esa cantidad de billetes, también te verías muy...

ELLA.— ¿Y cuándo vas a traer una cantidad de billetes así, ah? Todavía los estoy esperando. "No te preocupes, mi cielo", dijiste. "Estoy haciendo un negocio que nos va a hacer ricos", dijiste.

ÉL.— Yo nunca dije: "ricos" ...

ELLA.— Ni ricos, ni nada que valga la pena oír. ¡A la ducha!

Pausa.

ÉL.— O a lo mejor no está muerto, y lo estarán alquilando...

ELLA.— ¿Alquilando?

ÉL.— A un laboratorio, a una farmacéutica de esas, para que prueben vacunas con él.

ELLA.— No pueden ser tan hijos de... Bueno, si querían matar a Don... cómo se llame el viejito ese, seguro que son capaces de cosas peores.

ÉL.— Hay laboratorios que están dando millones a quien se preste para probar la vacuna del COVID. ¿Cómo está tu mamá? Dice que se siente muy bien todavía, ¿no?

ELLA.— Deja en paz a mi madre.

ÉL.— Mi papá se aburre mucho. A lo mejor, si se lo propongo...

ELLA.— Deja de decir sandeces. A la ducha. El agua ya debe estar caliente.

ÉL.— El calentador sigue dañado.

ELLA.— Habías quedado en mandarlo a... Ni para qué pregunto...

ÉL.— La semana que viene, cuando me paguen lo de...

ELLA.— No importa, a la ducha.

ÉL.— Pues, si quieres estar contando plata como ellos, algo tenemos que hacer, y lo que podíamos empeñar, ya lo empeñamos. Aunque en el armario hay unos vestidos tuyos que...

ELLA.— ¡Se están besando!

ÉL.— ¿Qué?

ELLA.— Mira, mira, se están besando.

Los dos se quedan muy callados mirando por la ventana, ELLA con los binóculos y ÉL pegado al vidrio. Lo que ven les amarga el rato. Lentamente dejan de espiar y se miran. Se detallan de arriba abajo y no les gusta nada lo que ven. Se sientan en la cama. ÉL trata inútilmente de arreglarse un poco la facha.

ELLA.— Se les habrá subido la piña colada.

Se miran como esperando algo. Luego, lentamente regresan a sus puestos en la ventana.

Pausa.

ELLA.— Se están quitando la ropa.

ÉL.— ¡No, ¿en serio?!

ELLA.— ¡Míralos!

ÉL.— ¡Carajo! Ella lo empujó a la cama.

ELLA.— ¿Van a hacer el amor...

ÉL.— ... sobre los billetes?

Pausa.

ÉL.— ¡Puercos!

ELLA.— ¡Qué cochinateda, por Dios!

ÉL.— Esos billetes van a quedar para tirar a la basura.

ELLA.— Si sudan tanto como tú, seguro que sí.

ÉL.— No es sudor. O, bueno, sí... pero también es pasión.

ELLA.— ¿Pasión? Ah, ya, entonces todas las noches cuando roncas estás sintiendo "pasión".

ÉL.— Es rinitis, ¿bueno? ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

ELLA.— Mira cómo tiran los billetes. Cochinos... ese cuarto debe oler espantoso. Debe oler como tú. Guácala... Yo no puedo seguir viendo este espectáculo tan deplorable...

Él la mira con ojos de amor. Tórpemente se le acerca. Intenta tocarle el pelo, la espalda y el rostro, pero se arrepiente. Se acerca más y trata de darle un tierno besito en el cuello. ELLA brinca como un conejo.

ELLA.— ¡¿Qué haces?!

ÉL.— Nada.

ELLA.— ¿Qué estás haciendo?

ÉL.— Un besito... nada más...

ELLA.— ¿Un besito, cochino?

ÉL.— Pero, mi amor...

ELLA.— ¡Que estás oliendo asqueroso!, ¿cuántas veces tengo que decírtelo? Estás todo sudado, no te lavaste los dientes... ¡Que te metas a la ducha de una vez, carajo!

ÉL.— No te pongas así, mogollita...

¡Oye!

Ven para acá...

... anda...

¡Amor!

Te cortaste el pelo, ¿verdad?

Oscuro.

Colombia-2020

MÍRALOS

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del
"Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento",
el 11 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN
Marianesey Amin

INTERPRETES
Ella: Lya Bonilla
Él: Gabriel Agüero
Margareth Aliendres





LEJOS

Daniel Dannery

*Me gusta de tus ojos del destello verdoso, dulce beldad, mas hoy todo es amargo para mí,
y nada, ni tu amor, ni el lecho, ni el fuego, valen lo que el sol fulgurante sobre el mar.*

En La Flores del Mal de Charles Baudelaire

*Ya en el primer día del confinamiento, un hombre mató a balazos a su mujer,
cuñada y suegra, en el departamento que compartían en la ciudad costera de Cartagena.
La argentina Romina Vidal, de 37 años, fue encerrada en su propio departamento y quemada viva.
Carmen, una mexicana de 28 años, fue violada, estrangulada y tirada en un terreno abandonado.
En: "Cuarentena por coronavirus dispara violencia contra las mujeres en América Latina."*

Artículo en: www.dw.com

NOTA.— Esta obra está pensada para ser montada en un “escenario virtual”: Zoom, Skype, Meet, Google Duo, Hangouts, FaceTime, Messenger, Jitsi Meet, Line, o cualquier herramienta de multiconferencias *online*. Se acota el uso de recursos que ofrecen la plataforma tales como: Compartir pantalla. Y se hace uso de conceptos como “panel” para hablar de la pantalla donde el actor enmarca la acción y habla. Se toma en cuenta que la aplicación funciona tanto para una computadora, como para un teléfono móvil.

ELENA.— Me gusta la magia, no la ilusión, sino la magia de la vida, hay diferencia... ¿saben?

21:30h

Panel de CARLOS, teléfono personal. Iniciamos con pantalla compartida. En la pantalla, vemos la pantalla del teléfono de CARLOS que escribe por WHATSAAP.

CARLOS.— ¿Flora?

FLOR.— Hola, mi amor.

CARLOS.— ¿Me puedes hacer un favor?

FLOR.— Sí, claro, ¿qué necesitas?

CARLOS.— ¿Puedes asomarte a la puerta y ver si ves a alguien desde tu puerta?

FLOR.— Sí, claro... ¿pasa algo?

CARLOS.— Ahora te cuento... ¿puedes hacerlo? Por favor...

FLOR.— Voy.

Pausa.

CARLOS.— ¿Y?

FLOR.— Nada... / ¿qué es lo que pasa?

CARLOS.— Es la tercera vez que me tocan la puerta.

FLOR.— Algún niño del edificio. Seguro.

CARLOS.— Sí. Bueno, gracias.

Cierra la aplicación. El fondo de la pantalla de CARLOS es un yate bautizado "Hades".

CARLOS ingresa a instagram. Publica una foto suya, un selfie, en blanco y negro que tiene en su galería de imágenes, en el selfie da la impresión de ser un líder calculador frío.

En el caption escribe: "no hay para todos, sólo para los más fuertes"

Y publica.

Desde la PANTALLA DEL TELÉFONO entra una llamada:

"NÚMERO DESCONOCIDO / Llamada entrante".

CARLOS atiende.

CARLOS.— ¿Aló? ¿Quién mierda es?

Silencio. La llamada se cae. CARLOS recibe un mensaje por WHATSAAP de un número desconocido. Es una NOTA DE VOZ. CARLOS la reproduce. Se sorprende al escuchar su propia voz.

NOTA DE VOZ.— ¡A ver si eres mujer y te preñas y me das un hijo de una buena vez!

Un fuerte golpe se escucha de fondo, y el grito de una mujer. Fin de la nota de voz.

Luego mandan una foto. CARLOS la descarga y la abre. Es una foto de ELENA, su mujer. Luego mandan otra foto. Es la misma foto de ELENA, pero le han borrado los ojos. Luego mandan otra foto. Es la misma foto de ELENA, pero le han borrado el rostro. Finalmente mandan un mensaje escrito.

DESCONOCIDO.— Yo sé lo que hiciste.

CARLOS inmediatamente activa una nota de voz dentro de la misma cadena de mensajes de Whatsapp.

CARLOS.— *(En nota de voz)* ¿Quién mierda es? ¡Mira, mamauebo... apenas sepa quién eres te voy a matar a coñazos...! ¿Está claro? No tienes ni puta idea de con quién te estás metiendo, coño de tu madre... ¡Tienes los días contados! Tengo contactos que pueden rastrear tu número, y te voy a encontrar y a matarte a coñazos yo mismo. Así

que ve despidiéndote de tus amiguitos y de tu familia.

Fin del mensaje de voz.

Vemos cómo CARLOS inmediatamente abre la lista de contactos y busca entre los números, hasta detenerse en el nombre de "ROBERTO policía". Activa la opción de hacer una videollamada. La llamada no cae.

Inmediatamente recibe una videollamada de un número desconocido. Carlos la activa.

Se abre un nuevo panel en ZOOM.

Nuevo panel. Oscuro.

CARLOS.— ¿Quién es? ¡Habla! Esto es ridículo.

Ruido e interferencia del panel oscuro. Pausa. De repente parece dejarse ver el rostro de una mujer. Suena la voz de una mujer (pero no será la misma voz de ELENA).

VOZ MUJER.— Me encerraba, me quebraba los teléfonos...

CARLOS.— ¿Quién es?

VOZ MUJER.— Luego me agarraba con el cinturón por el cuello y me ahorcaba... y...

CARLOS.— ¡Coño de la madre!

Carlos tranca. En el panel activado, se empieza a ver el rostro de una mujer, está en las penumbras, habla como desde una esquina, tiene el rostro un poco distorsionado.

ELENA.— ¿Por qué me tratabas con tanta arrogancia y tanto odio?

CARLOS.— ¿Elena?

ELENA.— Me golpeaste tan fuerte que me sacaste sangre de la nariz...

CARLOS.— ¿Dónde estás?

ELENA.— Lejos.

CARLOS.— Dime y busco...

ELENA.— No puedes buscarme... ¿para qué quieres hacerlo?

CARLOS.— ¿Qué tan lejos?

ELENA.— No me llevaste ni siquiera a un hospital, ¿verdad, Carlos?

CARLOS.— Yo...

ELENA.— No sé de dónde saqué tanta cobardía para simplemente no hacer nada.

CARLOS.— No te quería hacer daño, Elena... yo... no sé qué pasó, era una advertencia, para que no lo volvieras a hacer...

ELENA.— Quiero sentirme alegre como el pajarito que se posaba y silbaba cada día en mi ventana, que es feliz por el simple hecho de que puede volar, alcanzar las ramas y besar las flores...

CARLOS.— Pero, Elena,...tú... ¿cómo es posible?...Yo simplemente me quedé en blanco... y cuando desperté, ya no estabas aquí...

ELENA.— ¿Ya no estaba ahí? ¿Dónde estoy ahora?

CARLOS.— ¿Dónde estás?

ELENA.— ¿Dónde estoy?

CARLOS.— Estabas en el baño... pero yo estaba en blanco...

ELENA.— *(La voz se le distorsiona un poco.)* ¡Y te vas a quedar en blanco otra vez, y cuando te despiertes... tampoco estarás aquí...!

De repente se va la luz. El panel de ELENA desaparece. La llamada se cae.

CARLOS comparte su pantalla y activa la cámara de su teléfono y la linterna. Vemos a través de la pantalla de CARLOS.

Se empieza a escuchar el abundante brote de agua de la ducha. CARLOS camina hacia el baño. Va a paso lento, vemos lo que él ve a través de la cámara de su teléfono. Abre la puerta del baño, y no lo vemos bien, pero se sugiere un charco de sangre, CARLOS resbala y cae, la cámara cae cerca de su rostro, una gota de sangre empieza a correr sobre su ceja hasta su ojo.

ZOOM. Se activa el panel de ELENA. Le podemos ver bien el rostro. Mientras habla se lo va lavando con agua. Puede caer agua sobre ella.

ELENA.— Me gusta la magia, no la ilusión, sino la magia de la vida, hay diferencia... ¿saben? La del viento que hace soplar las hojas de los árboles, la de las piedras que con su quietud son los testigos del tiempo. Las plumas de las palomas me recuerdan que todo lugar nace de nuevo, que toda espiga es capaz de crecer en algún lugar, mientras en otros posiblemente solo haya sequía. Las palomas son ángeles que nos guían, a veces uno puede seguir con la mirada a una paloma y sentirse protegida solo en ese gesto, pues te recuerdan que puedes volar, que puedes ser capaz de volar, que puedes ir más allá. Yo quiero ir más allá, sé que en esas pequeñas cosas se construye la felicidad para vivir el mundo, es ahí donde una es amada, es ahí donde una es respetada, y si eso no pasa, lo único que puedes hacer y que debes hacer es alejarte.

Elena comparte pantalla. Un intertítulo BLANCO con la siguiente frase:

"Ninguna mascarilla nos protege de la violencia,
ésta es la verdadera pandemia."

DESCONEXIÓN DE RED
Tecnodrama #3

•

LEJOS

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del
"Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento",
el 11 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN

Glenda Medina

INTERPRETES

Elena: Valentina Garrido
Carlos: Carlos Manuel Gonzáles

TÉCNICOS

Asistencia técnica y de dirección: Elis Blanco



UN HOPER TAN QUIETO

José Alvarado

RAFAEL.— Murciélagos, no, Fátima, aquí no hay murciélagos. Los murciélagos no existen. ¿Hay algo más grotesco que un pájaro sin plumas? No, desde luego. Yo soy un pájaro que ladra, un perro vencido bocabajo en la noche, y ya que estamos aquí, tú y yo, y ya que estamos, te diré que mi boca es túnel, es barrena y solo estalla cuando te digo algo, solo estalla cuando me froto como un oso contra tu vientre caliente. Solo estalla cuando, ahora... Ahora estalla. Tú no lo ves, pero yo estoy estallando ahora mismo.

FÁTIMA.— Ha sido extraño, Rafael, tan extraño, salir a la calle y ver cómo los escarabajos han invadido las aceras, cómo hay jabalís comiendo de los cubos de basura, perros comiendo de las heridas de los jabalís, gaviotas con agorafobia. He visto un ciervo saltando las olas en la playa sobre un adagio de Samuel Barber y he pensado: “esto no es la realidad, solo es un capricho de Goya, un Hoper tan quieto, un fognazo de eternidad. Es solo luz cruel sobre los charcos; es la venganza estirada de un Greco que nos mira desde arriba y nos ve tan miserables ante lo eterno, tan feos, apestando a miedo en lo sublime, sin merecer nada. Esto no existe, no lo estoy viendo, es solo un sueño, este dolor de costillas al respirar desaparecerá cuando todos despierten, este dolor, este dolor de la tierra sin ensuciar del aire demasiado puro de los hombres demasiado tiernos de los niños escondidos —los únicos sin miedo— de los viejos que rezan palabras que no bastarán para sanarlos. Todo eso desaparecerá cuando vuelva el ruido pero entonces, quizá entonces, entonces quizá sea demasiado tarde para todo”.

RAFAEL.— Aquí no hay murciélagos. Pero en Wuhan, sí. La culpa es de los murciélagos.

FÁTIMA.— El confinamiento te hace decir tonterías. La culpa es de los chinos, no de/

RAFAEL.— Ya no soportaba más no verte. Y ahora de repente estoy aquí dispuesto a/ Ni siquiera he podido despedirme de ella.

FÁTIMA.— ¿Qué le hubieras dicho: “Querida madre, gracias por los *qué inútil eres*, gracias por los golpes de gracia, las patadas amorosas, los ojos secos. Gracias, gracias, gracias, a ti te debo mi depresión felina, mis ataques de ira, gracias por el orfidal, el yoga, las flores de Bach, la bulimia nerviosa, la disfunción eréctil. Gracias, mamá?”

RAFAEL.— Pobre mamá.

FÁTIMA.— “¿Gracias por ser la madrina en mi boda triste, mamá?”

RAFAEL.— Mira que morir sola.

FÁTIMA.— “¿Gracias por los regalos, el niño Jesús de porcelana?”/

RAFAEL.— Ella no tiene la culpa de mi matrimonio. Solo yo/

FÁTIMA.— “¿Y gracias, Dios, por este virus que se la ha llevado por fin a los ciento dos. Después de veinte años jodiendo la vida de cuatro personas, día a día, hachazo a hachazo, con una perseverancia y una disciplina y un amor por la devastación?”/

RAFAEL.— Déjala descansar en paz. Yo me casé con Vera porque quise. Tú te casaste con mi hermano porque él te lo pidió.

FÁTIMA.— Y porque tú no me lo pediste. Y porque la vieja/

RAFAEL.— Fíjate en ella. Hasta las personas terribles parecen dignas cuando se van. Es como si la dignidad tardara un tiempo en vencer al tiempo/

FÁTIMA.— Era demasiado vieja para ser digna.

RAFAEL.— Esto es el principio de todo, Fátima. Ha tenido que llegar una pandemia /

FÁTIMA.— Para que tú y yo/

RAFAEL.— Para que tú y yo/

FÁTIMA.— Para que tú y yo nos diéramos cuenta de que estábamos muertos.

RAFAEL.— Se ha tenido que parar el tiempo. Los relojes. Los perros se han colgado bocabajo, los ciervos han invadido las playas sobre un adagio de Samuel Barber para que tú y yo/

FÁTIMA.— Para que tú y yo/

RAFAEL.— Para que tú y yo buscásemos en el bosque un claro quemado por un incendio.

FÁTIMA.— Un hueco donde anide la esperanza. Un hueco donde escarbar, locos de impaciencia.

RAFAEL.— Un hueco donde crezca por fin todo lo que/

FÁTIMA.— Para darnos cuenta para darme cuenta de lo que sería una vida entera sin ti.

RAFAEL.— Ha tenido que llegar una pandemia mundial para que las viejas/

FÁTIMA.— ¿Otra vez vas a recordar esa historia? ¿No te irás a sentir culpable ahora?

RAFAEL.— Claro que no.

FÁTIMA.— Ya es tarde, vámonos. Nadie nos va a encontrar nunca.

RAFAEL.— Espera, quiero que me beses.

FÁTIMA.— ¿Ahora?

RAFAEL.— Ahora.

FÁTIMA.— ¿Aquí?

RAFAEL.— Aquí. En este sofá de polipiel.

FÁTIMA.— Y si alguien/

RAFAEL.— Nadie.

FÁTIMA.— Y si alguien/

RAFAEL.— Sabes que no. En los velatorios no permiten más que a dos. Y no, ningún trabajador va a venir a ver si nos han gustado las flores o si queremos una copa de champán.

FÁTIMA.— Ella.

RAFAEL.— ¿Ella?

FÁTIMA.— Ella está /

FÁTIMA.— Ella no está.

FÁTIMA.— Al otro lado de esa cortinilla verde tan fea.

RAFAEL.— Ven. Ponme la mano aquí, Macorina.

FÁTIMA y RAFAEL se desvisten precipitadamente mientras se besan, contra toda indicación de la OMS. RAFAEL se detiene repentinamente cuando su mano ya escala los muslos de FÁTIMA.

FÁTIMA.— ¿Qué pasa?

RAFAEL.— Tienes razón. No. Ella. Esto. Esto es macabro.

FÁTIMA.— ¿Macabro? ¿Te parece macabro hacer el amor aquí? ¿Sabes cuántos años he tenido que aguantar de *aquí no, ahora no*, de hoteles de carretera, de que se me clave el freno de mano en las costillas? Eso sí que es macabro.

RAFAEL.— Fátima, no empieces, ahora ya ha terminado todo.

FÁTIMA.— Me gusta más cuando me llamas Macorina.

RAFAEL.— Anoche soñé otra vez con las viejas.

FÁTIMA.— Otra vez vas a empezar con lo del

RAFAEL.— Sí, las viejas del banco. Las que dormían todas las noches en el cajero automático con sus sacos de dormir y sus perros pequeños y asquerosos. Estaban pálidas y feas.

FÁTIMA.— (*Mirando a la cortinilla*). Eso fue ya hace muchos años, Rafael.

RAFAEL.— Estaban todas juntas, de nuevo, las treinta, pero eran solo una. Treinta versiones del mismo cuerpo. El Presidente dice que todos somos un cuerpo. Venían, como todos los martes, con sus pancartas y sus gritos y sus miserias, a pedirme el dinero de aquellas participaciones bancarias que ellas firmaron, *porque quisieron*. Pero una tenía una pistola de su marido, que fue cazador, estaba enferma, pero no llevaba mascarilla, y se saltó el confinamiento, y, después de todos estos años y en plena cuarentena la dignidad creció entre el tiempo detenido, y pensó que se lo merecía, que se iba a dar el gusto de cargarse al hijoputa que la timó, que si total se iba a morir de un virus/ descubrió dónde estaba mi casa, tu casa. No teníamos escapatoria, estábamos aterrados como conejos. Y entró, y disparó. Fin de la historia.

FÁTIMA.— Rafael, ¿te vas a arrepentir ahora? El Presidente de España, Pedro Sánchez, lanzó un inspirado discurso a la nación el 4 de marzo, en el peor momento de la crisis, en que dijo que todos los españoles somos "un mismo cuerpo", entendiendo que compartíamos anatomía aquellos que teletrabajamos y los que tuvieron que faenar en los campos y en los hospitales sin mascarillas, los que perdieron el trabajo y los que no vieron rebajados sus sueldos, los que se quedaron en casa, en cortijo, en palacio o en dehesa, y los que no tuvieron casa donde quedarse ni hospital donde morir.

RAFAEL.— Y entonces todos los vecinos salieron al balcón a aplaudir. A aplaudir a aquella vieja que se había cargado a dos empleados de banca inútiles para el sistema, parásitos del sistema, verdadero virus del sistema.

FÁTIMA.— Los viejos son los verdaderos virus del sistema, Rafael. Pero ahora ya son menos. Una menos. Despidete, que nos vamos.

RAFAEL.— Adiós, mamá. Coño, Fátima.

FÁTIMA.— ¿Qué?

RAFAEL.— Se ha movido. Te juro/

FÁTIMA.— ¿Cómo se va a mover?

RAFAEL.— Te juro que se ha movido la cortinilla.

FÁTIMA.— Yo no veo que se mueva nada. Será una corriente.

RAFAEL.— Una corriente. ¿Qué corriente?

FÁTIMA.— No. No te asomes, Rafael. Vámonos ya.

RAFAEL.— ¿Dónde están mis pastillas?

FÁTIMA.— ¿Qué pastillas?

RAFAEL.— Los ansiolíticos. Estoy seguro de que los puse en el bolsillo de mi chaqueta antes de venir al tanatorio.

FÁTIMA.— No sé. Súbete la bragueta, anda.

RAFAEL.— ¿Has oído eso?

FÁTIMA.— Joder, es verdad.

RAFAEL.— ¿Qué?

FÁTIMA.— La cortinilla, se ha movido.

RAFAEL.— Te lo dije. ¡Joder, joder, joder!

FÁTIMA.— Tranquilo, hombre, habrá sido otra corriente. O un temblor.

RAFAEL.— Pero qué temblor ni qué ocho cuartos. Dame un cigarrillo.

FÁTIMA.— No tengo. Juraría que esta mañana me los he traído antes de salir para el tanatorio. No sé cómo he podido/

RAFAEL.— Esto es una pesadilla. Un sueño. Nos están escribiendo. Nos han metido en la habitación-velatorio 127. Tú, yo, mamá y la cortinilla. Solo dos familiares por difunto de coronavirus. Ni tu marido ni mi mujer. Nos quieren volver locos: el gobierno, los chinos, la CIA, el *Amazon Prime*. Protagonista uno: banquero infiel de cincuenta y tres que se forró hace años desplumando a treinta abuelas del barrio. Protagonista dos: calientapollas profesional, y amante del banquero pusilánime. Argumento: muere la madre de él, que es la suegra de ella, y la vida se abre como brasa en carne, la vida quema y urge y/ El resto de la humanidad está confinada pero ellos creen que han encontrado una veta en el túnel hacia la libertad.

FÁTIMA.— Rafael, te estás pasando.

RAFAEL.— Argumento: el mundo entero está encerrado y estos dos gilipollas creen ahora que son libres.

FÁTIMA.— Rafael.

RAFAEL.— El mundo entero está a oscuras y ellos ven/

FÁTIMA.— Rafael.

FÁTIMA.— Y ellos ven la luz.

RAFAEL.— El banquero idiota, que se siente un poco como un perro bocabajo y que nota su boca a punto de reventar como si mordiera petardos intuye que/

FÁTIMA.— Rafael, para ya.

RAFAEL.— Intuye que ya es demasiado tarde para todo, hasta para estallar.

FÁTIMA abofetea a RAFAEL, que parece calmarse.

FÁTIMA.— Voy a traer agua. Y pastillas.

RAFAEL.— No, espera, perdóname, no me dejes solo. Ponme la mano aquí.

FÁTIMA.— “Ponme la mano aquí, Macorina”. Nuestra canción. Ven, que te doy un masaje.

FÁTIMA tararea LA MACORINA, de Chavela Vargas.

RAFAEL.— Otra vez.

FÁTIMA.— Sí.

RAFAEL.— Lo has visto.

FÁTIMA.— Sí, sí. Se ha movido. No hay duda.

RAFAEL.— Trae el crucifijo.

FÁTIMA acerca el crucifijo a la cortinilla, RAFAEL se lo arrebata y embiste la cortina suavemente como un toro que humilla.

FÁTIMA.— Ya no se mueve. Desde luego, tu madre y su perrito, siempre espiando detrás de las cortinas. Ríete, hombre, es una broma, que tienes una cara de pasmol

RAFAEL.— Mira tú.

FÁTIMA.— No puedo mirar, pero si quieres palpo.

RAFAEL.— ¿Palpas? ¿Qué quieres decir “palpas”?

FÁTIMA.— Palpo.

RAFAEL.— ¿Palpas? ¿Qué palpas?

FÁTIMA.— Lo que sea, palpo.

RAFAEL.— ¿Palpas?

FÁTIMA.— Claro, palpo.

RAFAEL.— ¿Claro, palpas?

FÁTIMA.— ¡Deja de repetir, pareces un loco! ¿Qué quieres que haga?

RAFAEL.— ¿Qué quiero que hagas? Palpa. A través de la cortinilla. Palpa.

FÁTIMA.— Voy a palpar.

RAFAEL.— Suavemente... palpa.

FÁTIMA.— Toco un pie. ¿Qué número calza tu madre?

RAFAEL.— Un treinta y ocho.

FÁTIMA.— Sí, sí, esto debe ser un treinta y ocho más o menos. Qué zapatos más feos. Siempre tuvo muy mal gusto tu/ ¡Ahhh!

RAFAEL.— ¿Qué pasa?

FÁTIMA.— Nada, es que le he tocado la piel y me ha dado un escalofrío. Aún está caliente. Parece que duerme. Y encima/

RAFAEL.— ¿Encima, qué? ¿Qué tiene encima? ¿No será el *yorkshire*? Odio a ese *yorkshire*.

FÁTIMA.— No, el *yorkshire* se lo quedó tu mujer, por Dios, Rafael cómo va a ser/ Quiero que/

RAFAEL.— ¿Qué?, ¿qué? ¿Encima... qué?

FÁTIMA.— Nada, nada, encima...nada.

RAFAEL.— Has dicho: “encima”. ¿Qué tiene encima?

FÁTIMA.— ¡Nada! No tiene nada encima. Ni el *yorkshire* ni nada.

RAFAEL.— Entonces dónde.

FÁTIMA.— En ningún sitio, Rafael. Digo que *encima*...tiene la piel flácida y áspera en los antebrazos, como un murciélago.

RAFAEL.— ¿Un murciélago?

FÁTIMA.— Sí, un poco. Un poco murciélago. Tómate las pastillas, anda.

RAFAEL.— Bueno. Vámonos ya. No tenemos nada más que hacer aquí.

FÁTIMA.— ¿Has firmado el consentimiento? La señorita de la recepción dijo que/ ¿No lo has firmado?

RAFAEL.— ¿Qué?/

FÁTIMA.— La señorita de la recepción, la de los tacones altos.

RAFAEL.— No sé. Pensé que tú/

FÁTIMA.— No importa, vamos abajo.

RAFAEL.— ¿No has oído algo?

FÁTIMA.— ¿Algo, qué? ¿Tacones? La señorita de/

RAFAEL.— No. Como un ladrido.

FÁTIMA.— Un ladrido, ¿dónde? Yo no he oído nada. No. Sí, ahora sí, pero son tacones, ¿ves? Será la señorita de/ El consentimiento. Lo firmas tú, Rafael, lo firmas ya y nos vamos.

Mientras, en el pasillo.

BANQUERO.— Mi más sincero pésame. La verdad, no sé cómo ha podido ser; ayer mismo estuve hablando con su marido, Rafael, por el tema de los ERTES. Y también hablé con Fátima, que me pasó la llamada. Qué pena.

VERA.— Lo peor es que Rafa no se pudo despedir de su madre. Estaban muy unidos. La pobre no sabe aún que su hijo ha muerto. Tiene 102 años.

BANQUERO.— El confinamiento vuelve loca a la gente. Y aquella señora trastornada no tenía por qué tener un rifle de cazar conejos en su casa. Ha sido una tragedia, una horrible/ Le juro que siento su pérdida como si fuera mía. La entidad se hace cargo de todo, lo del seguro, el sepelio. El sepelio de los dos, eh. Usted solo tiene que firmar el consentimiento.

VERA.— Estaba, estaban tan llenos de vida/ Lo he acariciado. He acariciado a Rafa a través de la cortinilla verde esa, tan fea. Lo he acariciado y he creído notar que él también me acariciaba muy suavemente, como acaricia una mujer. Me ha puesto la mano aquí, en el antebrazo, como solía hacer cuando paseábamos por la Rambla. Mi antebrazo ya no es lo que era, claro, ni mi cara es lo que era. La piel está ahora flácida, como la de un murciélago. Yo era guapa, era una mujer bella, ¿sabe? De las que la gente se vuelve a mirar por la calle. No solo los hombres, ¿sabe? También las mujeres. Pero resulta que el encierro me dejó así, como usted me ve ahora, una flor seca entre las páginas de un libro. No, no me interrumpa. No me refiero a este encierro. Me refiero al encierro de antes, al matrimonio, por supuesto, a qué si no. El encierro de ahora, el virus, ha sido para mí una liberación, no me mire así/ Por fin estoy sola conmigo misma. Apenas llevo 48 horas conmigo misma y sabe qué, nunca lo adivinaré. He tenido la gran revelación de mi vida: Me gusto. Es como si me acabara de enamorar. Me gusto. Y a ella también le gusto. Estamos solas con el paisaje, como en un cuadro de Hoper, absortas en el paisaje, como las mujeres de Hoper, dentro del paisaje, como

esas damas americanas elegantes y distraídas nacidas en una pequeña y bonita ciudad a orillas del río Hudson, la ciudad de Hoper. ¿Entiende lo que le digo?

La PERRA protesta.

Sí, cariño, enseguida nos vamos.

BANQUERO.— Pero, claro cómo no! Por supuesto que! El río Hudson, sí! Es usted una viuda muy elegante, sí, señor. Y muy culta. Y perdóneme pero tengo que!

El BANQUERO hace ademán de marcharse.

VERA.— Muchas gracias, don Javier. Son ustedes, la entidad, muy amables.

BANQUERO.— Qué menos, señora. Qué menos. Cuídese, por favor. Y dele un abrazo de mi parte al marido de Fátima. Y a la madre de Rafa.

El BANQUERO se enfunda la mascarilla e intenta marcharse de nuevo.)

VERA.— Sí, mi suegra es una anciana adorable. Esta es su perrita, ¿sabe? Yo se la estoy cuidando durante el confinamiento. Se llama Macorina, el animalito es tremendamente inteligente. Solo ella sabe lo unidos y lo llenos de esperanzas que estaban Rafael y Fátima, Fátima y Rafael. Qué vida cruel, ¿no cree? Sí, muy cruel, ya se lo digo yo. Ellos están ahora en lo oscuro de la noche y aquí, sin embargo, esta luz inflama todas las grietas, los vitrales. ¿Usted cree que nos merecemos tanta belleza? Parece! se diría! es como! un fogonazo de eternidad. ¿No cree?

(A la perrita.—) Ponme la mano aquí, Macorina.

Suena LA MACORINA de Chavela Vargas.

•
España-2020
•

UN HOPER TAN QUIETO

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del
"Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento",
el 12 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN

Armando Álvarez

INTERPRETES

Fátima: Marisa Román

Rafael: Basilio Álvarez

Vera: Angelica Arteaga

Banquero: Augusto Nitti



PANDEMIA

Nadia Rosero

Personajes:

MARIANA. Estudiante universitaria, 28 años de edad.

ABEL. Hombre, 35 años de edad. Imagen pregrabada en video.

PANDÉMICA. Mujer soldado, 70 años de edad.

CAUTIVERIO. Voz reprimida de un cuerpo en cautiverio.

NARRADOR.— PANDEMIA es un texto que entabla un acto fallido, un diálogo inconcluso con el pasado y el presente actual, con la realidad momentánea, pero que pertenece a ese tiempo, en donde se ha desestructurado el orden completo de todas las cosas de una manera inesperada.

En ese espacio de cautiverio del cuerpo, suscitado por el actual estado latente de encierro durante el período de cuarentena, el cuerpo femenino desnudo, pero no necesariamente de ropa, sino de alma, divaga por diferentes espacios de un departamento casi vacío, se estremece en medio de los corredores, pierde contacto con la realidad, o mejor dicho, lo que entiende como *“lo real”* se ha transformado en un universo ficcional o una realidad absurda, pusilánime y muy agresiva.

Los tiempos cambiaron en ese devenir en complejidad de las almas durante “la conocida pausa”, ese apagón humano, donde los hombres y las mujeres deben refugiarse en los subterfugios de sus hogares. Pasan las semanas, una le sobreviene a la otra y el cuerpo transita en un estado de pérdida de identidad. Nadie puede salir de ese estado de alarma aletargado y prorrogado del decretado en España, desde el 14 marzo al 21 de junio del 2020. El escenario se ilumina y se avizoran fragmentos de los diferentes espacios del departamento de MARIANA. Aparecen fragmentos de una cocina, fragmentos de un comedor, fragmentos de una sala, fragmentos de una puerta, fragmentos de un baño, fragmentos de un mueble, fragmentos de azulejos de diferentes tamaños. Todo aquello en mal estado y se entrecruza la perspectiva de los objetos colgados desdibujando líneas rectas; al contrario, los objetos aparecen colgados en ángulo de 30 grados.

Y las luces se encienden cada vez que MARIANA transita por uno de los espacios. En el centro del escenario hay una pantalla grande, donde se proyecta una imagen visual pregrabada de ABEL. Él realiza una secuencia de varios movimientos físicos, sin un orden lógico, que representan su incomodidad y asfixia. Él está en calzoncillos y gira metido dentro de esta caja blanca; apenas puede ejecutar los movimientos en libertad. Él mueve sus manos, sus pies, en sincronía, en un cruce de ahogos entrecortados y difíciles. Los días suceden en una claustrofobia brutal. El video de la pantalla se proyecta en simultaneidad con la presencia de MARIANA dentro de los diversos fragmentos. MARIANA, una chica de 28 años, transita dentro del departamento, a veces se queda colgada del fragmento de una silla, otras veces pensativa enmarcada en el fragmento de una ventana, otras, colgada del fragmento de la cocina. Ella articula palabras entrecortadas, voces ausentes. A veces solo vibran ciertos estados de su cuerpo conectados con lo real, a veces solo quiere burbujear *listerine* en su garganta. Por momentos, se dirige al refrigerador, realiza una pausa ligera e introduce su cabeza en el interior a la espera de percibir el frío helado recorriendo su cuerpo, luego transita ese estado de metamorfosis, como si su espíritu inquieto estuviera atado por las circunstancias lacerantes de una realidad inexplicable, que forma parte de su vida. Y de cerca la afectan esas sensaciones, percepciones de los acontecimientos en esa búsqueda de conexiones azarosas y simultáneas entre el pasado y el presente, vivenciando esa experiencia en estado de shock psicológico mientras divaga por los fragmentos de su espacio actual. PANDÉMICA es la voz de un estado represivo, una mujer mayor, pálida, de 70 años, vestida de negro, uniformada, con un parlante en la mano. Su presencia intimida. Su voz se escucha amplificadas por el sonido estereofónico de un micrófono conectado a su parlante móvil. Ella está parada al lado derecho del escenario, incólume como sargento, con sus manos entrecruzadas en su espalda y camina en la línea recta dibujada en el piso, camina, gira y vuelve a empezar el trayecto. Y CAUTIVERIO deviene la voz de ABEL enclaustrado y a su vez es el reflejo de la voz debilitada de MARIANA durante el estado de encierro. CAUTIVERIO es una mujer de cabello largo, vestida con un traje sastre blanco y corbata, como si fuera un ángel y se ubica al lado izquierdo de la pantalla de proyección. Ella está sentada en una banca alargada de madera.

Una luz cenital se enciende sobre cautiverio.

CAUTIVERIO.— (*Al micrófono.*) Entre los silencios sinuosos de las almas, los látigos aprisionan nuestros cuerpos en cajitas de cartón. Me siento presa, herida, con ganas de lanzar ese grito humanizado y abandonar este estado aletargado de infinita soledad. Mi cuerpo vive en cautiverio. Eso significa, una parte de mí se pierde. El no poder decidir cuándo se sale, cuándo se camina, cuándo se habla con otro cuerpo. ¿Cuándo un cuerpo puede hermanarse en pluralidad?, ¿es factible enarbolarse en el eco de la pluralidad humana?

En este círculo repetitivo del cautiverio, una se desvirtúa, pierde la conexión horaria, la relación entre el espacio y tiempo en relación con el presente. Por ejemplo, ¿es de día o de noche? No lo sé. ¿Es lunes o viernes? Y siguen pasando los días, un conteo imparables, y la repetición cíclica de los acontecimientos. Me levanto, voy

al baño, regreso al *living*, luego voy a la cocina. Transito por la habitación, luego por el corredor... Y las huellas de los días van desapareciendo y por eso tiene tanto sentido vivir en colectividad... Te levantas, y no puedes salir, o puedes salir y movilizarte a tan solo una cuadra de tu casa, unos pasitos desaforados. Salen solo los que tienen mascotas, ellos son los únicos que pueden dar una vuelta a la manzana. Puedes ir al supermercado o a la farmacia. Todo está cerrado. Todo está completamente cerrado. Cayeron las *lanfords* de los negocios. Los vecinos huyeron pronto. Se defendieron con una armadura de hierro frente a un virus invisible y mortal, que arrasó como un tifón y arrebató la vida de las personas, así de lleno... Limitados de movimiento, ¿y qué esperabas en este estado? El cuerpo reduce su pensamiento al estar alejado de la interacción grupal, una forma represiva de efectos colaterales parecida al estado vivenciado por un prisionero, cercana a esa soledad... Una mujer presa, una mujer aprisionada en sí misma, donde lentamente, la repetición de acontecimientos le matan al pasar de un día a otro con tanta parquedad, la falta de contacto, la lejanía del vínculo familiar que le sostiene. Un prisionero tiene un horario para levantarse, salir de su celda a comer, a hacer la tarea designada, y regresar sin perderse de su metro cuadrado reiterativo, y ya cansado por la sinuosidad, la repetición de días, decide enloquecer, es decir, se desapega de su cordura para recaer en un estado alterado de interioridad, la falta de contacto genera una pérdida progresiva de identidad, no se reconoce a sí mismo, ni a su entorno.

CAUTIVERIO se queda congelado como si fuera a su vez el tránsito del tiempo, y ABEL solo realiza movimientos en círculo dentro de la caja blanca con suma dificultad.

La luz cenital se enciende sobre MARIANA, que aparece en el fragmento de su habitación.

MARIANA.— ¿Sabes?, no tiene sentido, ¿o quizás sí? Nunca imaginamos que algo así pudiera pasarnos. Entre el ayer, el presente y el futuro existe esa conexión extraña de sucesos, una realidad extraña se ha puesto en nuestra cara sin previo aviso. Vino a desnudarnos por completo, a desnudar nuestra más profunda fragilidad y abofetearnos cuantas veces sea necesario para dibujar la crueldad de la vida en profundo marasmo silencioso. Y una vez más se vienen estos desvarios pandémicos. ¿A confirmarnos qué? (*Larga pausa.*) Somos minúsculos respecto del universo... (*Ella se coloca torcida junto a su cama chueca, que cuelga del aire*) De la célebre marcha del 8 de marzo, un claro homenaje a las mujeres, espacio de profunda sororidad, y contención femenina, la voz de un reclamo conjunto se escucha en las calles... Y de repente, ponerse a la intemperie respecto a una realidad que nos ha trasgredido con suma violencia. (*El cuerpo de Abel se contorsiona varias veces imitando posiciones fetales dentro de la caja blanca.*) ¿Ahogarse o atorarse?, ¿atragantarse de palabras frente al miedo, mientras afrontamos esta realidad desgarradora? Y les digo: ¿desgarradora?, desgarradora cuando nuestras palpitaciones se engeuecen con latidos de violencia.

Se apaga la luz que ilumina a MARIANA y luego se enciende una cenital azulada y fría sobre PANDÉMICA.

PANDÉMICA camina en el escenario provista de un látigo castigador, similar a una plaga; parece absorber y cobrar vida absorbiendo las almas de las otras personas. Se escucha el sonido de su latigazo continuo, y el de sus jinetes apocalípticos, una energía decadente, sombría,

que ha perdido humanidad. Su rostro está pálido, pintado de blanco y sus labios de oscuro negro, sus ojos marcados de sombras grises, sus dientes podridos. Huele a la miseria humana, a frialdad, a maldad, a decadencia, a indiferencia, y a desamor. Su camino es oscuro. Se escucha un viento, que chifla tenebrosamente.

PANDÉMICA.— *(Al micrófono.)* Eso quería ver, que se arrastraran y suplicaran, pidieran piedad, sintieran dolor; que las ciudades se vuelvan grises, tristes, oscuras. Ahí es donde habito, en las profundidades. Me regocijo en el dolor ajeno, en el llanto, en el sufrimiento, y en el vacío de los demás... *(Con furia abre la boca y absorbe el aire de la humanidad.)* Huyan despavoridos a sus casas.

Se enciende nuevamente la luz cenital sobre MARIANA.

MARIANA.— Desconocemos este virus y su patología, este virus que, provisto de una metralleta silenciosa, ha decidido atacar a nuestro cuerpo humano. *(Se vuelve a mover y trata de acomodar su cama chueca dentro de esa realidad distorsionada, realiza pequeños movimientos limpiando los microorganismos desparramados por el aire. Mete el estómago, aguanta la respiración, tose, y otra vez vuelve a toser.)* Dejando a los cuerpos agudizados de fragilidad y sin aire, sin eso indispensable y básico: el poder respirar aire puro de la vida, el absorber el fuego mágico de aire, el que habita en cada respiración. En cada hálito respiramos nuestro infranqueable fuego de la vida, encendemos nuestra llama interior, la más sinuosa, la chispa de la vida, la que nos enciende al despertar y nos permite mirar y conectar con el mundo alrededor...

MARIANA no puede dormir, está en un estado de alerta continuo para enfrentar esa energía insana. Ella palidece, pero está siempre protegida por la radiante luz del amor, luego se dirige a la cocina y queda petrificada sobre los fragmentos de azulejos de la misma. Siente un ligero escalofrío en el cuerpo, siente miedo. Mientras rechinan las puertas se siente la presencia de una energía extraña un frío extraño rondando el lugar.

La luz cenital se enciende sobre MARIANA, que aparece en el fragmento de su cocina.

¿Qué pasa? No puedo parar de escuchar las noticias y cada vez son peores. Ya no las quiero escuchar, no quiero saber nada de este coronavirus. ¡Maldita sea! El mundo puede funcionar de otra manera, nos hace repensarlo, lo que de alguna forma no funcionaba bien hace tiempo, ahora aún menos. Me lo ha dicho ese leve susurro que resopla bajo mi oreja y exige un poco más de coherencia... Cuando no haya desigualdades, cuando dejemos de hacernos daño los unos a los otros, otra sería la modalidad de un mejor mundo posible, uno más amigable donde quepamos todos y digo todos... Los únicos libres durante la pandemia fueron los animales, y eso no es una novedad, siempre lo han sido, pero ahora bajaron de esos territorios agrestes para caminar por las calles baldías pavimentadas de las ciudades desérticas. *(Reflexiona un poco.)* Por un lado, la gente ya no podía moverse de una manera desaforada, tuvo que realizar una pausa y pensar en las personas que construyen su entorno, sus seres cercanos, los lazos invisibles de sus afectos, ¿cómo son los afectos dentro de una comunidad?

Y los abrazos quedaban estallados frente a la censura del miedo a un contagio. (*De mal genio.*) Habrase visto, ¿alguien imaginó alguna vez que estaríamos impedidos de volvernos a abrazar por el miedo al contagio de esos bichitos invisibles?, ese virus provisto de una corona alambrada y prominentes púas, un misil invisible que se dirige al cuerpo y agrede los pulmones. El virus se come las células, las deglute y enferma el cuerpo de la persona. (*Medita por momentos, se queda en pausa alargada.*)

Todos vamos a envejecer. La generación que nos antecede pasó previamente por ese trayecto, esa es la sabiduría de la vida, esa que habitamos en las diferentes edades transitadas. Las grietas se dibujan en nuestra piel... Y, no es (*Comenta irónica.*) "¡uy, qué pena, se van los ancianos!", sino que se trata de nuestros árboles progenitores, nuestros troncos primordiales, los que sostienen ese árbol generacional de las familias, los lazos cálidos de la descendencia, a veces más amorosos, de sumo cuidado y en otros casos abyectos, abandono implacable, pero en definitiva no se va cualquier persona sino los abuelos con palabras de despedida en la frialdad de dispositivos tecnológicos, ¡Lo más absurdo de este tiempo! La soledad ahondada en los recovecos más profundos de los espíritus, en las cabelleras blancas, de aquellos a quienes les cuesta caminar. Un paso refleja el doble de esfuerzo, darlo cuesta el triple, el combatir cuerpo a cuerpo a la resistencia de la vida, el resistir con el cuerpo, mirarse a los ojos, contemplar las pupilas en un tránsito de vida vivida; y que de a poco la frágil memoria destalla sobredosis de olvidos. ¿Puede ser que haya sucedido? ¿Cuántos abuelos viven en residencias de ancianos? Me pregunto si no hemos sentido algo parecido durante la cuarentena, prisioneros en un lugar, sin socializar con el mundo. Ese cautiverio de ancianos está cobijado por las enfermeras. Un cuerpo envejecido es considerado casi inútil en una sociedad contemporánea y neoliberal; es desechable, no puede valer por sí mismo... Debe ser una especie de manicomio, durísimo para cada abuela o abuelo el ser abandonado de diferentes maneras y por su propia familia, pasar a ser tutelado por otras personas y tener menos contactos familiares, solo entre residentes se conocen... Un trato supeditado a la capacidad económica, la diferencia entre una residencia pública o una privada. La vida es extraña a pesar nuestro... Se definen con certeza esos espacios desconocidos; los que revelan una efímera estancia, un tiempo-espacio, pero cuando viene una pandemia de esta magnitud, pone a prueba lo más sagrado: la familia y nuestros antecesores, los que nos han cobijado con amor, y en esta calamidad han quedado en indefensión, o en una ausencia de los controles médicos.

Se enciende la luz sobre CAUTIVERIO mientras ABEL aparece en el marco de una ventana como si fuera un pájaro enjaulado en la proyección de video.

CATUVERIO.— (*Al micrófono.*) ABEL se queda petrificado en la ventana de su casa, semidesnudo, y comienza a sentir su garganta atragantarse, el dolor de sus lágrimas suben desde su estómago, le traspasan el pecho y se escuchan sus difuso espasmos, hasta llegar a su garganta, apenas traga la saliva, se contrae su rostro, todo su interior se contrae, su cuerpo tiembla y siente el cercano dolor que le ha atravesado los ojos, apenas aprieta los labios por esa angustia, por eso que se devela cuando se contraen los ojos y caen las lágrimas, la presencia de la angustia es lacerante y las lágrimas caen como gotas ligeras, estallan de su cuerpo. ¿Por qué pasa esto? No lo entiendo. Es una especie

de castigo. (*Señala la proyección de video y describe los que le pasa a ABEL.*) El cuerpo de Abel se precipita en ligeros temblores casi incontables, se contrae y distiende varias veces y sus manos temblorosas se aferran al marco de la ventana con impotencia, miedo, pero a la vez sujetándose con fuerza. Su rostro casi petrificado en el marco de la ventana, sus lágrimas se vuelven hermosas gotas de rocío que caen, y lavan la textura de sus pupilas, las lágrimas forman un charquito de agua y el miedo pasa como una ráfaga. (*El olor de su orina amarilla de ABEL se entremezcla con sus temblores y el rocío caliente de sus lágrimas cae lentamente sobre el charquito de agua. Y CAUTIVERIO percibe su olor fuera de la pantalla.*) ¡Quee esto acabe! No nos merecemos tanto y dolor y angustia. (*ABEL logra salir del marco de la puerta y camina semi desnudo con los pies descalzos afuera de la fachada de la casa escapando un poco de esta historia un tanto siniestra.*)

La luz cenital se enciende sobre MARIANA que aparece en el fragmento de un mueble desvencijado.

MARIANA.— Y atravesar la circularidad de los estados, la pandemia ha diseccionado nuestros estados emocionales, los que salen a flote, diseccionado por dentro para conocernos con mayor profundidad, y por ejemplo saber qué siente una persona privada de libertad. Una persona presa privada de su espacio habitual, a quien se le desprende de sus relaciones vinculares y entorno social... ¿Qué implica el encierro? Será, tal vez, una situación frontal que pone a prueba las capacidades humanas. ¿Qué trae el desarraigo? El desplazamiento sistémico a un espacio reducido... ¿Qué desvarío es ese?, o una suave melodía carcomida por silencios o miedos... Los fantasmas se han levantado de ese lado oscuro, ¿imaginaste alguna vez que tendríamos que caminar en la calle con una mascarilla que cubre la cuarta parte de un rostro? Percibimos un rostro incompleto de ser en mediana censura, el rostro refleja la edad, el espíritu... Por acá, las personas no se miran frontalmente. Hay barreras, siempre las hubo, y eso se percibe directamente cuando acudimos enmascarados por el mismo pasillo del supermercado, cuerpos en lejanía, intentando descruzarse de la cercanía, cubiertos de mascarillas blancas, celestes, negras o con botones de expulsión parecidos a las tapitas de botellas de gaseosa. (*Increpa, al público.*) ¿Han visto esas líneas dibujadas en el piso de color amarillo?, esas para respetar la distancia reguladas del metro de distancia prudente, ese metro del miedo desenfrenado al contagio, ese metro de la disyuntiva frente a la proximidad del peligro...Y esperamos en las colas del supermercado con nuestra propia bolsa de compras; por suerte, ya sin guantes para abastecernos de lo básico, lo primordial, los productos de primera necesidad, los del diario vivir: los vegetales, las frutas, las carnes para sustentar el día. El alcohol explotó en precios y evidentemente no me refiero al alcohol bebida, sino a las botellitas de alcohol en botes plásticos, que casi nadie compraba y desaparecieron de las perchas de una manera bárbara. Fue lo primero que se acabó, sinónimo de "sálvese el que pueda", y más aún, si requieres alcohol para desinfectar tu casa, los insumos sanitarios reventaron en precios, cuando más álgida estuvo la pandemia. No había mascarillas, sino prototipos caseros... A mí, me tocó inventarme uno, entre un pañuelo o una toalla higiénica femenina con alas, me funcionó la segunda. O hacer una improvisada sobre plástico sujetado por hilos. En varios países del mundo se inventaban sencillos prototipos a bajo coste, máscaras

plásticas con centímetros separadas del rostro, y sostenidos desde la frente, como las que utilizan los cerrajeros, unos prototipos más seguros, si quieres. (*Muestra al público el prototipo armado y se lo pone sobre la frente.*) En otros lugares más calurosos, las mujeres se ponían hojas de palo de agua, o de la corteza de coco cortada por la mitad agarrada de un hilo... Algunas amas de casa se sujetaron a sus máquinas de coser para producir prototipos en telas de colores, incluso publicaron manuales explicativos para estructurar un patrón general que compartieron con sus seguidores por youtube. (*Imita a una de estas señoras y explica al público.*) Se agarra la regla, medimos ocho centímetros de altura y quince centímetros de largo, cortamos en forma de rombo o en cuadrado invertido, dejando las líneas delgadas sostenidas desde los bordes de la tela. (*Muestra el retazo de tela al público.*) Estamos provistos de sólidos pedazos de tela y en el medio podemos colocar un relleno de algodón y coser las tiras. Usted puede hacerlo fácilmente en casa. No es difícil, ¿sabe? Debes armarte de paciencia y vas a ver cómo se entretejen las formas multicolores (*Muestra hacia al frente.*) Tenemos telas con dibujos de tigres y en colores amarillos, rosas, turquesas, diferentes gamas, para que el pasar de la pandemia sea más agradable, hay telas texturizadas, recuerdan al Hombre Araña o Superman, cualquier textura da la ilusión de seres poderosos, dan a entender que se requiere de heroicidad para tiempos pandémicos; o al menos requerimos sentirnos apoyados, dándonos fuerzas para aceptar esta realidad tan siniestra, si quieren, en donde los seres humanos estamos separarnos el uno del otro por una distancia prudente... (*Señala al público.*) ¿Ha visto? Usted se sube al metro, camina, percibe un enorme silencio, el metro pasa al frente en el otro andén, parece que nadie existe. El inicio de la desescalada fue así, el silencio era extraño, aterrizaba... Las personas bajaban con esas máscaras cubriendo sus rostros, hombres de diferentes edades y alturas, madres con sus hijos, los chiquitines también con pequeñas mascarillas. Parecíamos fantasmas caminando en aletargado silencio. (*Se escucha el sonido de un metro lejano sobre los rieles del tren.*) Diversos perfiles con elásticos agarrados de las orejas y esas mascarillas que cubren sus rostros de perfil, las personas ingresaban al metro, la parada cambiaba, se abría la puerta y ellos caminaban por esos pasillos entrecruzados, pasaban el control metálico y divisaban al fondo la puerta de salida, subían los escalones y habitaban la superficie. La ciudad agitada por esta pandemia mundial, azotada por el miedo, la incertidumbre y la angustia... La vida continúa y se estima que las cosas no serán igual que antes. Alguien imaginó en el más recóndito lugar del mundo la posibilidad de vivenciar una historia de esta magnitud, tan contradictoria, tan lacerante, tan hiriente, donde el ser pierde terreno, se sumerge en un abismo de fragilidad, y continúa en los subterfugios, producto de la intranquilidad con la impotencia atrapada en la mano, eso exige una resolución coherente y posible... Víctimas de ese microbio invisible, que nos ataca miserablemente. Y solo pedimos piedad a las personas víctimas de la enfermedad... Pero, ¿qué pasó? Aquí pasaron tantas cosas, a la vez parecería que nada ha pasado, un enorme silencio colectivo se ha posado en la ciudad, mientras la ausencia se sumerge en ese embriagador licor para soportar el dolor. ¿Es acaso soportable ese dolor?... Subes las escaleras del metro, evitando tocar cualquier superficie de metal. Los asientos están etiquetados con signos rojos para que guardes un asiento vacío de alejamiento entre personas. En cierta medida andábamos distanciados, pero ahora la distancia marcada es aún más evidente; al ingresar al metro, te encuentras con un puesto vacío de entre

medio, ahora no hay amontonamientos, ahora hay más silencios, muy poca gente, debemos usar mascarilla dentro de los vagones del metro. ¡Diablos! Necesito un poco de oxígeno, necesito respirar, me ahogo detrás de esta mascarilla, pero ¿sabe qué es lo que pasa? La mayoría entramos en pánico cuando la gente empieza a toser, tose uno, y más a lo lejos en el siguiente vagón alguien estornuda. La cultura en Madrid es un poco distinta, la gente se mira de reojo, pero es real, hay mucha gente tosiendo o estornuando viajando en metro y caminando por las calles. Al parecer, el virus sigue flotando, sigue habitando en los cuerpos de los seres humanos, metido en la tráquea, haciendo ruido cerca de los pulmones o de presencia asintomática en otros cuerpos. ¡Válgame Dios!, ¿alguien sabe qué es lo que pasa realmente? (*Se responde a sí misma.*) No. De a poco, volvemos a la llamada normalidad, ya se escuchan las voces de las personas en las calles, las diferencias sonoras, los murmullos de conversaciones y risas mientras se toman una caña para alivianar la situación del trauma...

ABEL regresa nuevamente al encierro de la caja blanca y desde allí se queda un tanto inmóvil, realiza leves movimientos girando de un lado a otro, en un estado tal vez menos triste, se escucha su respiración y el latido de su corazón muy fuertemente.

MARIANA aparece en el fragmento de una puerta.

Me quedo arremetida, fragmentada, con deseos de estructurar cada pedazo roto de mi interioridad. La situación ha sido fuerte, mis partes deben soldarse sabiendo afrontar nuestras fragilidades, nuestras impotencias, nuestros desencuentros, nuestras fortalezas, nuestra heroicidad y también nuestras caídas, nuestros reapareceres. El virus provocó el silencio de las ciudades, el silencio de los comercios, incluso los árboles estuvieron en cuarentena. Transitar o caminar en un parque estuvo prohibido, las bancas del parque estaban rodeadas de cintas amarillas y solo se podía contemplar lo natural a la lejanía, nuestra naturaleza no es concreta, nuestra naturaleza está cerca del mundo natural: habitar con los árboles, respirar el aire puro, reflexionar sobre la estructura que limita al ser humano, el contacto con el mundo natural, su estado natural o la armonía, un movimiento. Un entorno natural se hacía necesario, por la angustia de estar sometido a un solo espacio; por eso la gente salió corriendo a caminar o pasear en bicicleta, para recuperar el derecho básico del tránsito en normalidad, sea en la calle, un parque o una avenida... En esos tiempos, hasta la visita al vecino estaba prohibida, un estado de cuarentena y censura, un estado inhibido de la libertad, nuestro derecho.

PANDEMIA se encorva aún más, se debilita, recoge su abrigo negro, se pone de espaldas y sale del mundo. ABEL abandona la pantalla de video, regresa a la realidad tangible y se sienta en la banca de madera junto a CAUTIVERIO, los dos contemplan el cambio de estación hacia la Esperanza de los nuevos tiempos. Lluve intensamente ese día, y dejan que la lluvia lave sus malos recuerdos. Al transcurrir de los días, mientras los fragmentos de los espacios del departamento de MARIANA comienzan a recibir un poco más de luz, retoman su posición horizontal, ella mira emocionada los espacios iluminados y sale del departamento.

MARIANA.— (*Emocionada.*) ¡Ya podemos salir normalmente!

La gente poco a poco ha salido a las calles con sus mascarillas y la movilidad se ha habilitado mientras el sol irradia como nunca sobre la ciudad de Madrid.

*

España/Ecuador-2020

*

PANDEMIA

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del
"Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento",
el 12 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN

Glenda Medina

INTERPRETES

Mariana: Giannina Pavone

Cautiverio: Claudia Rojas

Pandémica: Nerea Fernández

Abel: Pablo Peña



CROQUETAS

Gerard Vilardaga Cunill

SEÑORA vestida con EPI sentada en mitad del escenario hojeando revista del corazón, en la portada foto de Felipe VI. En frente suyo hay un diván. Lllaman al timbre. Luz cenital roja.

SEÑORA.— Adelante, la puerta está abierta.

Entra en escena una gran bola roja espinada con patas, lleva el móvil en la mano y se muestra ajetreada.

COSA.— Buenas tardes. ¿Se puede?

SEÑORA.— Buenas tardes. Pase, pase. Tome asiento, póngase cómodo en el diván. Sin reparos, ni vergüenzas. Por favor.

La SEÑORA se levanta y le muestra con la palma de la mano el diván y la COSA toma asiento con cierta timidez.

Túmbese, estará más a gusto y trabajaremos mejor. ¿Le costó encontrar la consulta?

COSA.— No, no, con la ubicación del móvil ningún problema. (*Señala el teléfono y lo silencio.*) Cogí la línea azul y bajé en Verdaguer. Son 10 minutos, muy céntrico. Gracias, la verdad es que no estoy acostumbrado. Es mi primera vez. (*Afirma retraído con la mirada cabizbaja.*)

SEÑORA.— No se preocupe, siempre hay una primera vez para todo. (*Le da una palmadita en la espalda en tono amistoso.*) ¿Me recuerda su nombre si es tan amable?

COSA.— Covid-19.

SEÑORA.— Tiene usted nombre de robot.

COSA.— De virus, señora, de virus. Si lo prefiere puede llamarme Covi. Es así como más informal.

SEÑORA.— Anda, Covi ¿Como el perro?

COSA.— ¿Qué perro, señora?

SEÑORA.— El perro del Mariscal, el de las olimpiadas. ¿No se acuerda? (*Empieza a*

cantar.) "Cobi, la mascota más genial, viu prop del mar a Barcelona..." Es catalán, ¿Lo entiende el catalán? Es un idioma muy bonito.

COSA.— ¿Cómo dice?

SEÑORA.— Nada, nada, ya veo que no lo conoce. Una pena, la canción tiene poderío. ¿Qué es lo que le trae por aquí, señor Covi?

COSA.— No lo tengo claro, últimamente estoy desubicado, triste, casi apático. Me levanto para ir a trabajar sin ninguna motivación, por inercia. Vivo hastiado.

SEÑORA.— ¿A qué se dedica?

COSA.— Mato.

SEÑORA.— ¿Mata mucho?

COSA.— Lo que puedo, señora, cada vez menos, la verdad.

SEÑORA.— ¿Por qué mata?

COSA.— ¿Cómo que por qué mato? Porque es mi trabajo, señora.

SEÑORA.— ¿Es policía?

COSA.— ¡Un respeto! Faltaría más, habrase visto, no he venido aquí para que se rían en mi cara y ¡además pagando! (*Se incorpora del diván y simula marcharse.*)

SEÑORA.— Por favor, señor Covi, cálmese. Nos estamos conociendo, ni se imagina la de personajes extraños que acuden a la consulta, una debe protegerse. (*Le pasa el brazo por la espalda y le invita a sentarse de nuevo.*)

COSA.— Policía, policía... (*Repite con desdén.*). Me cago en todo. Yo no mato por placer, señora, no soy un sádico, ni un mercenario. Mato por imperativo vírico. Aunque, debo reconocer que últimamente ni eso. Me falta motivación, incluso puede quitarse el traje, llevo unos días inocuo, inofensivo. Agoté el poco ímpetu que me quedaba. Estoy agotado, hecho trizas.

SEÑORA.— Se lo agradezco, sinceramente trabajar con estos vestidos es un engorro. (*Se destapa la cabeza y se suelta la melena de forma exagerada.*)

COSA.— No se preocupe, si veo que me animo, aviso antes y se abriga. Pero lo dudo, creo que de esta no salgo.

SEÑORA.— ¿Le importa? (*Saca una cajetilla de tabaco y le ofrece un cigarrillo a la COSA. Prende fuego a su cigarrillo y al de la COSA*) ¿Qué le preocupa?

COSA.— Se lo he dicho, que no cumplo, no rindo. Estoy estéril, no me reproduzco. Cada vez somos menos. Incluso he llegado a pensar en el ... (*Rompe a llorar.*)

SEÑORA.— ¿En el suicidio?

COSA.— Sí, para mí el trabajo lo ha sido todo. He dedicado mi vida entera al contagio. Es mi razón de ser. Y ahora miro hacia atrás y solo veo un reguero absurdo de cadáveres. Polvo marchitado. No le veo lógica y no sé si debo seguir. Quizás debería cambiar.

SEÑORA.— ¿Cambiar?, ¿qué desearía cambiar?

COSA.— No lo sé, por eso he venido. (*Pausa.*) ¿Viajar? No me refiero a un viaje físico, me agota la superficialidad del turista. Pero anhelo expandir horizontes. Abrir la mente, aparcir el trabajo y el trajín constante, conocer gente. Conocerme. Dejarme pasear por la incertidumbre, sin prisas ni agobios. En definitiva, vivir. Eso o tener hijos. Joder, no tengo ni idea. (*Rompe a llorar de nuevo.*) Mierda, necesito llenar este vacío que anida en mí. ¿Es que no lo entiende? ¡Diga algo! ¡Diga algo!

SEÑORA.— ¿Dónde ubicaría el vacío del que me habla?

COSA.— Aquí, aquí, aquí... (Se da golpes en distintas parte del cuerpo: el pecho, en el estómago, en la cabeza...)

SEÑORA.— ¿Aquí? (Le palpa a la altura del estómago con suavidad.)

COSA.— Sí, aquí creo.

SEÑORA.— ¿Ha almorzado?

COSA.— No, no me he acordado. ¿Por qué?

SEÑORA.— Está usted en los huesos, lo que tiene es hambre.

COSA.— Por Dios, ¿es usted psicóloga o cocinera?

SEÑORA.— Las dos cosas, hijo, ¿qué te apetece?

COSA.— Croquetas.

Se ilumina un rincón del escenario y aparece una pequeña cocina eléctrica y una nevera. Luz cenital amarilla sobre la cocina. Empieza a sonar "My baby just cares for me" de Nina Simone. La SEÑORA se levanta, va hacia la nevera, saca unas bolsas de croquetas congeladas y las muestra brazos en alto a la COSA para que elija).

SEÑORA.— Tengo de pollo o de cocido.

COSA.— De pollo.

La SEÑORA prende uno de los fogones, el volumen de la música se incrementa. Saca la sartén y pone aceite a freír. El olor de frito se expande por la sala a medida que se apagan las luces.

BLACK OUT.

•
España-2020
•

CROQUETAS

Esta obra se estrenó en formato digital en el marco del
"Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia del Confinamiento",
el 11 de Diciembre de 2020.

DIRECCIÓN

Guido Villamizar

INTERPRETES

Señora: Edmary Fuentes

Cosa: Rodrigo Lasarte



URBI ET ORBI

Xavier Villanova

El PAPA FRANCISCO en la cocina se calienta una rebanada de pizza en el microondas, PABLO, su asistente personal, entra cauteloso y con la mirada ensombrecida por la duda.

PAPA FRANCISCO.— Cierra la puerta, por favor.

PABLO.— Claro, Padre.

PAPA FRANCISCO.— Ahora sí, ¿qué querías decirme?

PABLO.— No es nada, pero me pesa lo suficiente.

PAPA FRANCISCO.— Háblame con franqueza.

Pausa.

PABLO.— Disculpe, su Santidad, pero no considero adecuado que oficie la homilía sin mascarilla.

PAPA FRANCISCO.— ¿Adecuado?

PABLO.— Los *carabinieri* reforzaron las medidas y se ordenó que quienquiera que entre a la plaza de San Pedro con el rostro descubierto será expulsado con una multa de 400 euros...

PAPA FRANCISCO.— Hombres de poca fe.

PABLO.— Apenas logramos sobreponernos de la tragedia.

PAPA FRANCISCO.— ¿Quieres pizza? Quedan tres rebanadas.

PABLO.— No, Padre, provecho.

PAPA FRANCISCO.— ¿Decías?

PABLO.— Salimos de la zona de riesgo y fue un milagro que pudiéramos reducir la curva de contagios y de muertes, pero estamos lejos del aprobar el juicio de Dios, esta plaga que ha redefinido la manera de relacionarnos, de fraternizar, de hacer comunión, de creer en la salvación de los justos según sus actos; la gente se muere y es cremada sin distinción, sin importar si llevó una vida piadosa o malvada, y no hay quien les dé los santos óleos, nadie que acompañe a los enfermos en sus últimas horas, y la distancia social es un concepto inhumano contrario a las escrituras de Dios, y es necesario adoptar una postura estricta, explicar a la gente que esto no ha terminado, que estamos siendo probados y no debemos ser encontrados en falta, porque si no hacemos algo pronto...

PAPA FRANCISCO.— Calma, respira, ¿no quieres, aunque sea, una copa de vino? ¿Un limonchello?

PABLO.— Disculpe, Padre, vino está bien, blanco, gracias.

PAPA FRANCISCO.— Con gusto. (*Le sirve.*) Dirías que hoy estamos, ¿más a salvo que ayer o que estamos peor?

PABLO.— Si respetamos las normas de convivencia, si no exponemos a la población a un segundo y tercer brote, si...

PAPA FRANCISCO.— ¿Nosotros?

PABLO.— Usted es el máximo líder religioso del mundo, Padre, si oficia sin mascarilla, la gente pensará que usted no cree que deban usarla, pensarán que...

PAPA FRANCISCO.— Que quien crea en Dios no tiene nada qué temer... Y qué idea tan terrible sería esa, ¿no?

PABLO.— Una cosa es vivir sin temor de Dios y otra dejar de lado el sentido común y arriesgar a los fieles. Es como si le dijéramos a la gente que dejara abiertas las puertas de sus casas porque Dios protegerá su hogar, o que naden en una alberca de amonio porque Dios protegerá su cuerpo de la corrosión.

PAPA FRANCISCO.— 15,6 millones de casos confirmados y 636 mil muertos en cuatro meses, ¿cierto?... Dios debe estar molesto con nosotros, ¿no? Con la raza humana.

PABLO.— Dios no quiere ver sufrir a sus hijos, usted siempre nos amonesta diciendo que Dios no es vengativo ni castigador, usted dijo al inicio de la pandemia que Dios no estaba realizando ningún tipo de purga con esta epidemia.

PAPA FRANCISCO.— Y lo sostengo; Dios no hace esas cosas, a Dios le gusta el deporte y la pizza, a Dios le gusta hacernos reír, que celebremos, que partamos el pan, que juguemos con nuestros hijos, que nos divirtamos, pero no es devoto de todas las diversiones humanas, ¿sabes por qué a Dios no le gustan los videojuegos?

PABLO.— Porque son violentos y conducen al mal, a un mundo irredento donde puedes matar a tu prójimo sin sufrir penitencia.

PAPA FRANCISCO.— No, hombre, no, a Dios le encanta la violencia como acto de purificación, o ¿por qué crees que Dios era tan popular en la Edad Media?

PABLO.— Porque la mayoría de la gente era iletrada, Padre, porque vivían sin cuestionar su lugar en el mundo, si nacías siervo, siervo te morías, esa era la fe verdadera, pero cuando dejamos de oficiar en latín las cosas fueron de mal en peor.

PAPA FRANCISCO.— Amaban al Padre sin dudarlo porque vivían en riesgo constante, si no se morían de hambre, se morían de gripa y si no de un espadazo en el yelmo o de un piquete de mosquito o de un malestar estomacal, y cazaban su propio alimento, había más dignidad en eso.

PABLO.— No como su pizza, Padre, ¿o me va a decir que usted la cazó?

PAPA FRANCISCO.— Ojalá.

PABLO.— Entonces, ¿por qué no le gustan a Dios los videojuegos?

PAPA FRANCISCO.— Por dos razones de peso.

PABLO.— ¿Porque fomentan el ocio?

PAPA FRANCISCO.— Porque le plagieron la idea, ¿ves? Un Dios todopoderoso sostiene un control a través del cual le hace creer a un personaje que su único propósito es saltar y correr con libre albedrío a través de mundos programados donde recolecta monedas y puntos que no sirven para nada, e ir siempre hacia adelante, reto tras reto, para al final del camino, encarar al demonio, digo a un lagarto con picos que escupe fuego por la boca, y si lo derrota, el premio es rescatar a una princesa con la que no te puedes quedar, y llega un honguito a darte las gracias y a decirte que todo ese

sufrimiento, todos esos peligros, todas esas monedas, todo vuelve a cero y no pasa absolutamente nada, y ante ese descubrimiento terrible, tienes dos opciones: volver a empezar o cambiar de juego, pero en ambos casos, tu alma está intacta, ¿y sabes qué es lo más raro? Que mientras juegas te tomas cada muerte en serio, gritas cuando te atacan y crees que eres Mario o Luigi, te identificas, ¿viste? Pero al terminar, recuerdas con cierta tristeza que solo era un juego.

PABLO.— Qué bueno que tiene usted sentido del humor.

PAPA FRANCISCO.— Y dudas, también tengo de esas.

PABLO.— Si usted duda, ¿qué nos queda a nosotros?

PAPA FRANCISCO.— Certezas, ¿qué más? Si el Papa duda, estate tranquilo, que de equivocarse y dudar nadie se escapa.

PABLO.— ¿Y la segunda?

PAPA FRANCISCO.— De cagar.

PABLO.— ¿Perdón?

PAPA FRANCISCO.— Cambié el dicho, es: "Caga el rey, caga el Papa y de cagar nadie se escapa", pero quedó bien con dudar, también ¿no?

PABLO.— Ah, sí, disculpe, su Santidad, pero hoy está de un humor que no comprendo muy bien.

PAPA FRANCISCO.— Amanecí con dudas y esperanza, qué contradictorio, ¿no? (Pausa.) Y con ganas de reírme de mí mismo, de mi "lugar en el mundo".

PABLO.— Decía yo que cuál era la segunda razón por la que usted piensa que a Dios no le gustan los videojuegos.

PAPA FRANCISCO.— Ah, eso; más allá de los derechos de autor, a Dios no le gusta que juguemos solos y encerrados, le molesta la separación, ¿ves? Por eso es fanático del fútbol, porque se juega al aire libre, en equipo... ¿Seguro no quieres un pedazo? Este *pepperoni* está celestial.

PABLO.— Gracias, se lo acepto, me hará bien.

PAPA FRANCISCO.— La verdadera epidemia es el egoísmo.

PABLO.— Pero para eso no hay mascarilla que nos proteja, al contrario.

PAPA FRANCISCO.— ¡Yo, yo, yo, siempre el yo por delante para que no se espante! Qué grande, ¿no? Pensar siempre en lo que me está pasando a mí, a mi gente, a mi familia, a mi colonia, a mi ciudad, a mi país; oh, pero qué infortunio, ay, misero de mí, oh, *infelice*, apurar cielos pretendo, ¿qué delito cometí contra vosotros naciendo? Qué duro golpe a mi economía, a mi trabajo, he perdido todo, sálvese quien pueda; teniendo yo más alma, más dinero, una casa y un empleo, ¿tengo menos libertad? Pero ¿y la gente que nunca ha tenido qué perder, los millones sin casa, sin castillo ni torre, sin comida, sin lugar en el mundo? ¿Cómo los golpea la pandemia? ¿Pueden recluirse? ¿Dejar de trabajar? ¿Detener su vida? ¿Pasamos la zona de riesgo? ¿O acabamos de entender que el riesgo no está en perder lo que tenemos, sino en superar el miedo a descubrir que no importa cuántas posesiones hayamos acumulado, cuántas monedas, cuántos puntos o récords... Somos tan divinos como el más mendigo, y tan mortales como la vaca que dio su vida para que gocemos de esta rebanada?

PABLO.— Entiendo, Padre, y me alegra que lo vea con agudeza, pero este no es momento para lecciones morales ni económicas, la gente tiene que acatar las órdenes de salud, es cuestión de supervivencia.

PAPA FRANCISCO.— Pero no está pasando gran cosa, por favor, no exageremos, no es siquiera un diez por ciento de las almas que se llevó la peste negra, cincuenta millones de muertos de la población europea de la época, ¿y sabes qué hizo Clemente VI?

PABLO.— No, Padre.

PAPA FRANCISCO.— Pásame la servilleta. *(Pausa.)* Gracias. *(Pausa.)* *Urbi et orbi.* Una oración por Roma y por el mundo con un crucifijo de madera milagroso.

PABLO.— ¿Funcionó?

PAPA FRANCISCO.— Claro.

PABLO.— ¿Terminó la peste?

PAPA FRANCISCO.— Poco después de que intercedió.

PABLO.— ¿Y por qué tardó tanto? ¿Por qué dejó que la enfermedad acabara con millones de cristianos si con una oración atada a una reliquia podía detener la catástrofe?

PAPA FRANCISCO.— ¿Por qué permitió Dios la esclavitud de su pueblo por miles de años antes de enviar a Moisés?

PABLO.— Los designios de Dios son inescrutables, sí, lo creo igual que usted, pero si el Santo Padre Clemente VI veía sufrir a la gente, si sabía que con ese crucifijo podía rogar misericordia por las humildes vidas humanas, y que eso daría resultado... ¿Por qué esperó diez años?

PAPA FRANCISCO.— Lo hizo cuando le fue ordenado, "con este bastón harás mis milagros", dijo Dios a Moisés, y yo... Si me es dado, sin mascarilla y armado con el crucifijo de madera que sobrevivió al incendio de 1519, el mismísimo instrumento de redención de Clemente VI, me postraré al piso y rezaré por la raza humana, por su salvación, pero no del virus del Covid, sino del egoísmo.

PABLO.— ¿Cree que funcione?

PAPA FRANCISCO.— Tanto como permiten las reglas en este tablero. *(Pausa.)* Una oración es eso, ¿no? Poner pausa al sufrimiento, pero luego tienes que quitarla y continuar, y eso duele y asusta, porque sabes que llegará el jaque al rey, pero es bueno, al final, incluso la muerte resulta ser algo bueno.

PABLO.— ¿Dios le ha dicho esto? ¿Que esto es lo que tiene que hacer o decir?

PAPA FRANCISCO.— Dios opina que... Dios últimamente solo me informa que yo también soy un egoísta.

PABLO.— ¿Usted?

PAPA FRANCISCO.— ¿Sabes por qué no quiero usar mascarilla?

PABLO.— No, Padre.

PAPA FRANCISCO.— Porque es incómodo. *(Pausa.)* Incómodo para el rostro e incómodo para la fe.

PABLO.— ¿Perdón?

PAPA FRANCISCO.— Soy el vicario de Cristo, el representante de Dios en la Tierra, el sucesor de Pedro, el siervo de los siervos de Dios, o eso represento, ¿no? Si yo usara mascarilla es como si Cristo usara mascarilla, como si Dios se presentara ante nosotros cubriendo su rostro por miedo al contagio de un virus terrenal, ¿entiendes lo que eso significaría? Que nada de lo que enseñamos es cierto, que el reino es de este mundo, que existe otra salvación lejos del Padre, una que se puede pagar, una que solo requiere de médicos y hospitales, que el virus tiene poder sobre la religión, sobre la Santísima Iglesia, que... Significaría aceptar que tenemos miedo a enfermarnos, a sufrir, a morir aquí

en la Tierra. Y eso sería un poco incómodo, ¿no crees? (*Pausa.*) Sería el fin de la Iglesia. (*Pausa.*) Seguimos vigentes por arcaicos, porque tenemos cruces y bastones de madera y santos óleos y mantas milagrosas... Porque el día en que nos apoyemos en telas esterilizadas, químicos desinfectantes, inyecciones y tratamientos especializados... Habremos perdido la credibilidad que nos queda. La batalla entre la ciencia y la religión no es una que se pueda ganar, pero los días de Galileo han terminado, no verás a un santo con *iPhone*, ni a un matemático rezando ante una congregación para evitar el desastre. PABLO.— Entiendo, Santísimo Padre...

PAPA FRANCISCO.— Jorge.

PABLO.— ¿Perdone?

PAPA FRANCISCO.— Llámame "Jorge", estamos entre amigos, ¿quieres café?

PABLO.— Padre, no puedo.

PAPA FRANCISCO.— ¿No puedes llamarme "Jorge" o no puedes tomar café? ¿Te hace daño? ¿No sería "adecuado"?

PABLO.— El café me irrita el estómago y llamarlo "Jorge" me irrita la fe, estoy perdido, Padre, (*Breve Pausa.*) perdón, estoy perdido, Jorge; no quise decirlo antes, pero me ha llegado un mensaje de... (*Pausa.*) mi madre está devastada, me informa que, mi padre falleció ayer por la noche. Coronavirus.

PAPA FRANCISCO.— Si tu ojo está enfermo, tu cuerpo está enfermo, si tu ojo ve tinieblas, ¿cuántas tinieblas habrá dentro de ti? Nuestros ojos de la fe están enfermos, ciegos, predicamos luz y amor, pero nuestro espíritu es mundano, gobernado por la soberbia y los vicios que nos atan al cuerpo, tu padre ya no está en el cuerpo, ¿comprendes? Su alma imperecedera está con el Padre, y sin embargo lloramos la pérdida, pero lo que lloramos, no es a nuestro ser querido, lloramos que ese compañero no es más nuestra posesión, nuestro beneficio de carne y hueso, alguien a quien nos aferramos para sobrellevar la duda, el miedo y el dolor, pero eso es... como te he dicho antes, un acto de egoísmo. Tu padre está bien, está con Dios, con el programador primero, y ahora que tu padre puede comprobar que todo era un juego, un Mario Bros, por decirlo así, no tiene más dudas y deberías alegrarte de que su sufrimiento haya terminado.

PABLO.— Perdone, Padre, usted me pide que lo trate como Jorge, pero me responde como Vicario de Cristo, con parábolas y metáforas, y eso está bien para la Biblia o para un cuento, pero le acabo de confesar la muerte de mi padre y usted no me brinda más consuelo que el de un cura de parroquia o un psicólogo napolitano, "alégrate, ya está con Dios, ya está descansando". Sí, quizá esté con Dios, quizá sea egoísta de mi parte llorarlo o pedirle a su Santidad que sea consciente, que salga con mascarilla, que no arriesgue a los fieles solo porque usted piensa que todo esto no es más que un juego, pero hay vidas en riesgo, y no podemos ser irresponsables, no podemos salir a decirle a la gente que no está pasando nada, porque la verdad comprobable e ineludible es que están ocurriendo muchas cosas, la gente está perdiendo su casa, su dinero, su familia, sus vidas, y nosotros aquí en Castel Gandolfo comiendo pizza con vino blanco, y usted me dice que no exagere, pero no sabe realmente si esto es el fin de los tiempos, usted mismo lo dijo, tiene tantas dudas como cualquier otro, y caga y sangra como todos, y si la gente se muere de Coronavirus usted tiene a los mejores médicos del mundo a su servicio, y usted me habla de egoísmo y de...

PAPA FRANCISCO.— Sigue.

PABLO.— Perdona, Padre, no sé lo que digo, por favor, no quería hablarle así, no quería decir eso, no lo pienso, no lo siento... Yo a usted lo respeto mucho, siempre me ha tratado como a un hombre.

PAPA FRANCISCO.— Y lo eres.

PABLO.— Pero usted es el Papa.

PAPA FRANCISCO.— Y el Papa es un hombre. (*Pausa.*) Y tu amigo, Pablo.

PABLO.— Está buena la pizza.

PAPA FRANCISCO.— Sí, Pablo.

PABLO.— Necesito un té.

PAPA FRANCISCO.— ¿Me puedo confesar contigo?

PABLO.— ¿Conmigo? No soy nadie, Padre, no sabría qué decirle.

PAPA FRANCISCO.— Mejor, no quiero a un gran religioso, más arriba de mí no hay nadie, ¿ves? Como que llegué al tope y todo hombre necesita un amigo, y tú siempre has sido eso, Pablo, un amigo. Quizá porque eres ateo es que podemos hablar tan tranquilos.

Pausa.

PABLO.— Yo no soy ateo, Padre, ¿por qué dice eso?

PAPA FRANCISCO.— Quitémonos las mascarillas, Pablo, ni tú ni yo creemos en Dios, servimos a su corporación, pero los dos sabemos que en la oficina del arriba, detrás de la silla de piel reclinable, hace tiempo que no hay nadie.

Pausa.

PABLO.— Entonces mi padre está solo en el vacío de la muerte.

Pausa.

PAPA FRANCISCO.— Eso quería confesarte, amigo, tengo miedo de morir, y porque por más que rezo, hace un año que solo escucho silencio.

Pausa.

PABLO.— ¿Y por qué lo hace?

PAPA FRANCISCO.— ¿El qué?

PABLO.— Rezar con el crucifijo de Clemente VI, postrarse al piso, hablar ante las cámaras del virus del egoísmo, citar pasajes de la Biblia esperanzadores, ¿por qué seguir con la farsa si no cree más en lo que representa?

PAPA FRANCISCO.— Por el teatro, Pablo, a los argentinos hay dos cosas que nos encantan, el fútbol y el teatro, y las dos cosas le dan consuelo a la gente de esta ciudad y del mundo, *Urbi et Orbi.* (*Pausa.*) ¿Más vino?





SKENA
Grupo Teatral



EMBAJADA
DE ESPAÑA
EN VENEZUELA

OFICINA CULTURAL
DE LA EMBAJADA
DE ESPAÑA
EN VENEZUELA

.es
.ve



alhilo
EDITORIAL